

La consciencia de clase

Edward Palmer Thompson**

1. La cultura radical

La década de 1820 parece extrañamente tranquila, comparada con los años radicales que la precedieron y los años cartistas que la siguieron: una meseta de paz social ligeramente próspera. Pero muchos años después un vendedor ambulante de Londres advertía a Mayhew:

La gente se imagina que cuando todo está tranquilo, todo está paralizado. Así y todo se sigue haciendo propaganda. Cuando todo está tranquilo germinan las semillas. Los Republicanos y los Socialistas están inculcando sus doctrinas.¹

Esos tranquilos años fueron los años de la lucha de Richard Carlile a favor de la libertad de prensa; de la creciente fuerza de las *trade unions* y de la revocación de las *Combination Acts*; del desarrollo del libre pensamiento, de la experimentación cooperativa y de la teoría owenita. Son años en que tanto los individuos como los grupos intentaron teorizar las experiencias gemelas que hemos descrito: la experiencia de la Revolución industrial, y la experiencia del radicalismo popular insurgente y derrotado. Y hacia el final de la década, cuando se produjo el punto álgido de la lucha entre la Vieja Corrupción y la Reforma, se puede hablar de una forma nueva por lo que se refiere a la consciencia de la población obrera en cuanto a sus intereses y su condición como clase.

En cierto modo podemos describir el radicalismo popular de esos años como una cultura intelectual. La consciencia articulada del autodidacta era, por encima de todo, una conciencia política. Porque la primera mitad del siglo XIX, cuando la

* En: Thompson, E. P. *Obra Esencial*. "Capítulo III", Crítica, Barcelona, 2002, pp. 92-215.

** En: Thompson, E. P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau, Crítica, Barcelona, 1989, II, pp. 313-452. ("Class Consciousness", en *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York, 1963.)

¹ Mayhew, *London Labor and the London Poor* (1884), I, p. 22.

educación formal de una gran parte de la población suponía poco más que el aprendizaje de las cuatro reglas, de ningún modo fue un período de atrofia intelectual. Las ciudades e incluso los pueblos bullían con la energía desplegada por los autodidactas. Una vez aprendidas las técnicas elementales de la lectura y la escritura, los peones, artesanos, tenderos, oficinistas y maestros de escuela procedían a instruirse, ya fuese individualmente o en grupos. Y muy a menudo los libros y los profesores eran los que la opinión reformadora aprobaba. Un zapatero que hubiese aprendido a leer en el Antiguo Testamento avanzaría penosamente leyendo *La edad de la razón*; un maestro de escuela cuya educación alcanzase poco más allá de las homilías respetables, intentaría leer a Voltaire, Gibbon, Ricardo; aquí y allá los líderes radicales locales, tejedores, librerías, sastres, acumularían estantes llenos de periódicos radicales y aprenderían cómo manejar los *Blue Books* parlamentarios; los trabajadores analfabetos irían, sin embargo, cada semana a una taberna en la que se leyese en voz alta y se discutiese el editorial de Cobbett.

De este modo los obreros se formaron una imagen de la organización de la sociedad a partir de su propia experiencia y con la ayuda de su educación desigual y a duras penas conseguida, que era, sobre todo, una imagen política. Aprendieron a contemplar sus propias vidas como parte de una historia general del conflicto entre, por una parte, las “clases industriales”, imprecisamente definidas, y por otra la Cámara de los Comunes no reformada. Desde 1830 hacia adelante maduró una conciencia de clase, en el sentido marxista tradicional, definida con mayor claridad, en la que la población obrera se responsabilizó de seguir adelante por sí misma con las viejas y las nuevas batallas.

Es difícil hacer generalizaciones respecto de la difusión de la alfabetización en los primeros años del siglo. Las “clases industriales” estaban en contacto, por un extremo, con el millón o más de analfabetos o personas cuya instrucción superaba en poco la aptitud para deletrear unas pocas palabras o para escribir sus nombres. En el otro extremo había hombres con una considerable formación intelectual. El analfabetismo (deberíamos recordarlo) de ningún modo excluye a los hombres del discurso político. En la Inglaterra de Mayhew los cantores de baladas y los “charlatanes” tenían todavía una ocupación floreciente, con sus farsas callejeras y sus parodias de esquina que variaban según el humor popular y daban un aire radical o antipapal a sus monólogos satíricos o recitados, según la situación del mercado.² El

² Véase especialmente Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 252 y ss.

trabajador analfabeto podía caminar millas para escuchar a un orador radical, igual que el mismo hombre (u otro) podía andar para no perderse un sermón. En momentos de agitación política los analfabetos harían que sus compañeros de trabajo les leyesen en voz alta los periódicos; mientras que en los locales de reunión se leía el diario y en las reuniones políticas se dedicaba un tiempo enorme a leer discursos y a aprobar largas retahílas de resoluciones. El radical apasionado podía incluso atribuir una virtud de talismán a la posesión de obras predilectas que no podía leer por sí mismo. Un zapatero de Cheltenham que acudía puntualmente cada lunes a casa de W. E. Adams para que le leyese la “carta de Feargus”, era sin embargo el orgulloso poseedor de varios de los libros de Cobbett, que tenía guardados cuidadosamente en una caja forrada de piel.³

Estudios recientes han aclarado muchas cosas acerca de la condición del lector de la clase obrera durante esos años.⁴ Para simplificar una discusión difícil, podemos decir que más o menos dos de cada tres obreros podían leer de algún modo a principios de siglo, aunque bastantes menos podían escribir. A medida que se empezaron a notar los resultados de las escuelas dominicales y las escuelas diurnas, al igual que la voluntad de mejora personal entre la población obrera, el número de analfabetos disminuyó, aunque en las áreas donde se daban las peores condiciones de trabajo para los niños esta disminución sufrió un retraso. Pero la desenvoltura para leer era sólo la técnica elemental. La destreza para manejar argumentos abstractos y coherentes no era en absoluto innata; se debía adquirir afrontando dificultades casi insalvables: la falta de tiempo libre, el coste de las velas (o de las gafas), así como las privaciones educativas. En el primer movimiento radical se utilizaban a veces ideas y términos que para algunos de los ardientes seguidores es evidente que tenían un valor más fetichista que racional. Varios de los rebeldes de Pentridge pensaban que un “Gobierno Provisional” aseguraría un abastecimiento más copioso de “provisiones”; mientras que, según un relato de los mineros del nordeste en 1819, “muchos de ellos creen que Sufragio Universal significa sufrimiento universal... “si un miembro sufre, todos deben sufrir”⁵.

³ W. E. Adams, *Memoirs of a Social Atom*, 1903, I, p. 164.

⁴ Véase en especial R. K. Webb, *The British Working Class Reader, 1790-1848*, 1955, el artículo del mismo autor, “Working-Class Readers in Early Victorean England”, *English Hist. Rev.*, LXV (1950); R. D. Altick, *The English Common Reader*, Chicago, 1957, especialmente los caps. 4, 7, 11 y J. F. C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, Parte I.

⁵ *Political Observer* (19 de diciembre de 1819).

La información relativa a los logros en cuanto a alfabetización de los obreros durante las dos primeras décadas del siglo, tal y como nos ha llegado, sólo sirve para ilustrar la locura de la generalización. En la época ludita (cuyas acciones recibirían apoyo de pocas personas pero todas ellas obreras) los mensajes anónimos varían desde tímidos apóstrofes dedicados a la “Libertad con sus Risueños Atributos”, a escritos en los muros que apenas se pueden descifrar. Podemos poner ejemplos de ambos tipos. En 1812 se le advirtió al juez de primera instancia Salford, que había pronunciado un veredicto de “homicidio justificado” sobre el cuerpo de un hombre muerto en el ataque a la fábrica de Burton,

...entérate, maldito insidioso, si la infame acción de Burton era “justificable”, las Leyes de los Tiranos son Dictados de la Razón. ¡Ten Cuidado, Estate Atento!

Un baño de un mes en la Laguna Estigia no borraría este sanguinario acto de nuestras mentes, al contrario aumenta la causa que nos ha sido legada y que provoca nuestra indignación.⁶

La carta acaba con “*Ludd finis est*”, recordatorio de que Manchester se enorgullecía de poseer una escuela de gramática^{*} (a la que asistió el propio Bamford durante un corto período de tiempo), así como escuelas privadas en las que los hijos de los artesanos podían aprender suficiente latín para escribirlo. El otro papel se encontró en el mercado de Chesterfield. Su objetivo es el mismo, pero (a pesar de la desventaja del escritor) posee, de algún modo, una mayor convicción:

Le informo de que hay Seis Mil hombres que vendrán a por usted en abril y luego Iremos a Volar el edificio del Parlamento y Volaremos todo lo que se nos ponga por delante / el pueblo trabajador No Puede Aguantar Más / malditos sean todos Esos Canallas que gobiernan Inglaterra pero no os preocupéis cuando se dé la contraseña general y llegue Ned Lud con su ejército en seguida se producirá la gran Revolución y luego rodarán las cabezas de todos esos hombres importantes.

Otros de los prometidos desenlaces de la “contraseña general” eran: “Derrumbaremos las Prisiones y asesinaremos al Juez cuando duerma.”⁷

⁶ Otra carta (de “Eliza Ludd”, al reverendo W. R. Hay, 1 de mayo de 1812) empieza: “Señor, sin duda conocéis bien la historia política de América”; ambas en H.O. 40.1.

^{*} Tipo de escuelas fundadas en el siglo XVI, o antes, en Inglaterra, para enseñar la gramática latina. (*N. de la t.*)

⁷ H. O. 42.121.

No se trata sólo de una diferencia de estilo (nos dirán los críticos) sino también de sensibilidad. Podemos suponer que el primer texto fue escrito por un artesano canoso y con gafas, un zapatero remendón (o un sombrerero o constructor de instrumentos) que tuviese a Voltaire, Volney y Paine en su anaquel y un gusto por los grandes trágicos. Entre los prisioneros del Estado de 1817 había otros hombres de esa clase procedentes del Lancashire: William Ogden, impresor de 70 años, que escribió a su esposa desde la prisión: “aunque lleve grilletes, haré frente a mis enemigos como el Gran Caractacus cuando se encontró en la misma situación”; Joseph Mitchell, otro trabajador de imprenta, cuyas hijas se llamaban Mirtilla, Carolina y Cordelia, y que -al nacer otra hija suya mientras estaba en prisión- escribió apresuradamente a su esposa para proponerle que la niña se llamase Porcia; o el mismo Samuel Bamford, cuyas instrucciones para su esposa eran más precisas: “la esposa de un Reformador debería ser una heroína”.⁸ La segunda carta (podemos estar casi seguros) es obra de un minero del carbón o un tejedor de medias de una aldea. Es del mismo tipo que la carta, más irónica, que dejó un minero de la cuenca del nordeste en casa de un vigilante de la mina en 1831, en la que él y algunos compañeros habían irrumpido en un alboroto producido durante una huelga:

La otra noche estuve en su casa y me encontré muy cómodo. No tiene familia, y es sólo un hombre de la mina, vi que tiene muchas habitaciones, y grandes bodegas, y abundancia de vino y cerveza en ellas, de los cuales me bebí mi parte. Ahora bien, conozco a algunos de nuestra mina de carbón que tienen tres o cuatro muchachos y pequeños, y que viven en una estancia ni la mitad de amplia que vuestra bodega. No pretendo saber mucho, pero sé que no deberían existir tantas diferencias. El único lugar donde podemos ir los fines de semana es a la cervecería a beber una jarra de cerveza. No pretendo ser un aprovechado, pero sé, y muchos de mis compañeros te conocen, que no se nos trata como debería, y un gran filósofo dice, adquirir conocimiento es saber que somos ignorantes. Pero nosotros hemos empezado ya a enterarnos y vosotros patronos y propietarios podéis tener cuidado, porque no vais a seguir haciendo tanto lo que queráis, ahora vamos nosotros a hacerlo...⁹

“Aunque las sociedades bíblicas y las escuelas dominicales no sirvieran para otra cosa -observó Sherwin- al menos produjeron un efecto benéfico: fueron el medio para que miles y miles de niños aprendiesen a leer.”¹⁰ Las cartas de Brandreth y su

⁸ H.O. 42.163; *Blanketteer* (20 de noviembre de 1819).

⁹ R. Fynes, *The Miners Notlmmberland and Durham*, edición de 1923, p. 21.

¹⁰ *Political Register* de Sherwin (17 de mayo de 1817).

esposa, de los conspiradores de la calle Cato y de otros acusados del Estado nos dan cierta idea de esta gran área que se encuentra entre los logros de los artesanos cualificados y los de aquellos que apenas sabían leer y escribir. En algún punto intermedio podemos situar a la señora Johnston, dirigiéndose a su marido (“Mi querido Johnston”), oficial de sastrería, que estaba en prisión:

...créeme Querido mío si te digo que no hay un solo día ni una hora durante el día en que mi mente no esté más o menos ocupada pensando en ti. Puedo invocar al todopoderoso para afirmar que es cierto y cuando me retiro a descansar le rezo a Dios para que perdone a todos mis enemigos y cambie sus corazones ...

Junto a ésta podemos colocar la carta que el carpintero de Sheffield, Wolstenholme, escribió a su esposa:

Nuestro Ministro me ha prestado cuatro volúmenes del Almanaque Misionero que me proporcionan la gran satisfacción de ver cómo el Señor prosigue su obra de gracia en países lejanos.

Esta carta la escribió con dificultades, puesto que “se me han roto las gafas”.¹¹ Estas cartas están escritas en momentos en que se disponía de un tiempo libre desacostumbrado. Casi podemos imaginar a Wolstenholme deletreando laboriosamente sus palabras y deteniéndose para consultar a un prisionero más “letrado” cuando tropezó con el obstáculo de “satisfacción”. La señora Johnston pudo haber consultado (pero probablemente no lo hizo) a uno de los escritores “profesionales” de cartas que se encontraban en la mayor parte de ciudades y pueblos y que escribían las cartas de forma correcta por 1*d.* cada vez. Porque, incluso entre los que sabían leer y escribir, la comunicación epistolar era una ocupación poco habitual. Sólo el coste del franqueo hacía que fuese algo prohibitivo a menos que se hiciese a intervalos irregulares. Ya que una carta que tuviese que ir desde el norte hasta Londres podía costar 1*s.* 10*d.*, y sabemos que tanto la señora Johnston como la señora Wolstenholme padecían privaciones en ausencia de sus esposos; los zapatos de la señora Johnston estaban llenos de agujeros y no se había podido comprar otros desde que habían detenido a su marido.

¹¹ H.O. 42.172. Estos correspondientes, que esperaban con impaciencia que los dejasen en libertad, sabían que el director de la prisión leía su correo, y tenían, por lo tanto, una inclinación especial a insertar referencias al perdón, la gracia y las lecturas edificantes.

Todos los acusados de la calle Cato, al parecer, eran capaces de escribir de algún modo. Brunt, el zapatero, salpicaba algunos versos sarcásticos con palabras francesas, mientras James Wilson escribía:

La Causa que dio valor al brazo de Bruto
para matar a un Tirano con temor
la causa por la cual murió el valeroso Hamden
por la cual el Intrépido Tell desafió
la insolencia y el orgullo de los Tiranos.*

En el otro extremo, Richard Tidd, otro zapatero, sólo pudo juntar las siguientes palabras: “Señor Tengo una Letra muy Mala para Escribir”.¹² Por supuesto, no podemos coger a estos hombres como “muestra”, puesto que su implicación en la actividad política indica que pertenecían a la minoría más consciente de seguidores de la prensa radical. Pero nos pueden servir para prevenirnos contra la *subestimación* de la difusión real de la lectura y la escritura.¹³ Los artesanos son un caso especial, la *élite* intelectual de la clase. Pero dispersas por todas partes de Inglaterra, había muchas instituciones educativas para la población obrera, aunque “institución” es una palabra demasiado formal para denominar a la escuela de señoras, la escuela nocturna de un penique a la semana en la que trabajaban un tullido de la fábrica o un minero herido, o las mismas escuelas dominicales. En los valles de los Peninos, donde los hijos de los tejedores eran demasiado pobres para pagar pizarras o papel, se les enseñaban las letras dibujándolas con los dedos en una superficie de arena. Aunque miles de ellos perdiesen estos aprendizajes elementales cuando llegaban a la edad adulta por otra parte, el trabajo de las iglesias inconformistas, de las sociedades de socorro mutuo y de las *trade unions*, y las necesidades de la misma industria, todo exigía que esos conocimientos se consolidasen y avanzasen.

Me he dado cuenta de que, explicaba en 1824 Alexander Galloway, el patrono mecánico, debido a la forma de organizar mi trabajo, mediante dibujos y descripciones escritas, si un trabajador no sabe leer y escribir no me sirve de mucho; si un hombre solicita trabajo y dice que no sabe leer y escribir no se le hacen más preguntas...¹⁴

* The Cause wich nerved a Brutus arm / to strike a Tirant with alarm / the cause for wich brave Hamden died / for wich the Galant Tell defied / a Tirants insolence and pride.

¹² Véase J. Stanhope, *op. cit.*, pp. 161-167.

¹³ Alguna de la primera correspondencia de las *trade unions* que sobrevive -la de los tejedores de punto que se encuentra en los Archivos de la Ciudad de Nottingham- muestra una amplia difusión de la capacidad de leer y escribir.

¹⁴ First Report ... *on Artizans and Machinery*, 1824, p. 25.

En la mayoría de los oficios, los oficiales y los pequeños patronos se encontraban con que algunas nociones de lectura y manejo de números eran una necesidad profesional.

Por los distritos obreros no sólo circulaba el cantor de baladas, sino también el “contador” o “calendarista” vendiendo libritos,¹⁵ almanaques, oraciones mortuorias y (entre 1816 y 1820 y en diversos intervalos a partir de entonces) periódicos radicales. Uno de esos “calendaristas”, que viajaba en representación de Cowdrey y Black, los “impresores sediciosos [es decir *whigs*] de Manchester”, fue detenido por los magistrados en 1812 porque se encontró escrito en sus catálogos: “Abajo el rey ciego; viva Ned Ludd”.¹⁶ Una de las características más impresionantes del radicalismo de la posguerra fue su esfuerzo continuado por ampliar esos logros y elevar el nivel de conciencia política. En enero de 1816 se formó ya en Barnsley un club de tejedores, con una cuota de un penique al mes, con el objetivo de comprar diarios y periódicos radicales. Los clubs Hampden y las *political unions* se preocuparon de crear “Sociedades de lectura” y en los centros urbanos más grandes abrieron salas de periódicos o de lectura, como la de Hanley en las Potteries. Esta sala estaba abierta al público desde las 8 de la mañana hasta las 10 de la noche. Se imponían multas por blasfemar, utilizar lenguaje soez y por embriaguez. Cada tarde se “leían públicamente” los periódicos de Londres. Según Joseph Mitchell, en las salas de la unión de Stockport en 1818, los lunes por la noche había reunión de los jefes de clase; los martes, “lecturas morales y políticas”; los miércoles, “una conversación o debate”; los jueves, se enseñaba “gramática, aritmética, etc.”; la tarde del sábado se dedicaba a la relación social; mientras que el domingo había una escuela diurna tanto para los adultos como para los niños.

En Blackburn los miembros de la Sociedad Femenina en favor de la Reforma se comprometieron “a hacer el máximo esfuerzo para inculcar en el espíritu de nuestros hijos un odio profundo y enraizado hacia nuestros corruptos y tiránicos gobernantes.” Uno de los medios utilizados para ello era “El Mal Alfabeto para el uso de los Hijos de las Mujeres Reformadoras”: la B era para *Bible*, *Bishop* y *Bigotry*; la K

¹⁵ “Trial of Thurtell” de Catnach, 500.000, 1823; “Confession and Execution of Corder”, 1.166.000, 1828.

¹⁶ H.O.40.1.

para *King*, *King's evil*, *Knave* y *Kidnapper*; la *W* para *whig*, *Weakness*, *Wavering* y *Wicked*.*

A pesar de la represión que se produjo después de 1819, la tradición de tener estas salas de periódicos (que algunas veces estaban contiguas a la tienda de algún librero radical) siguió durante la década de 1820. En Londres, después de la guerra hubo un *boom* de los cafés, muchos de los cuales tenían esta doble función. Hacia el año 1833, en el famoso “Café y Sala de Lectura” de John Doherty anejo a su librería de Manchester, se recibían cada semana por lo menos 96 periódicos, incluyendo los ilegales “*unstamped*”.** En las ciudades más pequeñas y en los pueblos los grupos de lectura eran menos formales pero no por ello eran menos importantes. Se reunían a veces en las tabernas, los “despachos ilegales” o en casas privadas; algunas veces el periódico se leía y discutía en el taller. El elevado coste de los periódicos, en la época en que los “impuestos sobre los conocimientos” fueron más gravosos, hizo que cientos de pequeños grupos llegasen a acuerdos *ad hoc* y se asociasen para comprar el periódico elegido. Durante la agitación en favor del proyecto de ley de reforma, Thomas Dunning, un zapatero de Nantwich, se unió con sus compañeros de taller y “nuestro ministro unitarista... para suscribirnos al *Weekly Dispatch*, cuyo precio era 8 1/2d., y como el impuesto de sellado era de 4d., resultaba demasiado caro para un crispín*** mal pagado...”¹⁷

La tirada de la prensa radical fluctuaba notablemente. El segundo *Register of Cobbett* oscilaba, en su momento de auge, de octubre de 1816 a febrero de 1817, entre aproximadamente 40.000 y 60.000 ejemplares a la semana, cifra que estaba muy por encima de la de cualquier competidor.¹⁸ El *Black Dwarf* alcanzaba unos 12.000 en 1819, aunque esta cifra probablemente aumentó después de Peterloo. Después, el impuesto del timbre (y la recesión del movimiento) restringieron severamente la circulación, aunque los periódicos de Carlile se mantuvieron en la cifra de los miles durante la mayor parte de la década de los veinte. Con la agitación

* Bible, Biblia; Bishop, obispo; Bigotry, intolerancia; King, rey, King's evil, maldad real; Knave, bellaco; Kidnapper, raptor; Weakness, falta de voluntad; Weavering, inconstancia; Wicked, malvado. (N. de la t.)

** Sin timbre oficial porque no habían pagado los impuestos correspondientes. (N. de la t.)

*** Forma de denominar a un zapatero, en alusión a san Crispín, patrono de los zapateros. (N. de la t.)

¹⁷ Para los salones radicales de lectura, véase A. Aspinall, *Politics and the Press*, 1949, pp. 25-28, 395-396; Wearmouth, *op. cit.*, pp. 24-25, 88-89, 97-98, 111-112. Para Dunning, “Reminiscences”, compilado por W. H. Chaloner, *Trans. Lancs. & Cheshire Antiq. Soc.*, LIX, 1947, p. 97. Para Stockport, véase *Blanketteer* (27 de noviembre de 1819), y D. Read, *op. cit.*, p. 48 y ss. Para Blackburn, W. W. Kinsey, “Some Aspects of Lancashire Radicalism”, tesis M. A., Manchester, 1927.

¹⁸ En 1822 la tirada del principal diario, *The Times*, era de 5.730 ejemplares; *el Observer* (semanario) tiraba 6.860.

relativa al proyecto de ley de reforma, la prensa radical pasó a tener una vez más una mayor tirada; tanto el *Voice of the People* de Doherty, 30.000, como el *Gauntlet* de Carlile, 22.000; el *Poor Man's Guardian* de Hetherington, 16.000, así como una docena de periódicos menores, como el *Destructive*, llegaban a varios miles. El descenso en la venta de los costosos semanarios (cuyos precios iban de 7d. a 1s.), durante la década del impuesto del timbre, fue subsanado en gran medida por el aumento de las ventas de libros baratos y folletos individuales, que abarcaban desde *The Political House that Jack Built* (100.000), hasta el *Cottage Economy* de Cobbett (50.000, entre 1822-1828), *History of the Protestant "Reformation"* y *Sermons* (211.000, entre 1821 y 1828). En el mismo período, en la mayor parte de los grandes centros urbanos había uno o más (y en Londres había una docena) diarios o semanarios que, aunque no eran reconocidamente "radicales", sin embargo iban dirigidos a ese amplio público radical. Grupos tan influyentes como la Sociedad para la Promoción del Saber Cristiano y la Sociedad para la Difusión del Conocimiento útil, especialmente reconocieron el crecimiento de este muy amplio público de lectores, de carácter *petit-bour-geois* y obrero, e hicieron esfuerzos extremos y fueron pródigamente subvencionados para dirigir a los lectores hacia asuntos más saludables y edificantes.¹⁹

Esta era la cultura -con sus vehementes disputas alrededor de los puestos de los libreros, en las tabernas, talleres y cafés- que Shelley saludó en su "Canción para los Hombres de Inglaterra" y en el seno de la cual maduró el genio de Dickens. Pero es equivocado considerarlo como un "público lector" único e indiferenciado. Podemos afirmar que había varios "públicos" distintos que se influían y se solapaban mutuamente, organizados sin embargo según principios diferentes. Entre los más importantes se encontraba el público comercial, pura y simplemente, que se podía explotar en momentos de excitación radical (los juicios de Brandreth o de Thistlewood eran tan vendibles como otras "confesiones en el lecho de muerte"), pero que interesaba siguiendo el simple criterio de la rentabilidad; los diversos públicos más o menos organizados alrededor de las iglesias o los institutos de trabajadores manuales; el público pasivo, al que las sociedades edificantes intentaban captar y redimir; y el público activo, el radical, que se organizaba frente a la implantación de las *Six Acts* y de los impuestos sobre el conocimiento.

¹⁹ Acepto las cifras de R. D. Altick, *op. cit.*, pp. 381-393, aunque dudo de las referentes a *Voice of the People* y *Gauntlet*. Para cifras comparativas de la prensa ortodoxa, véase R. Williams, *The Long Revolution* (1961), pp. 184-192. Para los intentos de sustituir la prensa radical por asuntos seguros y edificantes, véase R. K. Webb, *op. cit.*, caps. 2, 3, 4, y J. F. C. Harrison, *op. cit.*, caps. 1 y 2.

La lucha por crear y mantener a este último tipo de público se encuentra admirablemente explicada en la obra de W D. Wickwar *The Struggle for the Freedom of the Press*.²⁰ Quizá en ningún otro país del mundo se produjo una lucha por los derechos de la prensa tan encarnizada, tan claramente victoriosa y tan particularmente identificada con la causa de los artesanos y los obreros. Si Peterloo (por una paradoja de los sentimientos) estableció el derecho de manifestación pública, los derechos de una “prensa libre” se ganaron en una campaña de cincuenta años o más de duración, que no tiene parangón en cuanto a su testarudez, su virulencia y su atrevimiento indomable. Carlile (un hojalatero que sin embargo había recibido un año o dos de educación en una escuela de gramática en Ashburton, en Devon) percibió correctamente que la represión de 1819 convertía los derechos de la prensa en el punto de apoyo del movimiento radical. Pero, a diferencia de Cobbett y Wooler, que cambiaron de tono para enfrentarse a las *Six Acts* con la esperanza de vivir para luchar más adelante (y que por consiguiente perdieron público), Carlile enarboló la bandera negra del desafío incondicional y, al igual que una lancha pirata, arremetió derecho hacia el centro de las flotas coordinadas del Estado y la Iglesia. Ahora bien, puesto que en las secuelas de Peterloo compareció en un juicio (por publicar las obras de Paine), toda la prensa radical saludó su valentía, pero le dio por perdido. Cuando por fin apareció tras años de encarcelamiento, las flotas coordinadas habían desaparecido desordenadamente por el horizonte. Había agotado las municiones del gobierno y había convertido a éste en el hazmerreír por sus informaciones *ex officio* y sus jurados especiales. Había hundido claramente las sociedades de acusación privadas, la Asociación Constitucional (o “Grupo de la calle Bridge”) y la Sociedad contra el Vicio, que se sostenían gracias al patrocinio y a las aportaciones monetarias de la nobleza, los obispos y Wilberforce.

Por supuesto, Carlile no consiguió este triunfo por sí solo. El primer *round* de la batalla se libró en 1817, cuando se hicieron 26 procesos por sedición y libelo blasfemo y 16 informaciones *ex officio* presentadas por los representantes legales de la Corona.²¹ En aquel año, los laureles de la victoria les correspondieron a Wooler y Hone y a los jurados de Londres que se negaron a condenar. Wooler dirigió su propia

²⁰ Su relato, que abarca el período 1817-1832, está dedicado principalmente a la primera fase de la batalla -el derecho de publicación- asociada particularmente a Richard Carlile. La segunda fase, la lucha de los “*Grandes Unstamped*” (1830-1835), particularmente asociada a los nombres de Carpenter, Hetherington, Watson, Cleave y Hobson, todavía no ha encontrado su historiador, aunque se puede ver C. D. Collett, *History of the Taxes on Knowledge*, edición de 1933, cap. 2, y A. G. Barker, *Henry Hetherington*, sin fecha.

²¹ Wickwar, *op. cit.*, p. 315. Véase también *ibid*, pp. 38-39 para la forma particularmente sucia que adoptó la persecución, la información *ex officio*, que permitía virtualmente el encarcelamiento sin juicio.

defensa; era un orador dotado, con cierta experiencia en los tribunales, y se defendió con habilidad utilizando el estilo libertario grandilocuente. Los resultados de los dos juicios contra él (5 de junio de 1817) fueron: un veredicto de “Inocente” y un confuso veredicto de “Culpable” (con la objeción de tres jurados) que más tarde fue alterado en el tribunal de la jurisdicción real.²² Los tres procesos de William Hone, en diciembre de 1817, se cuentan entre los más divertidos procesos legales que jamás se han registrado. Hone, un pobre librero y antiguo miembro de la London Corresponding Society, fue encausado por publicar libelos blasfemos en forma de parodias sobre el catecismo, la letanía y el credo. De hecho, Hone sólo era un exponente particularmente ingenioso de una forma de buscapiés político que existía desde hacía mucho tiempo entre los vendedores de periódicos y los charlatanes, y que practicaban de forma más sofisticada los hombres de todos los partidos, desde Wilkes a los que escribían en el *Anti-Jacobin*. Desde luego Hone no pensaba que sus parodias fuesen dignas de poner en peligro su libertad. Cuando empezó la represión de febrero de 1817, intentó deshacerse de ellas; y fue Carlile, al volverlas a publicar, quien obligó al gobierno a actuar. Aquí hay una muestra:

Señor Nuestro que estás en el Tesoro, sea cual sea tu nombre, prolongado sea tu poder y hágase tu voluntad en todo el imperio, como ocurre en cada sesión. Danos las dádivas de cada día y perdónanos nuestras ocasionales faltas debidas a las discordias; así como nosotros prometemos no perdonar a aquellos que actúan contra ti. No nos saques de nuestros escaños, manténnos en la Cámara de los Comunes, tierra de Pensiones y de Abundancia; y líbranos del Pueblo. Amén.

Hone estuvo en prisión, con poca salud, desde mayo hasta diciembre, porque no pudo conseguir la fianza de 1.000 libras. Había despertado la furia particular y personal de miembros del gabinete a quienes atribuyó nombres que ya no se olvidaron: “Old Bags” (el lord canciller Eldon), “Derry Down Triangle” (Castlereagh) y “The Doctor” (Sidmouth). Cuando se supo que pretendía dirigir su propia defensa no se tuvieron muchas esperanzas. Pero Hone se había estado preparando durante el tiempo que estuvo en prisión, recogiendo ejemplos, del pasado y del presente, de otros escritores de parodias; y en su primer juicio ante el juez Abbott, consiguió la absolución. Los dos días siguientes, los juicios estuvieron presididos por el viejo, enfermo y malhumorado *Lord Chief Justice* Ellenborough en persona. Una página tras otra de la transcripción están llenas de las interrupciones de Ellenborough, de las imperturbables reconvenciones de Hone a la conducta del *Chief Justice*, la lectura de

²² *The Two Trials of T. J. Wooler*, 1817.

ridículas parodias entresacadas de diversas fuentes y las amenazas del sheriff de detener “a la primera persona que vea reír”. A pesar de la inquebrantable acusación de Ellenborough (“...en obediencia a su conciencia y a su Dios, declaraba que aquello era un libelo extremadamente impío y profano...”) el jurado pronunció dos veredictos más de “Inocente”, con la consecuencia de que (se dice) Ellenborough se retiró a su habitación de enfermo para no volver a salir jamás. A partir de aquel momento -incluso en 1819 y 1820- todas las parodias y las provocaciones fueron inmunes al procesamiento.²³

No es fácil mantener la persecución frente al ridículo. Ciertamente, hay dos cosas que sorprenden con relación a las batallas de la prensa de estos años. La primera, no la solemnidad, sino el placer con que Hone, Cruikshank, Carlile, Davison, Benbow y otros acosaban a la autoridad. (Hetherington continuó esta tradición, paseándose ante las narices de los policías, en su trabajo como editor del *unstamped Poor Man's Guardian*, con el inverosímil disfraz de cuáquero.) El encarcelamiento motivado por ser un editor radical no acarrearía odio, sino honor. Una vez que los editores hubieron decidido que estaban dispuestos a ir a la cárcel, se superaban unos a otros con recursos nuevos para mostrar a sus oponentes bajo sus aspectos más ridículos. La Inglaterra radical estuvo encantada (y Hazlitt más que nadie) cuando Sherwin resucitó el *Wat Tyler*, la impertinencia republicana de la juventud de Southey. Southey, que ahora era poeta laureado, tuvo un papel destacado en el clamor levantado para reprimir la licencia sediciosa de la prensa, e intentó imponer una interdicción contra Sherwin por violación de los derechos de autor. Lord Eldon rechazó la interdicción: el tribunal no podía darse por enterado de la propiedad en los “beneficios profanos de las publicaciones difamatorias”. “¿No es un poco extraño -preguntaba Hazlitt- que mientras este *gentleman* intenta conseguir una interdicción contra sí mismo como autor de *Wat Tyler*, aconseje leyes que nos amordacen, compensando así por la fuerza la debilidad de su argumento?”²⁴ Por otra parte, Carlile (que se había hecho cargo de los negocios de Sherwin) estaba más que contento de que se hubiese rechazado la interdicción, puesto que las ventas del poema eran una fuente de beneficios estable en aquel difícil momento de los inicios del negocio. “

²³ *Second Trial of William Hone*, 1818, pp. 17, 45; *Proceedings at the Public Meeting* para crear una suscripción en favor de Hone (1818); F. W. Hackwood, *William Hone* (1912), caps. 911; Wickwar, *op. cit.*, pp. 58-59. Un viejo charlatán le dijo a Mayhew (1, p. 252) que a pesar de las absoluciones, seguía siendo difícil “realizar” las parodias de Hone en las calles: “estaba lleno de policías y guardias dispuestos a detener a los tipos, y ... cualquier magistrado que quisiese complacer a las altas esferas, encontraría alguna forma de detenerlos ...”

²⁴ Hazlitt, *Works*, VII, pp. 176 y ss. “En lugar de solicitar una interdicción contra *Wat Tyler* -opinaba Hazlitt-, el señor Southey haría mejor solicitando una interdicción contra el señor Coleridge, que ha emprendido su defensa en *The Courier*”

¡Glorioso tú, Oh Southey! -escribió 6 años más tarde-: *Wat Tyler* siguió siendo una fuente de beneficio cuando otras publicaciones políticas dejaron de serlo. El mundo no sabe cuánto le debe todavía a Southey.”²⁵

Los incidentes de la publicación pirata de *Queen Mab* y la *Vision of Judgement* forman parte de la misma estrategia de exaltación. Nunca se había retratado a un monarca británico en actitudes tan ridículas ni en términos tan odiosos como a Jorge IV durante la agitación de la reina Carolina, y particularmente en las obras de Hone y Cruikshank *Right Divine of Kings to Govern Wrong*, *The Queen's Matrimonial Ladder*, *Non Mi Ricordo* y *The Man in the Moon*. La obra de los mismos autores *Slap at Slop and the Bridge-Street Gang*, 1822, apareció con el formato del *New Times* subvencionado por el gobierno, completado con un remedo de sellado de periódico con el dibujo de una zarpa de gato y la divisa: “Pone su Garra en Todas las Cosas”, y con anuncios burlescos y listas de nacimientos y defunciones grotescos:

Boda

Su Majestad Imperial el Príncipe Despotismo, tísico, con Su Suprema Antigüedad, la IGNORANCIA de Dieciocho Siglos, en decadencia. Los trajes nupciales fueron extremadamente espléndidos.

Mientras Carlile seguía luchando desde la cárcel, los escritores satíricos atormentaban con fuego a sus acusadores.

El segundo aspecto es la auténtica tenacidad de la tradición libertaria y constitucional, a pesar del asalto por parte del gobierno. No son sólo los apoyos que encontramos en lugares inesperados -la lista de aportaciones monetarias en favor de Hone estaba encabezada por las donaciones de un duque *whig*, un marqués y dos condes- lo que indicaba la existencia de un malestar en la propia clase dirigente. Lo que es manifiesto en los informes de los representantes legales de la Corona, en todos los juicios políticos, es la cautela con que actuaban. Eran conscientes en particular de la poca fiabilidad (para sus fines) del sistema de jurado. Por la *Libel Act* de Fox, de 1792, el jurado juzgaba tanto el libelo como el hecho de haberla publicado; y por mucho que los jueces intentasen dejar esto último de lado, en realidad esto significaba que 12 ingleses debían decidir si creían que el “libelo” era lo bastante peligroso como para merecer la cárcel o no. El rechazo de una acusación del Estado suponía un golpe

²⁵ 25. *Republican* de Sherwin (29 de marzo de 1817); *Republican* de Carlile (30 de mayo de 1823).

moral para la autoridad, que sólo se podía reparar con tres que tuviesen éxito. Incluso en los años 1819-1821, cuando el gobierno y las sociedades de acusación ganaban casi todos los casos²⁶ (en parte debido a su mejor despliegue de recursos legales y su influencia sobre los jurados, en parte porque Carlile estaba en su momento más provocativo y había cambiado su campo de batalla desde la sedición a la blasfemia), no se puede todavía hablar de despotismo “totalitario” o “asiático”. Los informes de los juicios, que contenían los mismos pasajes -algunas veces, por cierto, libros enteros que los abogados defensores leían ante el tribunal- por los que se condenaba al acusado, se divulgaban ampliamente. Carlile siguió editando *el Republican*, de forma imperturbable, desde la cárcel; algunos de sus trabajadores, por cierto, emprendieron en la prisión la edición de otro periódico, como forma de perfeccionamiento. Si bien el *Black Dwarf* de Wooler desapareció en 1824, Cobbett siguió en pie. De todos modos, en los primeros años de la década de 1820 estuvo muy suavizado. No le gustaban el republicanismo y el deísmo de Carlile, ni su influencia sobre los artesanos de los grandes núcleos urbanos; y progresivamente volvía hacia el campo y se distanciaba del movimiento obrero. (En 1821 emprendió el primero de sus *Rural Rides*, en el que parece que su genio haya al fin encontrado la forma y el contenido adecuados.) Pero, incluso a esta distancia, el *Political Register* siempre estuvo allí, con sus columnas -al igual que las del *Republican*- abiertas para explicar cualquier caso de persecución, desde Bodmin hasta Berwick.

Los honores de esta lucha no pertenecen a una sola clase. John Hunt Thelwall (que ahora se encontraban firmemente entre los moderados de la clase media) se contaban entre los perseguidos por el “Grupo de la calle Bridge”; sir Charles Wolseley, Burdett y el reverendo Joseph Harrison estaban entre los encarcelados por sedición. Pero Carlile y los que trabajaban en su taller fueron los que llevaron más lejos el desafío. Hacia 1823 se había ganado la primera batalla, aunque se produjesen nuevos procesamientos a finales de los años veinte y principios de los treinta, y los casos de blasfemia llegasen hasta la época victoriana. El mayor delito de Carlile fue seguir con la publicación completa de los *Political Works* y los *Theological Works* de Tom Paine; porque estas obras, aunque circulaban clandestinamente en los enclaves de los *old Jacks* en las ciudades, habían sido prohibidas después del juicio *in absentia* de Paine en 1792, y los sucesivos procesos a Isaac Eaton durante las guerras. A ello añadió otros muchos delitos a medida que la lucha avanzaba, y a medida que él mismo pasaba del deísmo al ateísmo, y lanzaba provocaciones -como la defensa del

²⁶ En esos tres años hubo 115 procesamientos y 45 informaciones *ex officio*.

asesinato²⁷ que desde cualquier punto de vista eran incitaciones al procesamiento. Era un hombre indómito pero escasamente simpático, y los años que pasó en la cárcel no mejoraron su carácter. Su fuerza residía en dos cosas. Primera, no admitía siquiera la posibilidad de la derrota. Y segunda, tenía a su espalda la cultura de los artesanos.

La primera característica no es tan evidente como parece. A menudo, hombres enérgicos habían sido silenciados y derrotados (como en la década de 1790). Aunque es cierto que la divisa de la determinación de Carlile (“EL TALLER DE LA CALLE FLEET NO SE CERRARÁ CON UNA DILIGENCIA RUTINARIA”) era particularmente difícil de encarar por parte de las autoridades. No importa cuánta ley tuviesen de su lado, con los procesamientos siempre provocarían odio. Pero, con las *Six Acts*, se habían dotado con el poder de *destrerrar* a los autores de la sedición, por ofensas mucho menores que las que Carlile cometía y de las que se enorgullecía. El hecho de que ni siquiera en 1820 se utilizase esta disposición de la ley testimonia el delicado equilibrio del momento y los límites que se le imponían al poder por parte del consenso de la opinión constitucional. Aparte del destierro, era imposible silenciar a Carlile, a no ser que se le decapitase o, más posiblemente, se le sometiese a un confinamiento solitario. Pero hay dos motivos que explican que el gobierno no tomase medidas extremas: primero, ya hacia 1821 les parecía menos necesario, puesto que los mayores impuestos del timbre estaban dando resultados. Segundo, después de los primeros enfrentamientos parecía que si se silenciaba a Carlile, aparecerían media docena de nuevos Carliles en su lugar. Las dos primeras que lo hicieron eran, de hecho, Carliles: su esposa y su hermana. Después, aparecieron los “trabajadores del taller”. Según un cálculo, antes de que hubiese terminado la batalla, Carlile había recibido la ayuda de 150 voluntarios, que entre todos -trabajadores del taller, impresores y vendedores de periódicos- cumplieron 200 años de cárcel. En el *Republican* salió el anuncio pidiendo voluntarios, hombres “que fuesen libres y deseosos de servir en el Cuerpo del General Carlile”:

Debe quedar muy claro que el motivo de crear estos voluntarios No Es EL BENEFICIO... sino la dedicación a propagar los principios y el sacrificio de la libertad para este propósito; porque, aunque R. Carlile se compromete a... prestarles todo el apoyo que esté en su mano, en caso de que encarcelen a muchos de ellos, no cuenta con tanta propiedad o posibilidades como para poder prometer cualquier suma semanal...²⁸

²⁷ Véase p. 143

²⁸ Wickwar, *op. cit.*, p. 231.

Desde aquel momento en adelante, el “Templo de la Razón” de la calle Fleet apenas estuvo desocupado más de un día. Los hombres y las mujeres que se presentaron a Carlile eran, casi todos, completamente desconocidos para él. Simplemente venían de Londres, o llegaban en el coche desde el Lincolnshire, Dorset, Liverpool y Leeds. Procedían de una cultura.

No se trataba de la cultura “obrera” de los tejedores o de los mineros del Tyneside. Entre las personas más destacadas en la lucha encontramos oficinistas, dependientes, el hijo de un labrador; Benbow, el zapatero convertido en librero; James Watson, el almacenista de Leeds que “tenía a su cargo un caballo de montar” en la tienda de un droguero; James Mann, el tundidor que se había hecho librero (también de Leeds). La tradición intelectual se derivaba en parte de la época jacobina, el círculo que en un tiempo se había movido alrededor de Godwin y Mary Wollstonecraft, o los miembros de la SCL, cuyo auténtico portavoz -John Gale Jones- fue uno de los partidarios más constantes de Carlile. En parte era una tradición nueva, que debía algo a la creciente influencia de Bentham y algo a los “cristianos librepensadores” y a los unitaristas, como Benjamin Flower y W J. Fox. Tenía contacto con esa vigorosa subcultura de los “editores de los periódicos dominicales y los conferenciantes del Instituto de Surrey” a quienes tanto despreciaban el *Blackwood* y la cultura oficial: maestros de escuela, estudiantes de medicina pobres o funcionarios del Estado que leían a Byron, a Shelley y el *Examiner*, y no eran *whigs* ni *tories*, sino que “acostumbraban a considerar cada uno por sí mismo lo que era correcto e incorrecto”.²⁹

De poco sirve etiquetar esta cultura como *bourgeois* o *petit-bourgeois*, aunque Carlile tenía buena parte del individualismo que (en general, se supone) caracteriza a esta última. Se acercaría más a la verdad afirmar que los artesanos y algunos obreros cualificados (como muchos hilanderos de algodón) se habían apoderado del impulso de ilustración racional que (durante los años de las guerras) había estado en gran parte confinado en manos de la intelectualidad radical; y lo habían hecho con un entusiasmo evangelista para extenderlo a un “número ilimitado” de personas, con un celo propagandista que difícilmente se encontraría en Bentham, James Mill o Keats.

²⁹ De Keats a su hermano George, 17 de septiembre de 1819, *Works*, 1901, V, p. 108. La carta continúa: “Esto hace que el asunto de Carlile, el librero, tenga una gran importancia en mi estado de ánimo. Ha vendido folletos deístas, ha vuelto a publicar a Tom Paine y muchas otras obras que habían estado sometidas a un horror supersticioso... Después de todo, tienen miedo de procesarle. Tienen miedo de su defensa; se publicaría en todos los periódicos del imperio. Ante esto se estremecen. Los juicios encenderían una llama que no podrían extinguir. ¿No crees que esto tiene una gran importancia?”

Las listas de aportaciones económicas para la campaña de Carlile contaron mayoritariamente con el apoyo de Londres, y a continuación de Manchester y Leeds. La cultura artesana era, sobre todo, la de la autodidaxia. “Durante estos doce meses - recordaba Watson respecto de su encarcelamiento- leí con profundo interés y mucho provecho *Decline and Fall of the Roman Empire* de Gibbon, *History of England* de Hume y la *Ecclesiastical History de Mosheim*.”³⁰ Los artesanos que formaban los núcleos de las “Sociedades de Investigación”, seguidoras de Carlile (así como los de la posterior Rotunda) eran altamente sospechosos para una cultura oficial que les había excluido del poder y el conocimiento, y que había contestado con homilias y tratados a sus protestas. Las obras de la Ilustración llegaron a ellos con la fuerza de la revelación.

De esta forma, un público lector de carácter crecientemente obrero se vio obligado a *organizarse a sí mismo*. Durante los años de la guerra y los inmediatamente posteriores hubo, por una parte, una prensa “contenida” y por la otra, una prensa radical. Durante la década de 1820 gran parte de la prensa de la clase media se liberó de la influencia directa del gobierno y utilizó algunas de las ventajas que habían conseguido Cobbett y Carlile. *The Times* y lord Brougham, a quienes quizá disgustaba tanto la “prensa pobre” como a lord Eldon (aunque por razones diferentes), confirieron un significado completamente diferente al término “radicalismo”: libre comercio, gobierno barato y reforma utilitarista. Hasta cierto punto (aunque de ningún modo por completo) se llevaron a la clase media -los maestros de escuela, médicos y tenderos, algunos de los cuales en otro momento habían apoyado a Cobbett y Wooler-, de modo que hacia 1832 existían dos tipos de público radical: el público de clase media, que anticipaba con placer la Liga contra las *Corn Laws*, y el de la clase obrera, cuyos periodistas (Hetherington, Watson, Cleave, Lovett, Benbow, O'Brien) estaban madurando ya el movimiento cartista. A lo largo de la década de los veinte la prensa obrera luchó bajo el peso abrumador de los impuestos del timbre,³¹ mientras Cobbett seguía afiliado, de forma imprecisa y temperamental, al movimiento plebeyo más que al de la clase media. La línea divisoria iba a ser, de manera creciente, no las estrategias de “reforma” alternativas (puesto que los reformadores de la clase media en ocasiones podían ser tan revolucionarios en el tono como sus equivalentes obreros), sino las ideas alternativas respecto de la economía política. La piedra de

³⁰ W. J. Linton, *James Watson*, Manchester, 1880, p. 19.

³¹ En 1830 estos impuestos ascendían a 4d. de timbre para cada periódico diario semanal, un impuesto de 3s. 6d. para cada anuncio, un pequeño impuesto sobre el papel y una amplia fianza contra la demanda por libelo.

toque se puede ver durante la “revuelta” de los jornaleros rurales en 1830, cuando *The Times* (“el viejo maldito *Times*”, de Cobbett) encabezó la demanda de un saludable castigo ejemplar para los alborotadores, mientras que tanto Cobbett como Carlile eran procesados una vez más bajo la acusación de escritos incendiarios.

En los años 1830 y 1831 se enarboló de nuevo la bandera del desafío. Cobbett descubrió una rendija en la ley y volvió a iniciar sus *Twopenny Trash*. Pero esta vez quien realizó el ataque frontal fue Hetherington, un obrero impresor. Su *Poor Man's Guardian* exhibía el emblema de una prensa manual, la divisa “El Saber es Poder” y el encabezamiento: “Publicación contraria a la “Ley” para poner a prueba el poder de la “Fuerza” frente al del “Derecho”. La declaración de presentación citaba cláusula por cláusula las leyes que pretendía desafiar:

...el *Poor Man's Guardian* ... contendrá “noticias, información y ocurrencias”, y “a continuación comentarios y observaciones”, y “por lo que se refiere a los asuntos de la Iglesia y el Estado, tenderá”, decididamente, “a excitar el aborrecimiento y el desprecio del Gobierno y la Constitución de ... este país, puesto que han sido establecidos POR DECRETO”, y también, “a vilipendiar los abusos de la Religión”...

También desafiaría todas las cláusulas de la legislación del impuesto del timbre, “o cualquier otro tipo de disposiciones y a pesar de las leyes o la voluntad o el placer de *cualquier tirano o grupo de tiranos*, sin que importe cualquier cosa que a partir de ahora o en cualquier lugar pueda determinarse en contra”. En el cuarto número aparecía el siguiente anuncio, “SE BUSCAN varios cientos de POBRES sin empleo que no tengan NADA QUE PERDER... para vender a los pobres e ignorantes” este periódico. No sólo se encontraron los voluntarios, sino que aparecieron multitud de periódicos *unstamped*, entre los cuales destacan el *Gauntlet* de Carlile y *Voice of the West Riding* de Joshua Hobson. Hacia 1836 la batalla en gran parte había terminado, y había quedado abierto el camino para la prensa cartista.

Pero, sin ningún género de dudas, la “gran *unstamped*” era una prensa obrera de clase. El *Poor Man's Guardian* y el *Working Man's Friend* eran, en realidad, órganos de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras; el *Poor Man's Advocate* era un órgano del Movimiento de la Fábrica; Joshua Hobson era un ex tejedor manual que había construido una prensa manual de madera con su propio trabajo; el *Destructive* de Bronterre O'Brien intentaba conscientemente desarrollar la teoría obrera radical. Estos pequeños semanarios, de impresión compacta, publicaban noticias de la gran

lucha en favor del *General Unionism* de esos años, los cierres patronales de 1834 y las protestas relativas al asunto del Tolpuddle, o debates y exposiciones penetrantes acerca de la teoría socialista y de las *trade unions*. Un análisis de este período nos llevaría más allá de los límites de este estudio, hasta una época en que la clase obrera no estaba ya en formación sino constituida ya (en su forma cartista). El aspecto que queremos destacar es hasta qué punto la lucha por la libertad de la prensa ejerció una influencia formativa central en el movimiento que se estaba configurando. Se procesó quizá a unas 500 personas por la producción y venta de los “*unstamped*”³² Desde 1816 (en realidad, desde 1792) hasta 1836 la lucha comprometió no sólo a los editores, libreros e impresores, sino también a muchos cientos de vendedores de periódicos, buhoneros y representantes voluntarios.³³

Los anales de la persecución siguen año tras año. En 1817 son dos hombres que vendían los folletos de Cobbett en el Shropshire, a quienes un magistrado eclesiástico “hizo ... detener y aplicar la *Vagrant Act* [Ley de vagabundos] ... y mandó que les diesen una buena azotaina en el poste de flagelar”; en el mismo año se persigue también a los vendedores ambulantes en Plymouth, Exeter, el Black Country, Oxford y el norte; en 1819, la persecución alcanza incluso a un ambulante que tenía un espectáculo de exhibición de imágenes, que enseñó un grabado de Peterloo en un pueblo de Devon. Pocas veces los períodos de cárcel superaban el año (a menudo los vendedores de periódicos estaban confinados unas pocas semanas en prisión y luego se les dejaba en libertad sin juicio), pero sus efectos sobre las víctimas podían ser más serios que el encarcelamiento de los editores, que recibía una mayor publicidad. Se les ponía en “Casas de Corrección” insalubres, a menudo encadenados y con grilletes, a menudo sin el menor conocimiento de la ley y sin medios para defenderse. A no ser que Cobbett, Carlile o alguna sección de los radicales tuviesen noticia del caso, sus familias se quedaban sin ingreso alguno y podían verse obligadas a entrar en un asilo.³⁴ Por supuesto que en las poblaciones pequeñas fue donde se dio una lucha por la libertad más encarnizada. En Manchester, Nottingham o Leeds había enclaves y lugares de reunión radicales que estaban dispuestos a prestar ayuda a los que habían

³² Abel Heywood, el librero de Manchester, declaraba que la cifra era 750.

³³ Se formaron sociedades para la difusión del “Conocimiento Realmente útil” para ayudar a los “*unstamped*”. Véase *Working Man's Friend* (18 de mayo de 1833).

³⁴ Véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 40, 103-114; *Second Trial of William Hone*, 1818, p. 19; para el caso de Robert Swindells, confinado en el castillo de Chester, mientras su esposa y su hijo morían por abandono, y el hijo que quedaba fue internado en un asilo de pobres; y el *Political Register* de Sherwin (14 de marzo de 1818) para los casos de Mellor y Pilling de Warrington, que estuvo durante nueve semanas encadenado junto con los criminales en la cárcel de Presten, le enviaron para el juicio al Tribunal de la Jurisdicción Real de Londres -y tuvo que andar las 200 millas- el juicio se trasladó a Lancaster (200 millas de vuelta), y al final le absolvieron.

sido castigados. El zapatero o profesor que en una ciudad con mercado o una población industrial acogiese a Cobbett o Carlile, durante la década de 1820, podía estar seguro de que le vigilarían y estaría sometido a persecución de forma indirecta. (A menudo los paquetes postales de *Registers* que Cobbett mandaba a los suscriptores de las provincias, simplemente no llegaban: se habían “perdido” en el correo.) Alrededor de la prensa militante se desarrolló un modelo completo de distribución con su propio folklore. Los vendedores ambulantes (según le contaron a Mayhew) para evitar “vender” el *Republican*, vendían pajitas y luego regalaban el periódico a sus clientes. En el valle del Spen, en la época de los “*unstamped*”, se tiraba un penique a través de una reja y “aparecía” el periódico. En otros lugares, la gente se deslizaba sigilosamente por las callejuelas o los campos por la noche hasta el lugar de cita convenido. Más de una vez los “*unstamped*” fueron transportados ante las narices de las autoridades dentro de un ataúd y con un piadoso cortejo de librepensadores.

Podemos dar dos ejemplos de tenderos y vendedores. El primero, una tendera, es útil para recordarnos que, en estos círculos racionalistas y owenitas, se volvía a retomar la reivindicación de los derechos de las mujeres (que habían enmudecido desde la década de 1790), y se extendía con lentitud desde la intelectualidad hacia los artesanos. Las mujeres parientes de Carlile, que soportaron juicio y cárcel, lo hicieron más por lealtad que por convicción. Muy diferente era el caso de la señora Wright, zurcidora de encajes de Nottingham, que fue una de las voluntarias de Carlile y se vio sometida a juicio por vender una de las *Addresses* de aquél, que contenía opiniones expresadas en su forma característica:

Un Sistema de Gobierno Representativo pronto se daría cuenta de lo acertado de convertir nuestras Iglesias y Capillas en Templos de la Ciencia y... de proteger a los Filósofos en lugar de los Sacerdotes. Sostengo que las artimañas del Rey y los Sacerdotes son la ruina de la Sociedad. ...Estos dos males actúan conjuntamente contra el bienestar tanto del cuerpo como del espíritu, y para mitigar nuestras miserias en la vida presente, la última intenta embaucarnos con la esperanza de la felicidad eterna.

Ella misma dirigió su larga defensa³⁵ y se la interrumpió poco. Hacia el final de su defensa, la señora Wright solicitó permiso para retirarse y amamantar al hijo que

³⁵ La mayoría de los trabajadores del taller de Carlile tenían en su poder largas defensas escritas por Carlile, y probablemente en su caso ocurriese lo mismo.

estaba criando. Se le concedió y estuvo ausente del tribunal durante unos veinte minutos. Al pasar de un lado a otro, hacia el Café del Castillo, miles de personas allí reunidas la aplaudieron y la vitorearon ruidosamente, todos la animaron a seguir de buen humor y a perseverar.

Un poco más tarde, una noche de noviembre, se la confinó en Newgate con su bebé de seis meses y sin nada para echarse excepto una estera. Mujeres como la señora Wright (y la señora Mann de Leeds) tuvieron que enfrentarse no sólo a las acusaciones acostumbradas, sino también al insulto y las insinuaciones de una prensa legitimista que se sentía ofendida. “Esa infeliz y desvergonzada mujer”, escribió el *New Times*, recibió ayuda de “*varias mujeres*. ¿No son suficientes estas circunstancias para escandalizar a cualquier espíritu con capacidad de reflexión?” Era una “criatura abandonada” (epíteto convencional para las prostitutas) “que había perdido toda la vergüenza, el miedo y la decencia propios de su sexo”. Con su “horrible ejemplo” había pervertido los espíritus de otras madres:

esos monstruos con forma de mujer se levantan, con endurecidos rostros, en pleno día, para dar su pública aprobación y apoyo -por primera vez en la historia del mundo Cristiano- a la blasfemia grosera, vulgar y horrible.

Carlile escribió que era una mujer “de salud muy delicada y verdaderamente todo espíritu, no materia.”³⁶

Las condenas más largas que tuvo que sufrir un vendedor de periódicos probablemente fueron las que cumplió Joseph Swann, sombrerero de Macclesfield. Le detuvieron en 1819 por vender folletos y un poema sedicioso:

Sácate los grilletes, sacúdete el yugo de la esclavitud;
Ahora, ahora o nunca, se puede romper tu cadena;
Levántate con rapidez y asesta el golpe mortal.*

Enviado de prisión en prisión y encadenado con los criminales, fue condenado finalmente a dos años de cárcel por conspiración sediciosa, a dos años por libelo blasfemo, y a seis meses más por libelo sedicioso, a cumplir de manera consecutiva.

³⁶ Véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 222-223; *Trial of Mrs. Susannah Wright*, 1822, pp. 8, 44, 56; *New Times* (16 de noviembre de 1822).

* Off with your fetters; spurn the slavish joke; / Now, now, or never, can your chain be broke; / Swift then rise and give the fatal stroke.

Cuando se habían aprobado ya estas monstruosas condenas, Swann se quitó el sombrero blanco y le preguntó al magistrado: “¿Habéis acabado? ¿Esto es todo? Pensaba que habíais traído un trozo de cuerda y me ibais a colgar.” También su esposa estuvo detenida por un breve espacio de tiempo (por seguir vendiendo folletos); ella y sus cuatro hijos sobrevivieron con un subsidio parroquial de 9s. a la semana, con alguna ayuda de Carlile y Cobbett. Cobbett, por cierto, se interesó particularmente por el caso de Swann, y cuando Castlereagh se suicidó, le dedicó a Swann sus triunfantes deshonras fúnebres: “¡CASTLEREAGH SE HA CORTADO EL CUELLO Y ESTA MUERTO! Que este sonido te llegue a la profundidad de tu mazmorra... y lleve consuelo a tu alma sufriente.” Después de cumplir sus cuatro años y medio, Swann “atravesó la puerta del Castillo de Chester... con el espíritu tan inquebrantable como siempre”, y reanudó su oficio de sombrerero. Pero todavía no había acabado de cumplir todas las condenas. En noviembre de 1831, el *Poor Man's Guardian* informaba acerca de los procesos del tribunal del magistrado de Stockport, ante el que Joseph Swann estaba acusado de vender aquel “*unstamped*”. El presidente del tribunal, capitán Clarke, le preguntó qué tenía que decir en defensa propia:

ACUSADO: Bien, señor, durante algún tiempo he estado sin trabajo, y tampoco lo encuentro ahora; mi familia está muriendo de hambre....Y por otra razón, la más importante de todas, los vendo por el bien de mis compatriotas; para que se den cuenta de lo mal que se les representa en el Parlamento... Quiero que el pueblo sepa cómo se le engaña...

TRIBUNAL: Cállese un momento.

ACUSADO: ¡No pienso callarme! porque quiero que todo el mundo lea estas publicaciones ...

TRIBUNAL: Es usted muy atrevido, por lo tanto queda condenado a tres meses de cárcel en la Casa de Corrección de Knutsford, a realizar trabajo forzado ...

ACUSADO: No tengo que agradecerle nada; y cada vez que salga volveré a venderlos. Y le advierto (dirigiéndose al capitán Clark) que el primer lugar donde iré a vender es a su casa...

Entonces se llevaron a Joseph Swann a la fuerza del banquillo de los acusados.³⁷

³⁷ Wickwar, *op. cit.*, pp. 105-107; *Independent Whig* (16 de enero de 1820); *Political Register* de Cobbett (17 de agosto de 1822); *Poor Man's Guardian* (12 de noviembre de 1831); A. G. Barker, *Henry Hetherington*, pp. 12-13.

La mayoría de estos hombres y mujeres han quedado olvidados en la retórica de la democracia del siglo xx, porque eran descarados, vulgares y excesivamente fervorosos o “fanáticos”. A continuación, los vehículos de “regeneración” que estaban subvencionados, el *Penny Magazine* y el *Saturday Magazine* (a cuyos vendedores nadie procesaba), avanzaron; y más tarde, la prensa comercial, con sus recursos mucho mayores, aunque no empezó realmente a captar al público lector radical hasta los años cuarenta y cincuenta. (E incluso entonces la prensa popular -las publicaciones de Cleave, Howitt, Chambers, Reynolds y Lloyd- procedía de este antecedente radical.) Pueden destacarse particularmente dos consecuencias de la lucha. La primera (y más evidente) es que la ideología obrera que maduró en los años treinta (y que, a través de diversas traslaciones, ha perdurado desde entonces) confirió un valor excepcionalmente elevado a los derechos de la prensa, de la palabra, de reunión y de libertad personal. Por supuesto, la tradición del “inglés libre por nacimiento” es mucho más antigua. Pero la idea que encontramos en algunas de las interpretaciones “marxistas” tardías, según la cual estas reivindicaciones aparecen como una herencia del “individualismo burgués”, apenas se sostienen. Durante la lucha que se desarrolla entre los años 1792 y 1836, los artesanos y los obreros convirtieron esta tradición en algo particularmente suyo, añadiendo a la petición de libertad de palabra y pensamiento su propia demanda de propagación sin trabas, de la forma más barata posible, de los productos de su pensamiento.

En esto, es cierto, compartían una ilusión característica de la época, empleándola con fuerza en el contexto de la lucha de la clase obrera. Todos los ilustrados y regeneradores de la época pensaban que el único límite que se imponía a la difusión de la razón y el conocimiento era el que imponía la insuficiencia de medios. Las analogías que se hacían eran con frecuencia mecánicas. El método educativo de Lancaster y Bell, que pretendía la multiplicación barata del aprendizaje mediante niños monitores, recibió el nombre (que le puso Bell) de la “MÁQUINA DE VAPOR DEL MUNDO MORAL”. Peacock acertó con una exactitud absoluta cuando denominó a la Sociedad para la Difusión del Conocimiento útil de Brougham, “Sociedad del Vapor del Intelecto”. Carlile estaba sumamente convencido de que “la lectura de folletos está destinada a realizar los grandes cambios morales y políticos necesarios para la humanidad”:

La prensa impresa puede en rigor recibir el nombre de Tabla de Multiplicar aplicable a la mente humana. El arte de imprimir es una multiplicación de la mente. ...Los vendedores de folletos son los resortes más importantes de la maquinaria de la

Reforma.³⁸

Owen contemplaba la implantación en el futuro de un NUEVO MUNDO MORAL, por medio de la propaganda, con un optimismo mesiánico, pero mecánico. Pero si bien ésta era, en parte, la ilusión racionalista, debemos recordar la segunda -y más inmediata- consecuencia: entre los años 1816 y 1836 pareció producirse esta “multiplicación”. Porque los periodistas radicales y de los “*unstamped*” estaban utilizando la máquina de multiplicar en favor de la clase obrera; y en el cuarto de siglo anterior, las mentes de los hombres de todas las zonas del país habían recibido la preparación necesaria para lo que ahora podían leer. Se puede ver la importancia de la propaganda en la continua extensión de la organización radical desde las grandes ciudades y áreas fabriles hacia los pequeños municipios y ciudades con mercado. Una de las *Six Acts* de 1819 (la que autorizaba los registros en busca de armas) estaba específicamente limitada a los denominados “distritos turbulentos” de las Midlands y el norte.³⁹ Hacia 1832 -y de ahí en adelante hasta la época cartista- podemos encontrar un núcleo radical en cada condado, en las ciudades con mercado más pequeñas e incluso en los pueblos rurales de mayor tamaño; y en casi todos los casos su base social son los artesanos locales. En núcleos como Croydon, Colchester e Ipswich, Tiverton y Taunton, Nantwich o Cheltenham, había fuertes y militantes grupos de radicales o cartistas. En Ipswich encontramos tejedores, talabarteros, guarnicioneros, sastres, zapateros; en Cheltenham zapateros, sastres, albañiles, ebanistas, jardineros, un yesero y un herrero: “gente seria y honrada, con una inteligencia muy por encima de la media.”⁴⁰ Ésta era la gente a quien Cobbett, Carlile, Hetherington y sus vendedores de periódicos habían “multiplicado”.

“Gente seria y honrada...”, esta cultura autodidacta nunca se ha analizado de manera suficiente.⁴¹ La mayoría de esta gente habían recibido algún tipo de educación elemental, aunque muchas fuentes dan testimonio de su insuficiencia:

³⁸ Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 214.

³⁹ Los condados de Lancaster, Chester, el West Riding, Warwick, Stafford, Derby, Leicester, Nottingham, Cumberland, Westmorland, Northumberland, Durham, la ciudad de Coventry y los municipios rurales de Newcastle-upon-Tyne y Nottingham.

⁴⁰ W. E. Adams, *op. cit.*, p. 169. Estoy en deuda con el señor A. J. Brown por la información acerca de Ipswich. Para el cartismo en Somerset y East Anglia, véase también *Chartist Studies*, compilado por A. Briggs.

⁴¹ La admirable descripción de J. F. C. Harrison en *Learning and Living* tiende a subestimar el vigor de la cultura radical antes de 1832. Los mejores relatos de primera mano se encuentran en la autobiografía de William Lovett y (para la época cartista) Thomas Frost, *Forty Years Recollections*, 1880.

Recuerdo bien la primera *half-time school** de Bingley. Era una casita a la entrada del patio de la fábrica. El profesor era un pobre hombre viejo, que había realizado todo tipo de trabajos extraños de carácter simple por 12s. a la semana, a quien habían puesto a enseñar a los niños de media jornada. No obstante, para que no enseñase demasiado o para que el proceso no fuese muy costoso, debía troquelar arandelas de paño con un pesado mazo de madera sobre un bloque de madera, durante las horas de clase.⁴²

Este ejemplo quizá corresponde al peor tipo de “escolaridad” de los primeros años de la década de 1830. En la década anterior se podían encontrar escuelas de pueblo mejores o escuelas en las que se pagaba una cuota muy baja, que estaban patrocinadas por artesanos. En este momento, también las escuelas dominicales se estaban librando (aunque de forma muy lenta) del tabú acerca de la enseñanza de la escritura, mientras que las primeras escuelas británicas y nacionales (a pesar de todas sus insuficiencias) estaban empezando a tener algunos resultados. Pero, para alcanzar cualquier educación de nivel secundario, los artesanos, tejedores o hilanderos debían adquirirla por sí solos. El nivel de ventas de las obras educativas de Cobbett es un indicador de hasta qué punto lo hacían; en particular de su *Grammar of the English Language*, publicada en 1818, se vendieron 13.000 ejemplares en seis meses, y 100.000 más en los siguientes 15 años.⁴³ Y al traducir las cifras de venta (o de tirada de los periódicos) en estimaciones de lectura, debemos recordar que el mismo libro o periódico se prestaba, se leía en voz alta y pasaba por muchas manos.

Pero la “educación secundaria” de los trabajadores adoptó muchas formas, de las cuales el estudio privado en solitario sólo era una. Los artesanos en particular no estaban tan arraigados en comunidades ignorantes como se supone con facilidad. Viajaban libremente por el país en busca de trabajo; además de los viajes que hicieron obligados por las guerras, muchos trabajadores manuales viajaban fuera del país, y la relativa facilidad con la que miles y miles emigraron a Norteamérica y las colonias (no sólo guiados por la pobreza, sino también por el deseo de hallar una oportunidad o de libertad política) indican la existencia de una fluidez general en la vida social. En las ciudades coexistían una vigorosa y obscena cultura plebeya con tradiciones más refinadas entre los artesanos. Muchas recopilaciones de baladas de los primeros años del siglo XIX testimonian con qué fervor se trasladaba a las canciones la batalla entre

* Escuela cuyo funcionamiento permitía que los niños asistieran a la misma la mitad del tiempo acostumbrado y empleasen la otra mitad en realizar un trabajo remunerado. (*N. de la t.*)

⁴² Thomas Wood, *Autobiography* (1822-1880), Leeds, 1956. Véase también Un Viejo Alfarero, *When I Was a Child*, 1903, cap. I.

⁴³ M. L. Pearl, *William Cobbett*, 1953, pp. 105-107. También había muchas ediciones no autorizadas.

legitimistas y radicales. Quizá lo que mejor se ajustaba al gusto de los jacobinos y de los “viejos radicales” de los años 1816-1820 era el teatro melodramático popular. A partir de los primeros años de la década de 1790 el teatro, en especial en los núcleos urbanos de provincias, fue un foro en el que se enfrentaban facciones opuestas y se provocaban “cantando sus tonadas” en los entreactos. Un “Revolucionario Jacobino y *Leveller*” describió una visita al teatro, en 1795, en un puerto del norte:

... y como el teatro es el campo en el que normalmente los Oficiales Voluntarios llevan a cabo sus Campañas, esos héroes militares... entonaron la melodía de *God Save the King*, y ordenaron a la audiencia que se levantase y se descubriese... Yo permanecí sentado y con el sombrero puesto desafiando a los militares.⁴⁴

Durante los años de la represión esta canción (con su denuncia de las “viles argucias” de los jacobinos) sustituyó a *The Roast Beef of Old England* como “himno nacional”. Pero a medida que avanzaban las guerras, la audiencia demostró dejarse intimidar con menor facilidad por los matones de la “Iglesia y el Rey” que las generaciones posteriores. En 1812, en Sheffield se inició un motín cuando

los oficiales de South Devon insistieron en que se cantase “*God Save the King*”, y las clases bajas de la galería insistieron en que no se cantase. ...Ha sido encarcelado un alborotador.⁴⁵

La mayoría de los motines que se produjeron en los teatros a principios del siglo XIX tuvieron cierto tinte radical, aunque sólo expresasen el simple antagonismo entre la platea y el gallinero. La envidia que sentían los exclusivos *patent theatres*^{*} hacia sus pequeños rivales, con sus “farsas musicales” y sus espectáculos “deslucidos... por la introducción de Caballos, Elefantes, Monos, Perros, Espadachines, Saltimbanquis y Funámbulos”,⁴⁶ se vio reforzada por el desagrado que sentían los empresarios hacia la peligrosa exaltación de la audiencia. En 1798, los “opulentos Comerciantes, Constructores Navales, Cordeleros” y otros empresarios de los alrededores de los muelles de Londres presentaron un memorial al gobierno, quejándose de que las representaciones del teatro Royalty, cercano a la Torre, fomentaban “hábitos de disipación y libertinaje” entre “sus numerosos Manufactureros,

⁴⁴ *Philanthropist* (22 de junio de 1795).

⁴⁵ T. A. Ward, *op. cit.*, p. 196.

^{*} Teatros que habían recibido autorización real para establecerse. (*N. de la t.*)

⁴⁶ Para las acusaciones y contraacusaciones intercambiadas entre Covent Garden y Drury Lane, por una parte, y los pequeños teatros “ilegítimos” por la otra, 1812-1818, véase H.O. 119.3/4.

Obreros, Criados, etc.⁴⁷ (La queja había sido continuada durante más de doscientos años.) En 1819 se desencadenó el desorden por todo el centro de Londres, noche tras noche y semana tras semana, en las conocidas revueltas “O.P.”, cuando se subieron los precios en Drury Lane. El particular desagrado que experimentaban las autoridades hacia la mezcla de desorden y sedición que se producía en los teatros hizo que los *patent theatres* conservasen al menos las formas de su monopolio hasta fecha tan tardía como 1843.

La vitalidad del teatro plebeyo no iba emparejada con su mérito artístico. La influencia más positiva sobre la sensibilidad de los radicales no provino tanto de los pequeños teatros como del resurgimiento shakespeariano; no sólo Hazlitt, también Wooler, Bamford, Cooper y otros muchos periodistas radicales y cartistas autodidactas acostumbraban a rematar sus argumentos con citas de Shakespeare. Wooler había realizado su aprendizaje en la crítica teatral; y el *Trades Newspaper*, que era una publicación estrictamente sindicalista, empezó en 1825 publicando una crítica teatral además de una columna de deportes (con una crónica sobre boxeo profesional y la pelea entre “el León Negro y Seis Perros”).⁴⁸ Pero había un arte popular que alcanzó el punto culminante, en cuanto a complejidad y excelencia, durante los años que van de 1780 a 1830: la viñeta política.

Fue la época primero de Gillray y de Rowlandson, y luego de George Cruikshank y de multitud de otros caricaturistas, algunos de ellos competentes, otros terriblemente ordinarios. El suyo era, sobre todo, un arte metropolitano. Los modelos de los dibujantes pasaban con sus coches por delante de los talleres de imprenta en los que se satirizaban sin piedad sus pecados políticos (o personales). No se dejaba títere con cabeza en ninguno de los dos lados. Los legitimistas retratarían a Thelwall, Burdett o Hunt como salvajes incendiarios, con una llameante antorcha en una mano, una pistola en la otra y los cinturones repletos de cuchillos de carnicero; mientras que Cruikshank retrataba al rey (en 1820) completamente borracho repantingado en el trono, rodeado de botellas rotas y frente a un biombo decorado con sátiros y meretrices de grandes pechos. (Los obispos no salían mejor parados.) La viñeta popular no era, en modo alguno, un arte para analfabetos, como lo demuestran los globos llenos de diminutas letras de imprenta que salen de las bocas de las figuras.

⁴⁷ H.O.65.Z.

⁴⁸ *Trades Newspaper* (31 de julio, 21 de agosto de 1825 y siguientes). El editor se sintió obligado a excusarse por el hecho de publicar noticias sobre boxeo y acoso de animales; pero el periódico estaba dirigido por un comité de *trade unions* de Londres, y se debían tener en cuenta sus deseos.

Pero también los analfabetos podían participar de esta cultura pasándose horas frente a la ventana del taller de impresión y descifrando los intrincados detalles visuales en el último dibujo de Gillray o Cruikshank; esto ocurría en la imprenta de Knight, en Sweeting's Alley, la de Fairburn frente a Lud Hill o en la de Hone en Fleet Street (Thackeray recordaba):

solía haber una multitud ... de peones sonrientes y joviales que deletreaban las canciones y lo hacían en voz alta para que el grupo lo entendiese y que recibían las muestras de humor con un rugido general de comprensión.

Algunas veces el impacto era sensacional; Fleet Street podía quedar bloqueado por la concurrencia; Cruikshank creía que su “Billete Bancario Restringido” (1818) había motivado la abolición de la pena de muerte por pasar dinero falsificado. En la década de 1790 el gobierno sobornó realmente a Gillray para que trabajase en las filas antijacobinas. Durante las guerras la mayoría de las viñetas eran patrióticas y antigalas (en esos años John Bull adquirió su forma clásica), pero las viñetas referentes a temas domésticos eran furiosamente polémicas y con frecuencia tenían simpatía por Burdett. Después de las guerras se desató una oleada de viñetas radicales que permaneció inmune al procesamiento incluso durante la agitación relativa a la reina Carolina, porque el procesamiento hubiese supuesto un ridículo mayor. Con todas sus transformaciones (y a pesar de las ordinarietas de algunos de sus practicantes) siguió siendo un arte ciudadano sumamente sofisticado: podía ser agudamente chistoso o cruelmente franco y obsceno, pero en ambos casos contaba con un marco de referencia de chismorreo compartido y de conocimiento íntimo de las formas y las manías de todos los que participaban en los asuntos públicos, incluso los personajes menores; el grabado poseía una pátina de complejas alusiones.⁴⁹

La cultura del teatro y la imprenta era popular en un sentido más amplio que la cultura literaria de los artesanos radicales. Puesto que la piedra de toque de la cultura autodidacta de los años veinte y treinta era la sobriedad moral. Es tradicional atribuirlo a la influencia del metodismo, y sin duda se puede detectar esta influencia tanto de forma directa como indirecta. La estructura del carácter puritano subyace a la seriedad moral y la autodisciplina que permitía a los hombres estudiar a la luz de una vela, después de un día de trabajo. Pero tenemos que hacer dos salvedades importantes.

⁴⁹ Alguna idea de la complejidad de esta producción se puede obtener de los muy eruditos *Catalogues of Political and Personal Satire in the British Museum*, de Dorothy George, volúmenes 7, 8, 9 y 10. Véase también Blanchard Jerrold, *George Cruikshank*, 1894, cap. 4.

La primera es que el metodismo fue una influencia fuertemente antiintelectual, de la cual la cultura popular británica no se ha recuperado jamás por completo. El círculo al cual Wesley hubiese reducido las lecturas de los metodistas (según Southey) “era bastante reducido: sus propias obras y sus series de compendios hubiesen constituido la parte más importante de la biblioteca de un metodista”.⁵⁰ A principios del siglo XIX se animó a los predicadores locales y a los jefes de clase a que leyesen más: reimpressiones de la obra de Baxter, la hagiografía del movimiento, o “volúmenes del Almanaque Misionero”. Pero la poesía era sospechosa y la filosofía, la crítica bíblica o la teoría política eran tabú. Todo el peso de la enseñanza metodista recaía en la bendición de los “limpios de corazón”, sin importar cuáles fuesen su rango o sus logros. Esto le confería a la Iglesia su atractivo espiritual igualitario. Pero también alimentaba (algunas veces en proporciones enormes) las defensas filisteas de los que apenas sabían leer y escribir. “Se da *carte blanche* a la ignorancia y la locura -estalló Hazlitt-. A aquellos... que o bien son incapaces o no quieren pensar de forma conexa o racional sobre ningún tema, se les libra de toda obligación de este tipo, diciéndoles que la fe y la razón son mutuamente opuestas.”⁵¹ Los ministros metodistas defendieron a su grey de los sucesivos impactos de Paine, Cobbett y Carlile: existían abundantes pruebas de que la capacidad de leer y escribir sin una guía era la “trampa del diablo”.

Algunas de las ramas del principal tronco metodista -los Metodistas Unitarios (una extraña conjunción) y particularmente la Nueva Conexión- tenían una inclinación más intelectual, y sus congregaciones se parecían a las iglesias disidentes más antiguas. Pero la principal tradición metodista respondió de formas diferentes al ansia de ilustración. Hemos señalado ya las afinidades subterráneas que existían entre el metodismo y el utilitarismo de la clase media. Por muy extraño que pueda parecernos, cuando pensamos en Bentham y su odio hacia la “estúpida” superstición, el espíritu de los tiempos llevaba a una conjunción de las dos tradiciones. Si bien el metodismo desalentaba todo tipo de investigación intelectual, la adquisición de conocimiento útil se podía considerar piadosa y llena de valor. El acento, por supuesto, se ponía sobre el uso. No había suficiente sólo con la disciplina de trabajo, era necesario que la mano de obra avanzase hacia niveles más sofisticados de conquista. El viejo argumento baconiano oportunista -de que no podía haber mal en el estudio de la naturaleza, que es la prueba visible de las leyes divinas-, ahora había sido asimilado dentro de la

⁵⁰ Southey, *Life of Wesley*, p. 558.

⁵¹ *Works*, IV, pp. 57 y ss., de *The Round Table*, 1817.

apologética cristiana. De ahí surgió ese fenómeno peculiar de la cultura victoriana primitiva: el pastor inconformista con la mano sobre el Viejo Testamento y el ojo puesto en el microscopio.

Los efectos de esta conjunción pueden detectarse ya en la cultura obrera de la década de los veinte. Los metodistas veían con buenos ojos la ciencia -botánica, geología, química, matemáticas y, en particular, las ciencias aplicadas- siempre que no se mezclasen esas ocupaciones con la política o la filosofía especulativa. El mundo intelectual sólido, estadístico, que estaban construyendo los utilitaristas le era simpático incluso a la Conferencia Metodista. También ellos recopilaban sus cuadros estadísticos de asistencia a la escuela dominical, y Bunting (da la sensación) hubiese sido feliz al poder calcular los grados de gracia espiritual con la misma exactitud con que Chadwick calculaba la dieta mínima que podía mantener a un pobre con fuerza suficiente para trabajar. De ahí la alianza entre inconformistas y utilitaristas por lo que se refiere a esfuerzos educacionales y también a la difusión de conocimientos “edificantes” junto con la exhortación piadosa. En la década de los veinte se ha consolidado ya este tipo de literatura en que los consejos morales (y los relatos de las orgías alcohólicas de Tom Paine en su solitario lecho de muerte) aparecen al lado de pequeñas notas sobre la flora de Venezuela, estadísticas del número de víctimas del terremoto de Lisboa, recetas para hortalizas hervidas y notas sobre hidráulica:

Cada especie ... necesita un tipo diferente de comida. ... Linneo ha observado que la vaca come 276 especies de plantas y rechaza 218; la cabra come 449 y rechaza 126; la oveja come 387 y rechaza 141; el caballo come 262 y rechaza 212; y el cerdo, que tiene un gusto más refinado que todos aquéllos, sólo come 72 plantas y rechaza todas las demás. Y sin embargo la generosidad del Creador es tan ilimitada, ¡que las incontables miríadas de seres sensibles reciben y se nutren con abundancia gracias a su bondad! “Los ojos de todos ellos se alzan hacia ÉL, y él abre su mano y satisface el deseo de cada ser vivo.”⁵²

Y ya en la década de los veinte se puede ver la economía política como el tercer elemento, junto con la moralidad y el conocimiento útil, en la configuración de los sermones acerca de las leyes divinas e inmutables de la oferta y la demanda. El

⁵² Thomas Dick, *On the Improvement of Society by the Diffusion of Knowledge*, Glasgow, 1833, p. 171. Véase también p. 213, donde se argumenta que la “aritmética, álgebra, geometría, secciones cónicas y otras secciones de las matemáticas son particularmente buenos estudios puesto que “contienen verdades que son eternas e inmutables”.

capital, más refinado incluso que el cerdo, sólo seleccionaría a los obreros más laboriosos y obedientes, rechazando a todos los demás.

Así pues, el metodismo y el evangelismo aportaron pocos ingredientes intelectuales activos a la cultura articulada de la población obrera, aunque pueda afirmarse que añadieron cierta seriedad a la búsqueda de información. (Arnold consideraría más adelante que la tradición inconformista era profundamente filistea e indiferente a “la armonía y la razón”.) Y hay que hacer una segunda salvedad cuando se atribuye este origen a la sobriedad del mundo artesano. De hecho puede demostrarse que la sobriedad moral fue un producto de la misma agitación radical y racionalista, y que debía muchas cosas a las tradiciones de la vieja disidencia y jacobina. Esto no significa que no hubiera radicales borrachos ni manifestaciones turbulentas. Wooler sólo era uno de los líderes radicales de quien se decía que le daba mucho a la botella; y por otra parte hemos visto que las tabernas de Londres y los despachos clandestinos del Lancashire eran importantes lugares de reunión. Pero los radicales intentaban rescatar al pueblo de la acusación de ser una “muchedumbre”; y sus líderes intentaban permanentemente dar una imagen de sobriedad.

Había otros motivos adicionales para insistir en este aspecto. Una de las normas de *la Bath Union Society for Parliamentary Reform* (que se fundó en enero de 1817) es característica:

Se recomienda encarecidamente a todos los Miembros que no gasten Dinero en los bares, puesto que la mitad del susodicho dinero se lo quedan los Impuestos, para alimentar a los Gusanos de la Corrupción.⁵³

Durante los años de la posguerra, Hunt y Cobbett contribuyeron en gran medida al llamamiento en favor de abstenerse de todos los artículos gravados con impuestos, y en particular en favor de las virtudes del agua frente a los alcoholes o la cerveza. La sobriedad de los metodistas era el atributo (el único) de la “secta” que Cobbett encontraba digno de alabanza: “considero que la embriaguez es la raíz de mucho más de la mitad de los males, la miseria y los crímenes que afligen a nuestra sociedad.”⁵⁴ No siempre era éste el tono de Cobbett; otras veces podía lamentarse del precio que la cerveza tenía para el trabajador. Pero en la mayoría de las opiniones

⁵³ H.O. 40.4.

⁵⁴ *Political Register* (13 de enero de 1821). La campaña antialcohólica se puede retrotraer a esta campaña de abstinencia de la posguerra.

encontramos una gazmoñería moral general. En particular, era la ideología del artesano o del obrero cualificado la que había mantenido su posición frente a la turbulenta marea de los no cualificados. Lo encontramos en el relato de Carlile referente a su primera edad viril:

Era regular, activo y laborioso, trabajaba desde temprano hasta tarde... y cuando salía del taller en ningún lugar era tan feliz como en casa con mi esposa y mis hijos. Siempre detesté las cervecerías... Tenía la convicción de que un hombre ... que no utilizase correctamente cada chelín era un tonto.⁵⁵

Muchas veces dejaba de hacer una comida y “llevaba a su casa alguna publicación de seis peniques para leer por la noche”. Lo mismo encontramos en la obra de William Lovett *Life and Struggles... in Pursuit of Bread, Knowledge and Freedom*, un título que condensa, en sí mismo, todo lo que estamos intentando describir.

Esta actitud se reforzaba entre los republicanos y los librepensadores, debido al carácter de los ataques que recibían. Denunciados en las sátiras legitimistas y desde los púlpitos de la iglesia como escandalosos exponentes de todos los vicios, intentaban mostrarse como poseedores, junto a sus opiniones heterodoxas, de un carácter irreprochable. Luchaban contra las leyendas legitimistas de la Francia revolucionaria, a la que presentaban como una sangrienta cueva de ladrones, cuyos Templos de la Razón eran burdeles. Eran particularmente sensibles a cualquier acusación de indecencia sexual, irregularidad financiera o falta de apego a las virtudes familiares.⁵⁶ En 1830 Carlile publicó un pequeño libro de sermones, *The Moralist*, mientras que el libro *Advice to Young Men* era simplemente un ensayo más simpático y leíble sobre los mismos temas de la laboriosidad, la perseverancia y la independencia. Por supuesto, los racionalistas estaban especialmente ansiosos por contrarrestar la acusación de que el rechazo de la fe cristiana debía entrañar inevitablemente la disolución de todas las limitaciones morales. Junto a la influyente obra de Volney, *Ruinas del Imperio*, se tradujo y se divulgó como tratado su *Ley de la Naturaleza* que se utilizó para argumentar -en forma de diálogo- que las virtudes respetables debían cumplirse todas de acuerdo con las leyes de la utilidad social:

⁵⁵ Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 68.

⁵⁶ Cf. T. Frost, *Forty Years' Recollections*, p. 20 (de la propaganda antiowenita de los años treinta): “para los demandantes y los testigos un recurso muy común era decir de una persona que estaba acusada de robo, abandono de su esposa o casi cualquier otro delito, “Es un socialista”; y los informes de todos estos casos tenían la coletilla, “Efectos del Owenismo’ ...”

P. ¿Por qué decís que el amor conyugal es una virtud?

R. Porque la concordia y la unión, que son el resultado del afecto que subsiste entre las personas casadas, establecen en el seno de su familia una multitud de hábitos que contribuyen a la prosperidad y la conservación de ésta...

Y así sigue a lo largo de la mayor parte de la página. Y del mismo modo en los capítulos que tratan sobre el Conocimiento, la Continencia, la Templanza, el Aseo, las Virtudes Domésticas que rezan como un programa para la época victoriana. Allí donde la heterodoxia hacía su aparición en cuestiones de relaciones sexuales, como ocurría entre los miembros de las comunidades owenitas, tenía lugar, en general, con un celo característico del temperamento puritano.⁵⁷ El pequeñísimo grupo de neomalthusianos que propagaban, con una valentía considerable, conocimientos acerca de los medios de contracepción entre la población obrera, a principios de la década de los veinte, lo hacían con el convencimiento de que la única forma que permitiría elevar los niveles de salud física y de cultura de las “clases trabajadoras” era la limitación de su número. Place y sus compañeros se hubiesen sentido sumamente sorprendidos si se les hubiese sugerido que esos medios contribuían a la liberación sexual o personal.⁵⁸

La frivolidad o el hedonismo eran tan ajenos a la actitud radical o racionalista como lo eran a la metodista, y esto nos recuerda cuánto debían los jacobinos y los deístas a las tradiciones de la vieja disidencia. Pero es posible que juzguemos demasiado a partir de los documentos escritos y la imagen pública del orador. En el movimiento real, el buen humor sigue irrumpiendo, no sólo con Hone, sino, de forma creciente, con Hetherington, Lovett y su círculo, que eran más flexibles, más festivos, más sensibles hacia la gente, menos didácticos, pero no menos decididos que su maestro Carlile. Es tentador presentar la paradoja de que los artesanos racionalistas que seguían el modelo de Carlile o Volney mostraban las mismas pautas de comportamiento que sus análogos metodistas; mientras en un caso se recomendaban la sobriedad y la pulcritud en obediencia a Dios y a la autoridad, en el otro eran

⁵⁷ Véase, por ejemplo, William Hodson en el *Social Pioneer* (20 de abril de 1839) (*et passim*): “permítame decir señor... mi opinión sobre la cuestión [del matrimonio]... *ni el hombre ni la mujer* pueden ser felices, hasta que tengan los mismos derechos, casarse para tener un hogar como a menudo ocurre actualmente, es comprar carne humana; es hacer trata de esclavos de la peor clase... Afirmando que todas las uniones deberían basarse sólo en el afecto; continuar una unión cuando el afecto deja de existir es auténtica... prostitución.”

⁵⁸ Véase Wallas, *op. cit.*, pp. 166-172; N. Himes, “J. S. Mill's Attitude toward Neo-Malthusianism”, *Econ. Journal*, Suplemento (1926-1929), I, pp. 459-462; M. Stopes, *Contraception*, 1923; N. Himes, “The Birth Control Handbills of 1823”, *The Lancet* (6 de agosto de 1927); M. St. J. Packe, *Life of John Stuart Mill*, 1954, pp. 56-59. Véase también más adelante, pp. 388-389.

virtudes que exigían a aquellos que componían el ejército que derrocaría a los obispos y al rey. Para un observador que desconociese los atributos morales de ambos, podían parecer indistinguibles. Pero esto sólo ocurría en parte. Ya que los títulos de los capítulos de Volney siguen siendo “De las Virtudes Sociales y de la Justicia”. Había una profunda diferencia entre las disciplinas que se recomendaban para salvar la propia alma y las mismas disciplinas recomendadas como medios para la salvación de una clase. El artesano radical y librepensador era sumamente serio en su creencia de los deberes *activos* de la ciudadanía.

Además, junto con la mencionada sobriedad, la cultura artesana alimentaba los valores de la investigación intelectual y de la solidaridad. La primera cualidad la hemos visto ampliamente desplegada en la lucha por la libertad de prensa. El autodidacta tenía a menudo un conocimiento desigual y torpe, pero era *propio*. Puesto que se había visto obligado a descubrir su propia trayectoria intelectual, se fiaba menos; su mente no se movía dentro de los senderos oficiales de una educación formal. Muchas de sus ideas desafiaban a la autoridad, y la autoridad había intentado suprimirlas. Por lo tanto estaba deseoso de prestar oído a cualesquiera ideas antiautoritarias nuevas. Esta es una de las causas que explican la inestabilidad del movimiento de la clase obrera, en especial durante los años que van entre 1825 y 1835; también nos ayuda a comprender la rapidez con que se extendió el owenismo y la disposición de la gente a oscilar entre los diversos proyectos utópicos y comunitarios que se les presentaba. (Esta cultura se puede ver también, como una levadura que actúa todavía en la época victoriana, por cuanto los hombres que habían prosperado gracias a su propio esfuerzo y los hijos de los artesanos de la década de los veinte contribuyeron al vigor y la diversidad de la intelectual de aquella.) Con solidaridad nos referimos a la tradición de estudio, discusión y superación en común. Algo de ello lo vimos ya en los días de la SCL. La costumbre de leer en voz alta los periódicos radicales, en beneficio de los analfabetos, también entrañaba -como consecuencia necesaria- que cada lectura diese lugar a una discusión *ad hoc* en grupo: Cobbett había expuesto sus argumentos de forma tan sencilla como podía, y ahora los tejedores, los calceteros o los zapateros los debatían.

Las sociedades de aprendizaje colectivo eran grupos parientes de los anteriores; de manera formal o informal, se reunían semana tras semana con la intención de adquirir conocimientos, en general bajo la dirección de uno de sus

miembros.⁵⁹ Aquí y en los institutos de trabajadores manuales se producía una cierta convergencia de las tradiciones de los templos y las radicales. Pero la coexistencia no era fácil y tampoco era siempre pacífica. La historia temprana de los institutos de trabajadores manuales, desde la formación del instituto de Londres en 1823 hasta la década de 1830, es una historia de conflicto ideológico. El entusiasmo del doctor Birkbeck y de algunos clérigos disidentes y profesionales benthamitas por ayudar a establecer centros para la promoción del conocimiento iba a encontrar una acogida muy buena por parte de los artesanos radicales y los sindicalistas. Pero verdaderamente no estaban dispuestos a obtener esta ayuda a *cualquier precio*. Si bien Brougham aparece en algunos escritos recientes como un gran radical, aunque oportunista, ésta no era en absoluto la visión que de él tenían los “viejos radicales” de 1823. Le habían visto en 1817 excusando el sistema de espías (en un discurso que Cobbett sacaba a relucir una y otra vez); y le iban a ver levantarse en la Cámara, en el momento culminante de la campaña de Carlile, y declarar que se “alegraba del resultado de algunos juicios recientes” y consideraba que los acusados habían publicado “un montón de cosas sobre los temas más groseros y delictivos”.⁶⁰ El entusiasmo de Brougham por los institutos fue suficiente para hacerlos sospechosos al principio; y los intentos de Place de actuar como intermediario entre Brougham (a quien despreciaba en secreto) y los sindicalistas de Londres (que le despreciaban a él de forma menos secreta) no tenían muchas posibilidades de dispersar las sospechas. Los conflictos cruciales se centraron en las cuestiones de control, independencia financiera y en si el instituto debería discutir sobre economía política o no (y, en caso de que lo hiciese, economía política *de quién*). En este último conflicto, Thomas Hodgskin fue derrotado por Place y Brougham. En los conflictos anteriores Birkbeck, en su celo por reunir dinero para aumentar las facilidades del instituto, rechazó el consejo de Robertson, Hodgskin y John Gast de que -si el asunto se emprendía con menor ambición- los mismos artesanos podrían aportar los fondos necesarios, serían los dueños y lo controlarían todo.

Estas dos derrotas y la inauguración de las conferencias de Brougham sobre economía política (1825) significaron que el control pasó a manos de los miembros de la clase media, cuya ideología también dominaba la economía política del programa de estudios. Hacia 1825 el *Trades Newspaper* consideraba al instituto de Londres como una causa perdida, que dependía de “los grandes y ricos”:

⁵⁹ Véase J. F. C. Harrison, *op. cit.*, pp. 43 y ss.

⁶⁰ Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 147; y el comentario de Place, “Bien hecho, hipócrita; tú que no eres Cristiano.”

Cuando se fundó, se había despertado un sentimiento tan generalizado en su favor, entre los Trabajadores Manuales de la Metrópoli, que estábamos perfectamente convencidos de que si este sentimiento no se hubiese desalentado ... los mismos trabajadores manuales podrían y hubiesen aportado todos los medios necesarios para asegurarle el éxito más espléndido ...

En las provincias, la historia de los institutos de trabajadores manuales tiene más altibajos. En Leeds (como ha demostrado el doctor Harrison) el instituto estuvo controlado desde el principio por patrocinadores de la clase media, y en particular por fabricantes inconformistas; en Bradford y en Huddersfield durante un período de tiempo estuvo controlado por los artesanos radicales. En la segunda mitad de la década de los veinte hubo una tendencia general a que el público de artesanos diese paso al público de la clase media baja, y a que la economía política ortodoxa estuviese presente en el programa de estudios. Pero todavía en 1830 el movimiento tenía una apariencia lo bastante poco ortodoxa (debido a la pléyade de patrocinadores utilitaristas y unitarios) para que muchos miembros del clero anglicano y wesleyano se mantuviesen alejados de él. En 1826, un vicario del Yorkshire consideraba a los institutos como agentes del sufragio universal y el “librepensamiento universal”, que “con el tiempo degenerarían en clubes jacobinos y se convertirían en semilleros del descontento”. A principios de la década de 1830 un cura atacó a la dirección del instituto de trabajadores manuales de Leicester por pervertirlo y convertirlo en un escuela “para la difusión de los principios paganos, republicanos e igualadores”. Entre los papeles que se encontraron en su biblioteca se hallaba *Gauntlet* de Carlile.⁶¹

Hemos hablado de la cultura artesana de los años veinte. Éste es el término más acertado que se puede utilizar, y sin embargo sólo es aproximado. Hemos visto que el término “*petit-bourgeois*” (con sus asociaciones peyorativas habituales) no sirve; mientras que hablar de una cultura de “la clase obrera” sería prematuro. Pero por artesano podemos entender un término medio que limitaría por un lado con los carpinteros de navío de Londres y los obreros de las fábricas de Manchester, y por el otro con los artesanos degradados y los trabajadores a domicilio. Para Cobbet abarcaba a los “oficiales y braceros” o, dicho más brevemente, “al pueblo”. “Creo -le escribió al obispo de Llandaff en 1820- que vuestra Señoría está muy equivocado al

⁶¹ Véase en especial J. F. C. Harrison, *op. cit.* pp. 57-58, 173-178; *Mechanic's Magazine* (11 y 18 de octubre de 1823); T. Kelly, *George Birkbeck*, Liverpool, 1957, caps. 5 y 6; E. Halévy, *Thomas Hodgskin*, 1956, pp. 87-91; Chester New., *op. cit.* cap. 17; *Trades Newspaper* (17 de julio de 1825); F. B. Lott, *Story of the Leicester Mechanic's Institute*, 1935; M. Tylecote, *The Mechanic's Institutes of Lancashire and Yorkshire before 1851*, Manchester, 1957.

suponer que el pueblo, o el vulgo, como a usted le gustaba llamarles, es incapaz de comprender razonamientos.”

Le aseguro a vuestra Señoría, que al pueblo no le gustan sólo las pequeñas historias simples. Ni tampoco se deleita en el lenguaje declamatorio o en las declaraciones poco serias; durante los últimos diez años, sus mentes han sufrido una grandísima revolución....

Permítame... decirle que... estas clases son, a ciencia cierta, en este momento, más ilustradas que otras clases de la comunidad. ... Tienen una visión de futuro de mayor alcance que el Parlamento y los Ministros. Su búsqueda de conocimiento está asistida por la siguiente ventaja: no tienen un interés particular en responder y, por lo tanto, su juicio no está ensombrecido por el prejuicio y el egoísmo. Además, tienen una comunicación perfectamente libre entre ellos. Las ideas de un hombre dan lugar a otras ideas en otro hombre. Se intercambian las ideas sin las limitaciones que imponen la sospecha, el falso orgullo o la falsa delicadeza. Y de este modo se llega a alcanzar la verdad con rapidez.⁶²

¿De qué razonamiento, de qué verdad se trata?

2. William Cobbett

Cobbett extiende su influencia a lo largo de los años que van desde el final de las guerras hasta la aprobación del proyecto de ley de reforma. Decir que no fue un pensador sistemático en ningún sentido, no significa afirmar que no constituyese una influencia intelectual seria. Fue Cobbett quien creó esta cultura intelectual radical, no porque aportase sus ideas más originales, sino en el sentido de que encontró el tono, el estilo y los argumentos que podían conducir al tejedor, al maestro de escuela y al carpintero de navío a un discurso común. A partir de la diversidad de quejas e intereses formuló un discurso radical. Su *Political Register* era como un intermediario circulante que proporcionaba medios de intercambio común entre las experiencias de hombres con conocimientos muy dispares.

Esto lo podremos ver si observamos más su tono que sus ideas. Y una forma de hacerlo es contrastar su estilo con el de Hazlitt, el más “jacobino” de los radicales de clase media, el único que -durante un largo período de años- se mantuvo muy

⁶² *Political Register* (27 de enero de 1820).

cerca del movimiento de los artesanos. Hazlitt aplica su bisturí a los inversores en deuda pública y los detentores de sinecuras:

Los Gobiernos Legítimos (halaguémosles como queramos) no son otra mitología Pagana. No son ni tan baratos ni tan espléndidos como la edición Delphin de las Metamorfosis de Ovidio. Desde luego, son “Dioses que castigan”, pero desde otros puntos de vista son “hombres con nuestras mismas debilidades”. No se alimentan de ambrosía ni beben néctar; sino que viven de los sencillos frutos de la tierra, de los cuales obtienen la mayor parte, y la mejor. El vino que beben está hecho de uva; la sangre que derraman es la de sus súbditos; las leyes que hacen no son contra ellos; los impuestos que aprueban, los devoran luego. Tienen las mismas necesidades que nosotros y, de forma muy natural, al tener la posibilidad, se prestan ayuda a sí mismos en primer lugar, sacándola de los bienes comunes, sin pensar que otros les van a suceder. ...Nuestros pobres –del- Estado ponen su cuchara en todos los platos, y viven todos los días de forma suntuosa. Moran en palacios y van repantigados en coches. Sus caballerizas consumen el producto de nuestros campos, sus jaurías se sacian con el alimento que mantendría a los hijos de los pobres. ¡Nos cuestan al año tanto en vestido y mobiliario, tanto en estrellas y charreteras, bandas azules y grandes cruces; tanto en desayunos comidas y cenas, y tanto en cenas, desayunos y comidas! Esos héroes del Impuesto sobre la Renta, Personajes de la *Civil List*, Santos del Calendario de la Corte (*compagnons du lys*) tienen sus más y sus menos como el resto del mundo, pero con un coste más elevado... Os será más soportable mantenerles una semana que un mes; y cuando pase este tiempo, al despertar del dulce sueño de la Legitimidad, podéis decir junto con Calibán: “Diantre, qué loco debí estar para tomar a ese monstruo borracho por un Dios”.⁶³

Hazlitt tenía una sensibilidad compleja y admirable. Fue uno de los pocos intelectuales que recibió de lleno la conmoción de la experiencia de la Revolución francesa, y, aunque rechazaba las ingenuidades de la Ilustración, reafirmaba las tradiciones de la *liberté y la égalité*. En todos los aspectos de su estilo se revela no sólo que se estaba midiendo con Burke, Coleridge y Wordsworth (y, de forma más inmediata, con Blackwood's y el *Quarterly Review*), sino que era consciente de la fuerza de algunas de las posiciones de aquéllos y compartía algunas de sus respuestas. Incluso cuando practicaba el periodismo más comprometido desde un punto de vista radical (del cual el que acabamos de ver es un ejemplo) dirigía su polémica, no hacia la cultura popular, sino hacia la cultura refinada de su época. Hone

⁶³ “What is the People?”, de los *Political Essays*, 1819, en Works, VII, p. 263.

podía publicar sus *Political Essays*,⁶⁴ pero mientras los escribía, tenía menos presente la audiencia de Hone que la esperanza de hacer sufrir a Southey, enfurecer al *Quarterly* o incluso dejar a Coleridge a medio pronunciar una frase.

Esto no es de ningún modo una crítica. Hazlitt tenía un amplio marco de referencia y un sentido de compromiso con relación a un conflicto *européo* de importancia histórica que hacía aparecer a los radicales plebeyos como fenómenos provinciales, tanto por lo que se refiere a espacio como a tiempo. Es una cuestión del papel desempeñado. Cobbett jamás podría haber escrito una sola frase de este párrafo. No podría haber aceptado (ni siquiera como figura retórica) que *estuviésemos dispuestos* a halagar a la Legitimidad; ni haber aceptado las reglas “del mundo”, que Hazlitt da por supuestas, aunque sólo fuese para castigar; ni haber escrito “*nuestros pobres-del-Estado*”, puesto que todas sus fibras se esforzaban para que sus lectores considerasen a los agiotistas y los *placemen* como *ellos*; y, como corolario, no podría haber escrito, con esa sensación de distancia, acerca de los “hijos de los pobres”; hubiese dicho (a sus lectores) “*vuestros hijos*” o hubiese puesto un ejemplo particular. No es probable que hubiese dicho “nos cuestan al año tanto”, hubiese puesto una cifra concreta, aunque fuese al azar. “Esos héroes del impuesto sobre la Renta” están más cerca del recurso de *bautizar* que utilizaba Cobbett;⁶⁵ pero en el caso de Hazlitt encontramos todavía la expresión lenta y pesada del patricio Amigo del Pueblo (al igual que Wilkes o Burdett, un polvo de rapé justo en el momento de prepararse, en la Cámara, para el ataque definitivo); en Cobbett no hay una afectación irónica ceremoniosa, los nombres salen, el *párroco* Malthus, Fletcher de *Bolton, the Thing*, con una espontaneidad que hacía palidecer al mismo Shelley (“el rapé de Cobbett, la venganza”).

Es una cuestión de tono; y sin embargo, en el tono se encuentra al menos la mitad del significado político de Cobbett. El estilo de Hazlitt, con sus ritmos contenidos y controlados y sus movimientos antiestéticos, pertenece a la refinada cultura del ensayista. No podemos pensar fácilmente en Cobbett como ensayista, a pesar de sus *Rural Rides*. En cambio, el estilo lleno de alusiones y de estudiadas formas de Hazlitt, puesto que pertenecía a una cultura no asequible para los artesanos, podía muy bien despertar su hostilidad. Cuando Cobbett escribía acerca de las sinecuras, lo hacía más o menos en estos términos:

⁶⁴ En su anuncio Hone decía: “El Editor afirma conscientemente, que en este Volumen hay Pensamiento más original y justo, expresado de forma luminosa, que en cualquier Obra de un Autor vivo.”

⁶⁵ Cf. “Los Señores del Torzal, Soberanos de la *Spinning Jenny*, *grandes Yeomen* del Hilo” de Cobbett.

De estos puestos y pensiones los hay de todas las medidas, ¡desde *veinte libras a treinta mil* y casi *cuarenta mil libras* al año!... Hay varios *placemen* que con los beneficios que obtienen cada uno de ellos por sí solo podría mantener a *mil familias*. ...EL SEÑOR PRESTON... que es un *Miembro del Parlamento* y tiene una gran hacienda dice, sobre este tema, “Cada familia, incluso la de los jornaleros más pobres, que se componga de cinco personas, se puede considerar que paga *en impuestos indirectos*, al menos *diez libras al año*, ¡o sea más de la mitad de sus salarios de siete chelines a la semana!”. Y todavía, esos mercenarios insolentes, os llaman la *muchedumbre*, *la chusma*, *la cochina multitud*, y dicen que vuestra voz no sirve para nada...⁶⁶

Aquí todo es sólido y está en relación, no con una cultura literaria, sino con la experiencia asequible para todos. Incluso el señor Preston está situado. Cobbett trasladaba los ritmos del habla a la prosa; pero eran los ritmos de un discurso oral enfático y con una argumentación enérgica.

Observémosle escribiendo sobre el conocido tema de que el clero debería ser juzgado, no por sus declaraciones, sino por sus acciones:

Hay algo desafortunado, para decirlo del modo más suave, en esta perfecta unidad de acción entre la Iglesia y la Asamblea Metodista. La religión no es una idea abstracta. No es algo metafísico. Si no sirve para influir en la conducta de los hombres, no sirve para nada. Debe tener ascendencia sobre las acciones de los hombres. Debe tener un influjo benéfico en los asuntos y en la condición de los hombres. Ahora bien, si la religión de la iglesia...⁶⁷

La afinidad de Cobbett con su público en párrafos como éste (y el ejemplo se puede sacar del primer *Register* que nos caiga en las manos; casi cada *Register* nos proporcionaría el mismo) es tan palpable que parece que uno pudiese alargar el brazo y tocarlo. Es un argumento. Hay una intención. Cobbett escribe “metafísico”, mira hacia su público y se pregunta si la palabra comunica algo. Explica la importancia del término. Repite su explicación en el lenguaje más sencillo posible. La repite de nuevo, pero esta vez amplía la definición para recoger implicaciones sociales y políticas más amplias. Luego, cuando ha acabado con estas frases cortas, retoma una vez más la

⁶⁶ Cf. “Los Señores del Torzal, Soberanos de la *Spinning Jenny*, *grandes Yeomen* del Hilo” de Cobbett.

⁶⁷ *Ibid.* (27 de enero de 1820).

exposición. Percibimos que con las palabras “Ahora bien” se sobreentiende: “si todos habéis comprendido, vamos a proseguir conjuntamente ...”.

Es fácil mostrar que Cobbett tenía algunas ideas muy estúpidas y contradictorias, y algunas veces aporreaba a sus lectores con argumentos especiosos.⁶⁸ Pero tales demostraciones no vienen al caso a menos que se comprenda la profunda, verdaderamente profunda, influencia democrática que la actitud de Cobbett tuvo sobre su público. Paine había anticipado el tono; pero Cobbett durante 30 años habló a su público de ese modo, hasta que los hombres hablaron y argumentaron como Cobbett por todo el país. Daba por supuesto, como una cuestión que apenas requería demostración, que todos los ciudadanos cualesquiera que fuesen tenían la capacidad de razonar, y que los asuntos debían resolverse mediante argumentaciones dirigidas al entendimiento común. A lo largo de los 10 años anteriores (escribió en 1820):

No he dicho nada [a la gente] que no estuviese, por fortuna, basado en hechos, y en los mejores argumentos que era capaz de discurrir. En general, mis temas han sido de la más intrincada naturaleza. ...No he utilizado ningún recurso para atraer la curiosidad o complacer a la fantasía. Todo ha sido una llamada a la inteligencia, la perspicacia y la justicia del lector.

No es cierto, por supuesto, que Cobbett no utilizase estratagemas para “atraer la curiosidad”. Si bien trataba a sus lectores como iguales, trataba a los ministros, obispos y lores como algo menos. (Una de sus cartas abiertas empezaba: “Wilberforce, te tengo ante mí en un folleto hipócrita.”) A éste podemos añadir dos recursos más. El primero es la analogía casera y práctica que de forma muy común se hacía con la vida rural. En esto tenía un sentido infalible de la experiencia que estaba al alcance de todo el conjunto de sus lectores. Tales imágenes, en él, no tenían una función decorativa ni eran alusiones de pasada. Las cogía, las sopesaba, les daba la vuelta, las desplegaba de forma deliberada para hacer avanzar el argumento, y luego las depositaba. Podemos poner el ejemplo de la farnosa descripción que Cobbett hizo de Brougham y los reformadores moderados, comparándoles con espantapájaros o *shoy-hoys*; “y voy a deciros ahora por qué”:

⁶⁸ La prensa legitimista se complacía en publicar listas de las contradicciones de Cobbett. Lo mismo hacían, por otra parte, desde un punto de vista opuesto, sus oponentes ultra-radicales: véase la perjudicial *Vindication of the Press, against the Aspersion of William Cobbett, including a Restrospect of his Political Life and Opinions de Gale Jones*, 1823.

Un *shoy-hoy* es un hombre o una mujer fingidos, hechos de paja u otros materiales enrollados alrededor de una estaca clavada en el suelo ...que llevan un palo o una pistola en la mano. Estos *shoy-hoys* se izan con el fin de alejar a los pájaros que podrían picotear el trigo o las semillas y algunas veces para ahuyentarles de las cerezas a otros frutos. El pueblo quiere una reforma del parlamento, y un pequeño grupo ha manifestado, desde hace mucho tiempo, el deseo de alcanzar la reforma parlamentaria. Han presentado mociones, hecho discursos y separaciones con el fin de mantener vivas las esperanzas del pueblo, y de ese modo han conseguido mantenerle tranquilo de vez en cuando. Jamás han deseado *triunfar*, porque el triunfo hubiese acabado con sus esperanzas de retribución; pero han distraído al pueblo. El grueso de las facciones, conociendo la realidad de sus opiniones, se han divertido de lo lindo con sus fingidos esfuerzos, que jamás han interrumpido en lo más mínimo su disfrute del pillaje general. Exactamente igual que ocurre con los pájaros y los *shoy-hoys* en los campos y los huertos. Primero, los pájaros toman a los *shoy-hoys* por hombres o mujeres reales; y mientras lo creen se abstienen de su tarea de pillaje; pero después de observar durante algún tiempo al *shoy-hoy* con sus rápidos y penetrantes ojos, y darse cuenta de que jamás mueve una mano o un pie, dejan de hacerle caso y no les estorba más que si fuese un poste. Lo mismo ocurre con esos *shoy-hoys* políticos; pero... *hacen mal...* recuerdo un ejemplo ... que ilustra de manera muy apropiada las funciones de esos estafadores políticos. Los pájaros estaban haciendo estragos en algunas semillas de nabos que tenía en Botley. "Ponga un *shoy-hoy*", le dije a mi administrador. "No servirá de nada, señor"... contestó... diciéndome que aquella mañana, en el jardín de su vecino Morell... había visto realmente un gorrión posado, con *una vaina*, sobre el *sombrero* del *shoy-hoy*, y que allí, como si estuviese en la mesa del comedor, picoteaba los guisantes y se los comía de verdad, todo ello podía hacerlo con mayor seguridad desde allí, porque podía mirar a su alrededor y ver si se acercaba algún enemigo, que desde el suelo, donde podían cogerle por *sorpresa*. Exactamente éstas son las funciones de nuestros *shoy-hoys* políticos. Los *shoy-hoys* agrícolas... engañan por poco tiempo a los pájaros depredadores; pero siguen engañando a los que los clavan y confían en ellos, aquellos que en lugar de levantarse por la mañana y salir a perseguir a los depredadores con pólvora y tiros, confían en los miserables *shoy-hoys* y pierden de ese modo su grano y sus semillas. Lo mismo ocurre con la gente que es víctima de todos los *shoy-hoys* políticos. En Suffolk y otros condados del este, se les llama *gusanos*...⁶⁹

¿Qué se puede decir de este escrito? Desde un punto de vista, es la escritura imaginativa del genio. La analogía empieza con un poco de rigidez; la política y la agricultura discurren por líneas convergentes, pero tenemos la sensación de que la

⁶⁹ *Political Register* (1 de septiembre de 1830). Véase G. D. H. y M. Cole, *Opinions of William Cobbett*, pp. 253-254.

imagen está traída por los pelos. Luego -en “rápidos y penetrantes ojos”- se funden los dos argumentos en una corriente ascendente de placer polémico. Cobbett medio bromea, la imagen adquiere proporciones surrealistas; Brougham con un gorrión en su sombrero, los reformadores con pólvora y tiras, las semillas de nabo y el vecino Morell (que probablemente no volverá a aparecer jamás). Desde otro punto de vista, ¡qué cosa tan extraordinaria, forma parte de la tradición política inglesa! Es más que polémica, es también teoría política. Cobbett ha definido, en unos términos que puede comprender perfectamente un bracero o un artesano, la función de una forma muy inglesa de adaptación reformista. Más que esto, desenmascara, para más de un siglo, a los *gusanos* de otros partidos y otras épocas.

El otro recurso, que hemos señalado ya, es la personalización de los temas políticos; personalización que se centra en el propio Cobbett de Botley. Pero si bien Cobbett era su propio sujeto, manejaba este sujeto con una objetividad poco corriente. Su egoísmo le superaba hasta el punto de que el lector tiene conciencia, no del ego de Cobbett, sino de una sensibilidad vigilante, que se expresa de forma sencilla, prosaica, con la que se le anima a identificarse. Se le pide que mire, no a Cobbett, sino *junto* con Cobbett. El triunfo de este estilo puede observarse en sus *Rural Rides*, en los que, no sólo sus contemporáneos, sino generaciones sucesivas han sentido su presencia palpable mientras hablaba con los jornaleros en los campos, cabalgaba por los pueblos y se detenía para dar comida a sus caballos. La fuerza de su indignación era tanto más convincente por cuanto se deleitaba con cualquier cosa que le complaciese. En *Tenterden*,

la tarde era muy hermosa y en el mismo momento que llegué a lo alto de la colina y entré en la calle, la gente salía de la iglesia y se iba hacia su casa. Constituía una bella visión. *La gente desharrapada no va a la iglesia*. En resumen, apareció ante mí la indumentaria y la belleza de la ciudad; y vi a muchas muchachas muy, muy bonitas; y además la vi con sus mejores galas. Me acuerdo de las muchachas en el *Pays de Caux* y, verdaderamente, pienso que aquellas de Tenterden se les parecen. No sé por qué no deberían parecerseles, si al fin y al cabo *el Pays de Caux* está sólo al otro lado del agua, justo frente a este lugar.

O, en un pueblo de Surrey, la ausencia de pobreza se convierte en recurso eficaz para hablar de su extensión generalizada:

Cuando iba de Upwaltham a Eastdean, le pedí a un joven, que junto con otros cavadores de la cosecha de nabos estaban sentados al abrigo de un seto

desayunando, que se acercase. Vino corriendo con las provisiones en la mano; y me alegré de ver que su alimento consistía en un buen pedazo de pan casero y un trozo de *tocino* nada pequeño. ...Al despedirme de él, le dije: “Entonces, tenéis algo de *tocino*, ¿no es así?” “¡Oh, sí! Señor”, contestó con un acento y una sacudida de la cabeza que parecía decir, “*Debemos y queremos tenerlo*”. Vi con gran placer que en casi cada casa de jornalero había un cerdo. Las casas eran buenas y cálidas, y los huertos algunos de los mejores que he visto en Inglaterra. ¡Qué diferencia, buen Dios! entre esta región y los alrededores de aquellas degradadas zonas de *Great Bedwin* y *Cricklade*. ¿Qué alimento hubiesen obtenido esos hombres de un rancho de *patatas frías*? ¿Podrían haber *trabajado*, y haberlo hecho en la humedad además, después de comer un alimento como aquél? ¡Monstruoso! No debería existir ninguna sociedad en la que los braceros viviesen como puercos.

“El *Pays de Caux* está... justo frente a este lugar”, “esta región”, “este hombre”; dondequiera que estuviese, Cobbett obligaba siempre a sus lectores, con la inmediatez de su visión, la confusión entre reflexión y descripción, la solidez del detalle y la sensación física de lugar, a identificarse con su propio punto de vista. “Punto de vista” es la denominación adecuada, porque Cobbett se situaba con firmeza en algún marco físico -en su granja de Botley o en la carretera de Tenterden- y luego se dirigía desde lo que captaban sus sentidos hacia las conclusiones generales. Incluso durante su exilio norteamericano (1817-1819) era importante para él comunicar esta sensación de espacio físico:

Uno de los lados de mi habitación da al patio de una granja, lleno de forraje y de ganado, ovejas, puercos y multitud de aves de corral, mientras que a unos pocos pasos, más allá del patio, discurre el río Susquehannah, que es más ancho que el Támesis y tiene innumerables islas de una extensión que varía entre un cuarto de acre a cinco o seis acres. El otro lado de mi habitación da a un Huerto de Manzanos y Melocotoneros que tiene cuarenta acres, situado en un estrecho valle entre dos montañas, de un cuarto de milla de altas, que tienen la forma de la arista de un tejado, con los aguilonos descendiendo hacia el río. La última noche llovió, antes de la mañana heló y el hielo aprisionó las gotas que colgaban de los árboles; de modo que el sol, que ahora brilla como en Inglaterra en el mes de mayo, presenta esos carámbanos como incontables millones de brillantes centelleantes.

Pero este marco servía para dramatizar al máximo los sentimientos (expresados en una carta dirigida a Hunt) que le inspiraron las noticias de la ejecución de Brandreth y sus compañeros:

Querido Hunt, en este momento los pequeños *cottages* con techo de paja de Waltham Chase y Botley Common llenan por completo los ojos de mi espíritu, y en este día siento, con más fuerza que nunca, aquella pasión que me haría preferir ocupar la más insignificante de las más humildes moradas, acompañado con el carácter del inglés, que el dominio sobre, y la posesión real de, todo lo que he descrito más arriba, sin la compañía de aquel carácter. Sigo diciendo lo mismo que dije cuando dejé Inglaterra, jamás podré querer tanto a un pueblo como quiero al pueblo inglés.

Cobbett creó, a partir de la lucha del movimiento en favor de la reforma, algo parecido a un martirologio y una demonología, y él mismo fue la figura central del mito. Pero deberíamos dudar antes de acusarle de algo más que de vanidad personal. Porque el mito exigía también que William Cobbett fuese visto como un simple inglés, excepcionalmente beligerante y perseverante, pero no especialmente dotado; un hombre como pudiese pensar el lector que él mismo era, o el bracero del campo de nabos, o (dadas estas o aquellas circunstancias) como pudiese ser el hijo de la dueña de una pequeña fonda en un pueblo de Sussex:

La patrona mandó a su hijo a buscar un poco de nata para mí, y era un chico igual que yo a su edad, e iba vestido del mismo modo, su principal prenda era un guardapolvo azul, descolorido por el uso, remendado con trozos de *tela nueva*. ... La visión de ese guardapolvo me trajo el recuerdo de cosas muy queridas. Este muchacho quizá cumplirá su papel en Billingshurst o en algún lugar no muy lejano. Si un accidente no me hubiese sacado de un sitio similar, ¡cuántos villanos e imbéciles, que han sido justamente mortificados y atormentados, hubiesen dormido tranquilamente por la noche, y se hubiesen contoneado con audacia durante el día!

Su compasión por los pobres siempre tuvo este tono: “Ahí va Will Cobbett, pero sólo por la gracia de Dios”. Su afectación aparentaría ser más “normal” de lo que era. Jamás permitió que sus lectores olvidasen que una vez había ido tras el arado, y había servido como soldado raso. A medida que fue prosperando, imitó progresivamente el atuendo, no de un periodista (cosa que no pretendía ser), sino de un *gentleman* dedicado a la agricultura, chapado a la antigua. Según la descripción de Hazlitt, vestía “un chaleco de velarte, con las carteras de los bolsillos caídas, como era costumbre entre los *gentlemen* agricultores durante el siglo anterior”; según la de Bamford,

vestido con una chaqueta azul, un chaleco de franela de algodón amarillo, calzones de punto grises, y botas de campaña ... era la perfecta imagen de lo que siempre había deseado ser: un *gentleman* inglés dedicado a la agricultura.

Hazlitt es quien hace una caracterización más ajustada de Cobett por lo que a su vanidad se refiere:

Su egoísmo es delicioso, porque en él no hay afectación. No habla de sí mismo por falta de algo sobre lo que escribir, sino porque algo de lo que a él mismo le ha ocurrido es la mejor ilustración posible del tema, y él no es del tipo de personas que se privan de ofrecer la mejor de las ilustraciones posibles del tema por una delicadeza remilgada. Aprecia demasiado el tema y a sí mismo para hacerlo. No se sitúa él delante y dice, "Admiradme a mi primero", sino que nos pone en la misma situación que él y nos hace ver lo mismo. No hay... una autocomplacencia estúpida y abstracta, ni una escondida admiración de su propia persona por poderes: todo es sencillo y sin rebozo. Se escribe a sí mismo simple William Cobbett, se desnuda de forma tan completa como cualquiera podría desear; en una palabra, su egoísmo está lleno de personalidad y deja lugar para muy poca vanidad en él.⁷⁰

Ésta es una opinión literaria generosa. Pero un juicio político debe ser más cualificado. El gran cambio en el tono y el estilo del radicalismo popular, que se ejemplifica en el contraste entre Paine y Cobbett, lo definió (una vez más) en primer lugar Hazlitt:

Paine fingía reducir las cosas a principios originales, anunciar verdades evidentes. Cobbett se preocupa por poco más que detalles y circunstancias locales.... Los escritos de Paine son una especie de introducción a la aritmética política basada en un nuevo programa; Cobbett escribe un diario y hace una entrada para absolutamente todos los acontecimientos y problemas difíciles que ocurren durante el año.

La personalización de la política -este jornalero en el jardín de su *cottage*, este discurso en la Cámara de los Comunes, este ejemplo de persecuciónse adaptaba muy bien al pragmático acercamiento de una audiencia que justo estaba despertando a la conciencia política. También tenía un valor oportunista en el sentido de que, al fijar la atención en circunstancias efímeras y en quejas particulares y al renunciar a los absolutos teóricos, permitía que los realistas y los republicanos, los deístas y los hombres de iglesia, se comprometiesen en un movimiento común. Pero podemos llevar el argumento más lejos. La obra *Los derechos del hombre* de Paine había encontrado la misma respuesta en un público que no era más culto, y había fomentado

⁷⁰ *Political Register* (junio de 1817, 11 de abril de 1818, 2 de octubre de 1819); *Rural Rides*, *passim*; Bamford, *op. cit.*, p. 21; Hazlitt, *Table Talk*, 1821.

una teoría de los derechos populares basada más en principios; a la vez que el éxito contemporáneo de periódicos más teóricos demuestra la existencia de un público obrero más amplio que podía captar su interés político. De hecho, Cobbett ayudó a crear y a nutrir el antiintelectualismo y el oportunismo teórico (enmascarado de empirismo “práctico”) que seguía siendo una importante característica del movimiento obrero inglés.

“Recordaba que mi madre acostumbraba a leer el *Register* de Cobbett y decía que no entendía por qué la gente hablaba tan mal de él; no veía nada malo en él, al contrario apreciaba muchas cosas buenas.”⁷¹ La madre de James Watson era criada doméstica en casa de un sacerdote y profesora de una escuela dominical. “Los *Weekly Political Pamphlets* de Cobbett -escribió Hone en 1817- deberían estar estrechamente relacionados, y estar en el mismo estante que la *History of England el Pilgrim's Progress*, *Robinson Crusoe* y el *Young Man's Book of Knowledge*. Cualquier biblioteca de *cottage* y de cocina del reino está incompleta sin él ...” Debería ser “tan corriente y familiar” como el *Housekeeper's Instructor* y la *Domestic Medicine* de Buchan.⁷² Esto es realmente lo que ocurriría en gran medida. Wooler o Carlile, con su aire más sofisticado e intelectual, podrían haber dado expresión al radicalismo de los artesanos de la ciudad; pero sólo Cobbett logró, en 1816, que los calceteros y los tejedores participasen en el mismo diálogo.

La curiosa forma en que Cobbett se había desplazado gradualmente desde el torysmo hacia el radicalismo entrañaba cierto oportunismo en su actitud. Había sido capaz de evitar el prejuicio antigalo y antijacobino de los años de guerra. Fue capaz de renegar de la Revolución francesa y de Tom Paine como cosas en cuya defensa había tomado parte. Finalmente (como él mismo reconoció en términos generosos) llegó a aceptar muchos de los argumentos de Paine. Pero siempre escapó al intransigente rechazo jacobino de cualquier forma de principio hereditario, y de este modo fue capaz de presentarse a sí mismo a la vez como un reformador radical y como constitucionalista. En la *Adress to Journeymen and Labourers* advertía contra los hombres que “os persuadirían de que, puesto que las cosas se han desviado de sus verdaderos fines, no hay *nada bueno* en nuestra *constitución* y nuestras *leyes*. ¿Para

⁷¹ W J. Linton, James Watson, p. 17. Cf. T. Frost, *op cit.*, p. 6: “Los únicos libros que siempre vi en casa de mi padre, además de la Biblia y unos pocos libros escolares viejos... fueron algunos números viejos del *Register de Cobbett*.”

⁷² *Reformist's Register* de Hone (5 de abril de 1817), sobre la partida de Cobbett hacia Norteamérica. Véase, sin embargo, la enojada réplica de Wooler: “Casi nos inclinamos a desear que el señor Cobbett se hubiese limitado a escribir... sobre esos temas, de modo que sólo hubiese podido... defraudar a las cocineras y a los pinches”, *Black Dwarf* (9 de abril de 1817).

qué murieron entonces Hampden en el campo de batalla y Sydney en el cadalso?” Los norteamericanos, al separarse de Gran Bretaña, habían tenido cuidado de conservar “la Carta Magna, la Declaración de Derechos el Hábeas Corpus” y el cuerpo de la Ley Común:

Queremos una *gran alteración*, pero no queremos *nada nuevo*. Alteración, modificación para adecuarse a los tiempos y a las circunstancias; pero los grandes principios deberían, IN deben ser, los mismos, o de lo contrario se producirá mayor confusión.

Incluso cuando (durante el último año de su vida) incitó al pueblo a resistir la *New Poor Law* con fuerza, lo hizo en nombre de los derechos constitucionales y de la inviolabilidad de la tradición. Su actitud hacia los racionalistas mostraba la misma combinación de radicalismo y tradicionalismo. Con la misma fuerza defendía su derecho a publicar argumentos en contra de la religión cristiana. Pero cuando Carlile fue más allá e incurrió en lo que (a los ojos de Cobbett) era una blasfemia injuriosa al datar el *Republican* “en el año 1822 del hijo de la esposa del Carpintero”, apeló a la ley de la muchedumbre. Si esto hubiese ocurrido en Norteamérica (rugió):

Le hubiesen... emplumado inmediatamente, y... le hubiesen paseado *con el culo desnudo sobre un raíl*, hasta que cayese cerca de algún bosque o ciénaga, y allí le habrían dejado para que rumiase acerca de la prudencia (por no decir nada de la modestia) de instituir a un creador de un nuevo entramado de gobiernos y religiones.⁷³

Apenas hay en nuestra historia otro escritor que haya hecho tantos ataques y tan fuertes al clero anglicano (y en particular al clero rural) como Cobbett. Y sin embargo, sin haber dado nunca una explicación seria para ello, con frecuencia anunciaba su lealtad, no sólo al Trono (que estuvo a punto de derribar durante la agitación de la reina Carolina) y a la Constitución (a la que sus partidarios casi asesinaron en 1819 y 1832), sino también a la Iglesia oficial. En una ocasión, fue incluso capaz de escribir acerca de “nuestro deber de mantener el odio hacia los turcos y judíos”, porque la cristiandad era “parte integrante de la ley”.

Un oportunismo como éste hacía imposible que a partir del cobbettismo se desarrollase cualquier teoría política sistemática. Y sus preocupaciones económicas eran coherentes con este tipo de evasiva. Precisamente porque no desarrolló una crítica de un *sistema* político, ni siquiera de la “Legitimidad”, sino una invectiva contra

⁷³ *Political Register* (2 de febrero de 1822).

la “Vieja Corrupción”, redujo el análisis económico a la polémica contra el parasitismo o contra ciertos intereses creados. No podía permitirse una crítica que se centrara en la propiedad; por consiguiente exponía (con muchas repeticiones) una demonología en la que los males del pueblo eran consecuencia de los impuestos, la deuda nacional y el sistema monetario, y de las hordas de *parásitos* -inversores de la deuda, *placemen*, corredores de bolsa y recaudadores de impuestos que vivían a costa de aquellos tres. No puede afirmarse que su crítica careciese de fundamento; en el modelo fiscal enormemente explotador, y en las actividades parasitarias de la Compañía de las Indias Orientales y de los bancos, había combustible suficiente para el fuego de Cobbett. Pero, de modo característico, los prejuicios de Cobbett casaban con las quejas de los pequeños productores, tenderos, artesanos, pequeños agricultores y consumidores. La atención se desviaba del terrateniente o el capitalista industrial y se enfocaba sobre el intermediario: el agente o el corredor que acaparaba en los mercados, sacaba beneficio de la escasez de los pobres o vivía, de cualquier forma que no estuviese estrechamente relacionada con la tierra o la industria, de ingresos que no se había ganado. Los argumentos eran tanto morales como económicos. Los hombres tenían derecho a la riqueza, pero sólo si se les podía ver trabajando con ahínco. Junto con los detentores de sinecuras Cobbett odiaba a los especuladores cuáqueros.

Además de ser deficiente en el terreno de la teoría, algunas veces era sencillamente perjudicial en su influencia inmediata sobre la estrategia política, mientras que en los asuntos personales y públicos de ningún modo era siempre tan recto como pedía que lo fuesen los demás. No era completamente responsable de sus fallos como líder político. Era un periodista y no un líder u organizador, y sólo por el accidente de la situación (la ilegalización de las organizaciones políticas efectivas) se vio obligado a cumplir el otro papel. Pero, si bien no escogió ser un líder político, era (como otros hombres en esa difícil situación) remiso a contemplar cómo el movimiento iba en cualquier otra dirección distinta a la que él recomendaba. Cuando se han considerado estos -y otros- defectos, es fácil subestimarle como un romántico nostálgico o un fanfarrón.

Pero la opinión común, con la que tan a menudo nos tropezamos, de que Cobbett era “verdaderamente un *Tory*”, es inútil. Hemos examinado bastante una razón: el carácter democrático de su tono. La relación que mantenía con su público era particularmente íntima; debemos recordar que estaba continuamente hablando con sus lectores. Se dirigía a ellos en los mítines en favor de la reforma. Realizaba giras de

lectura. Incluso cuando estuvo en Norteamérica su correo era voluminoso y en las riberas del Susquehannah le presentaban sus respetos delegaciones de obreros escoceses y reformadores emigrados. Cabalgaba por el campo para averiguar cómo pensaban y hablaban las gentes. De ahí que las ideas de Cobbett deban considerarse menos un flujo propagandístico de una sola dirección que la incandescencia de una corriente alterna entre sus lectores y él mismo. “Siempre digo que del pueblo he sacado... diez veces más luz que la que yo le he transmitido”:

Un escritor comprometido en la instrucción de un pueblo como éste recibe un apoyo constante, no sólo del aplauso que aquél le da, y de la percepción de que sus esfuerzos surten efecto; sino también de la ayuda que obtiene continuamente de las ideas nuevas que sus ideas provocan en las mentes de aquéllos. Es el encuentro del pedernal y el acero lo que produce el fuego.⁷⁴

¡Qué conmovedora es esta penetración en la naturaleza dialéctica del mismo proceso de formación de sus propias ideas! Se pueden encontrar pocos autores que fuesen hasta tal punto la “voz” de su público. El ánimo de Cobbett se puede seguir como indicador del movimiento que representaba. En los momentos de crisis está su brillante incandescencia. En los momentos en que el movimiento languidecía, se vuelve más estrafalario y particular: su estilo tiene sólo un brillo apagado. Y esto es cierto hasta para sus últimos años; a medida que su público cambiaba, él cambiaba con aquél.

Esto es lo que describió bien Raymond Williams como la “extraordinaria certeza instintiva” de Cobbett. Pero ¿instinto para *qué*? En primer lugar era un instinto que revelaba la naturaleza *real* de las relaciones de producción cambiantes, que juzgaba como contrarias a un pasado patriarcal idealizado, y en parte contrarias a la afirmación del valor de cada trabajador individual, lo cual de ningún modo es nostálgico. En segundo lugar, Cobbett era la encarnación del “inglés libre por nacimiento”. Recogió todo el vigor de la tradición del siglo XVIII y lo proyectó hacia adelante, con un énfasis nuevo, en el siglo XIX. Su punto de vista se aproximaba muy de cerca a la ideología de los *pequeños productores*. Los valores que respaldaba con todo su ser (y hay que tener en cuenta que cuando escribía mejor era cuando daba rienda suelta a sus prejuicios) eran los de un fuerte individualismo e independencia. Lamentaba la desaparición de los agricultores con pequeñas explotaciones; las gentes de oficio con pequeños talleres; el drenaje de los recursos del campo hacia las “grandes

⁷⁴ *Political Register* (27 de enero de 1820).

aglomeraciones”; la pérdida del “carácter franco y osado” de los tejedores “formado en los días de su independencia”.⁷⁵ Entre su público natural se encontraban: el pequeño agricultor que protestaba contra la gran fortuna del cervecero o del lord absentista; el pañero con un pequeño taller que presentaba peticiones contra el crecimiento del sistema de fábrica; el sastre o zapatero con pequeños negocios que se encontraban con que el gobierno daba contratos a los intermediarios o que éstos se quedaban con lo mejor del mercado. También sentía la misma hostilidad difusa hacia la “especulación” y el “sistema comercial”; pero (al igual que Cobbett) se detenía mucho antes de hacer cualquier crítica radical de los derechos de propiedad.

Si esto hubiese sido todo, Cobbett podría haber quedado como el portavoz político de la pequeña burguesía. Pero su público -el mismo movimiento radical- le llevó más lejos. “Estamos avanzando diariamente hacia la situación en la que sólo habrá dos clases de hombres, *los patronos, y los miserables subordinados.*” Cuando Cobbett consideraba la situación del artesano o el hilandero, la extrapolaba de la experiencia de los pequeños menestrales que se veían abocados a engrosar la clase obrera. Consideraba que los proletarios de Manchester eran menos un tipo de hombres aparecidos recientemente que pequeños productores despojados de su independencia. Y como tales, la disciplina laboral de las fábricas suponía un ultraje para su dignidad. Tenían derecho a rebelarse, como él se hubiera rebelado en la misma situación. Y por lo que se refiere al trabajo de los niños, simplemente, era “antinatural”.

Su actitud hacia los jornaleros del campo era algo diferente. Aunque se esforzaba por entender una sociedad comercial e industrial, el principal modelo de economía política que tenía en mente se basaba en la agricultura. Y en éste aceptaba una estructura social en la que el propietario, el buen arrendatario, el pequeño terrateniente y el bracero, todos tuviesen su parte, siempre que esas relaciones productivas y sociales estuviesen gobernadas por ciertas obligaciones y sanciones mutuas. Al defender su propia conducta como propietario, citaba el caso de un *cottager*, que vivía retirado en la granja de Botley y cuando tomó posesión de ella:

⁷⁵ *Political Register* (30 de enero de 1832). Véase también R. Williams, *Culture and Society*, edición de Pelican, pp. 32-34.

El viejo no me pagaba renta; cuando murió hice poner una lápida en su tumba para dejar constancia de que había sido un trabajador honrado, diestro y laborioso; y durante todo el tiempo que estuve en Botley, le di a su viuda un chelín a la semana.⁷⁶

En este pasaje aparece indistinguible del mejor tipo de *squire*, cuya desaparición lamentaba tan a menudo. Pero esto no es todo. También está esta molesta frase: “No debería existir ninguna sociedad en la que los braceros viviesen como puercos.” *No debería existir ninguna sociedad*: la verdadera piedra de toque de su crítica social es la condición de los trabajadores. Cuando, como ocurrió en la época de la revuelta de los jornaleros o la de la *New Poor Law*, consideró que esta situación era insoportable, entonces estuvo decidido a desafiar el orden social heredado:

Dios hizo que viviesen en esta tierra; tienen tanto derecho como vosotros a habitar sobre ella; tienen un derecho evidente a mantenerse de los frutos de la tierra, a cambio de su trabajo; y si no sois capaces de administrar vuestras tierras de modo que les deis trabajo, a cambio de que se puedan ganar la vida, dadles la tierra...⁷⁷

Esto lo escribió seis meses antes de morir.

Esto es lo que hizo que Cobbett (y John Fielden, su amigo y compañero diputado por Oldham después de 1832) estuviese tan cerca de ser un portavoz de la clase obrera. Una vez que la condición real de la población trabajadora -para Cobbett, el bracero, para Fielden, los niños que trabajaban en las fábricas- se convierte, no en *uno*, sino en el indicador de todos los demás aspectos políticos, entonces estamos cerca de alcanzar conclusiones revolucionarias. Bajo la aparentemente “nostálgica” idea de “derechos históricos de los pobres”, que de formas diferentes expresaron Cobbett, Oastler y Carlile, se escondían también nuevas demandas que estaban madurando, para que la comunidad socorriese a los necesitados y los indefensos, no por caridad, sino por derecho.⁷⁸ Cobbett abominaba del “reconfortante sistema” de la caridad y la salvación moral, y en su *History of the Protestant “Reformation”* se preocupó sobre todo de dar respaldo histórico a su idea de los derechos sociales. Las tierras de la Iglesia medieval eran administradas en nombre de los pobres. Ilegalmente malversadas o dispersadas, sin embargo los pobres tenían todavía un derecho sobre ellas, que (en opinión de Cobbett) se

⁷⁶ *Twopenny Trash* (1 de octubre de 1830).

⁷⁷ *Political Register* (28 de febrero de 1835).

⁷⁸ Véase Asa Briggs, “The Welfare State in Historical perspective”, *Archiv. Europ. Social.*, 1961, 11, p. 235.

reconocía por mediación de las viejas *Poor Laws*. La revocación de aquellas leyes fue el último acto de una serie vergonzosa de robos por la cual se había defraudado a los pobres en sus derechos:

Entre esos derechos se encontraba el derecho a vivir en nuestra región de nacimiento; el derecho a obtener lo necesario para vivir de la tierra donde hemos nacido, a cambio de nuestro trabajo realizado debida y honestamente; el derecho, en caso de que nos veamos hundidos en la miseria, de tener mitigadas nuestras necesidades con el producto de la tierra, tanto si la miseria es consecuencia de la enfermedad, de la decrepitud, la vejez o la incapacidad para encontrar empleo. ...Durante mil años, la necesidad fue mitigada con el producto de los Diezmos. Cuando la aristocracia sacó los Diezmos, y se los reservó para ella, o los cedió por completo a los párrocos, se establecieron provisiones de la tierra, como compensación a lo que se había sacado. Esta compensación se financiaba con las contribuciones que establecía la ley de pobres. Quitar estas contribuciones suponía violar el acuerdo, según el cual se tenía tanto derecho a recibir, en caso de necesidad, ayuda con los productos de la tierra, como se le daba al propietario derecho a recibir su renta.⁷⁹

Este mito histórico, que supone la existencia de algún pacto social medieval entre la Iglesia y la *gentry*, por un lado, y los braceros por el otro, se utilizó para justificar demandas de nuevos derechos sociales, del mismo modo que la teoría de la Constitución libre de Alfredo y del yugo normando se había utilizado para justificar la exigencia de nuevos derechos políticos. De acuerdo con este punto de vista, la posesión de la tierra por parte de los terratenientes no era un derecho absoluto, sino que dependía del cumplimiento de sus obligaciones sociales. Ni Cobbett ni Fielden partían del supuesto de que la población obrera tuviese derecho alguno a expropiar a los propietarios de la tierra o del capital; pero ambos aceptaban que si las relaciones de propiedad existentes violaban derechos esenciales para la realización humana del obrero o su hijo, entonces se podía poner en discusión cualquier tipo de remedio, por muy drástico que fuese. (Para Fielden esto significó que -siendo el tercer gran "Señor del Torzal" del Lancashire- estuvo dispuesto a colaborar con John Doherty para conseguir una huelga general en favor de la jornada laboral de ocho horas.)

La piedra de toque de Cobbett fue a la vez una barrera insuperable entre su clase de economía política y la ideología de los utilitaristas de la clase media. Si las conclusiones de Malthus conducían a predicar la emigración o las restricciones en el

⁷⁹ Tour of Scotland, 1833, citado en W Reitzel (ed.), *The Autobiography of William Cobbett*, pp. 224-225.

matrimonio de los pobres, entonces su piedra de toque los declaraba culpables. Si los “filósofos escoceses” y Brougham no podían hacer otra cosa que destruir los derechos que los pobres tenían bajo la antigua *Poor Law*, dejar que los tejedores muriesen de hambre y aprobar el trabajo de los niños pequeños en las fábricas, entonces su piedra de toque proclamaba que eran unos canallas intrigantes. Algunas veces se trata menos de un argumento que de una afirmación, una imprecación, un arranque de sentimiento. Pero era suficiente. Cobbett hizo más que cualquier otro autor para impedir que los radicales y los cartistas se convirtiesen en los vivanderos de los utilitaristas o las ligas contrarias a la *Corn Law*. Alimentó la cultura de una clase cuyos males comprendía pero cuyos remedios no pudo entender.

3. Carlile, Wade y Gast

Sin embargo no podemos olvidar las incoherencias, las bravuconadas, el antiintelectualismo, las profesiones de lealtad al trono y a la iglesia, el oportunismo teórico y los subterfugios de las efímeras obras políticas de Cobbett. Todas estas debilidades eran más que evidentes para los radicales más articulados. Ya en 1817 se vio sometido a duras críticas desde otros periódicos. Hacia 1820 muchos artesanos radicales habían dejado de considerar a Cobbett como un pensador serio, aunque no habían dejado de deleitarse con sus grandes polémicas. Seguían leyéndole, pero además empezaron a leer otros periódicos. Entre esos periódicos menores, entre 1817 y 1832, existían ideas originales y rigurosas, que conformarían la conciencia política de la clase, después de 1832. Podemos distinguir cuatro tendencias entre ellos: la tradición Paine-Carlile; los utilitaristas obreros y el Gorgon; los sindicalistas que estaban alrededor del *Trades Newspaper* de John Gast; y la diversidad de tendencias asociadas con el owenismo.

Hemos examinado ya el principal núcleo de ideas del primero en *Los derechos del hombre* y su contribución fundamental en la lucha de Carlile por los derechos de la prensa. La derivación de Paine es explícita. No se trata sólo del reconocimiento de una deuda, sino de la afirmación de una ortodoxia doctrinal:

Sólo las obras de Thomas Paine constituyen un modelo para cualquier cosa digna de ser denominada Reforma Radical. No existen Reformadores Radicales que no se

acerquen al conjunto de principios políticos de Thomas Paine. ... No puede haber Reforma Radical sin... una forma de Gobierno Republicana.⁸⁰

A partir del relato de una reunión de la sección cartista de Cheltenham, cuyo presidente era un viejo herrero, captamos la sensación de fuerza y de lealtad con que esta doctrina se mantuvo:

Una noche... alguien habló de Tom Paine. El presidente se puso de pie de un salto. "No estoy dispuesto a seguir presidiendo -gritó encolerizado- y escuchar cómo se vilipendia a ese gran hombre. Tened presente que no era un pugilista. No existe otra persona como Tom Paine. El señor Thomas Paine, si sois tan amables."⁸¹

Entre sus virtudes se encontraban la hostilidad intransigente hacia el principio hereditario y la superstición "gótica" y otras reliquias, afirmación retadora de los derechos del ciudadano privado. Pero en Inglaterra, la tradición de Paine-Carlile había adquirido, al menos hacia finales de la década de los veinte, cierta estridencia y un aire de irrealidad. El grito *á bas les aristos* tiene menos fuerza cuando tomamos en consideración la estructura real de poder en Inglaterra a medida que avanzaba la Revolución industrial, y la compleja interpenetración del privilegio aristocrático y la riqueza comercial e industrial. Tanto las sátiras racionalistas sobre el "clero" como los defensores a sueldo del privilegio y los emisarios de una ignorancia pensada para mantener al pueblo en la esclavitud, no aciertan en modo alguno a dar en el blanco; podían hacer mella en párrocos rurales que cazaban el zorro o en los magistrados eclesiásticos, pero pasaban de largo por los oídos de los pastores evangélicos e inconformistas que estaban ya en activo en las escuelas británicas y nacionales. La polémica tiende a dispersarse en abstracciones; no absorbe la atención ni compromete, como casi siempre hace la de Cobbett. El "cura" de Carlile se describía ocupado en "Hincarse de rodillas, los diezmos, las peregrinaciones, los exorcismos, las bendiciones, las cruces, los sacramentos, las abluciones, la circuncisión y la jerga ininteligible" en los intervalos de "lascivia... y borrachera".⁸² Aunque Carlile sabía más de las cárceles inglesas que cualquier otro radical, seguía confundiéndolas con la Bastilla. Si Jorge IV hubiese sido estrangulado con las tripas del obispo de Llandaff hubiese sido un triunfo, pero no el triunfo que él suponía. Hubiese tenido que tratar todavía con el último concejal de la ciudad y el último predicador local.

⁸⁰ R. Carlile, *An Effort to set a rest... the Reformers of Leeds*, 1821, p. 7.

⁸¹ W. E. Adams, *op. cit.*, p. 169.

⁸² Filántropo, *The Character of a Priest*, 1822, pp. 4, 6.

Como es característico de los doctrinarios, a veces intentaba manipular la realidad para que confirmase sus doctrinas. Alimentaba a sus perseguidores con renovadas provocaciones:

Como considero que la mayoría de los Ministros actuales son tiranos y enemigos de los intereses y el bienestar del pueblo de este país, también me atrevo a confesar que, si cualquier hombre que haya sufrido de forma injusta bajo su administración fuese tan indiferente hacia su propia vida, que asesinase a uno cualquiera o más de ellos, yo templarí mi lira para cantar sus alabanzas.

Pero si un tiranicida como éste buscase compañeros para llevar a cabo su acción, mostraría una “falta de virtud”; debería tener la resolución de hacerlo él solo: “Condeno la asociación para tales fines.”⁸³ Y el pasaje nos conduce a otras de sus debilidades. En primer lugar está la irresponsabilidad de su individualismo. Es una instigación que podía publicar (como publicaba otras) simplemente *como* instigación, sin pensar en las consecuencias. Al igual que otros hombres que han codificado ideas en una ortodoxia, no es cierto que simplemente transmitiese las ideas de su maestro. Las osificó *al* transformarlas en doctrina; tomó una parte de las ideas de Paine (la doctrina de los derechos individuales) y omitió las otras. Y la parte que adoptó, la empujó hasta un extremo, el *non plus ultra* del individualismo.

Ningún ciudadano debía respeto a la autoridad, y debía actuar como si no existiese. Esto es lo que él mismo hacía, y estaba dispuesto a afrontar las consecuencias. Sostenía que el ciudadano sólo se debía a su propia razón; no tenía que consultar a los demás, ni siquiera a los de su propio partido, ni someterse a las opiniones de aquéllos. Desde luego, la misma idea de partido le era ofensiva. El único organizador que aceptaba era la fuerza de la razón, y la prensa era el único multiplicador:

Cuando los principios políticos establecidos por Thomas Paine sean bien comprendidos por la gran mayoría de la población, todo lo que es necesario para ponerlos en práctica surgirá por sí mismo, y entonces no serán necesarios ni los complots ni las reuniones de representantes. ...En la actual situación de este país, el pueblo no tiene otro deber verdadero que familiarizarse individualmente con lo que constituye sus derechos políticos. ...En el ínterin, cada individuo debería prepararse y

⁸³ *Republican* (19 de enero de 1821). Carlile también volvió a editar “Killing No Murder” de Saxby.

mantenerse dispuesto, como un individuo armado, sin mantener relación ni consultar a sus vecinos, para el caso de que las circunstancias requiriesen que tomase las armas para preservar la libertad y la propiedad que pueda poseer contra cualquier intento tiránico de reducirlos. ... Que cada uno cumpla con su deber, y que lo haga abiertamente, sin guiarse por lo que hace su vecino...

Al poder del conocimiento popular le llamaba el “principio de investigación”:

Vamos pues a esforzarnos para progresar en el terreno del conocimiento, puesto que está demostrado que el conocimiento es poder. El poder del conocimiento pone freno a los crímenes de los gabinetes y los tribunales; el poder del conocimiento debe poner fin a las guerras sangrientas y a los terribles efectos de los ejércitos devastadores.⁸⁴

El primer fragmento está escrito en el funesto año 1820, y Carlile estaba ansioso en parte por proteger a los radicales del tipo de organización en la que tan fácilmente se infiltraban los *provocateurs*. Pero se da aquí esta ausencia de lo concreto: “libertad”, “conocimiento”, “guerras sangrientas”, y “gabinetes y tribunales”. Y también se da ese concepto erróneo de su público: “Que cada uno cumpla con su deber... sin guiarse por lo que haga su vecino...” ¿No sabía que la esencia del movimiento radical de la clase obrera consistía en que cada hombre “consultase con sus vecinos”?

Sin estas consultas, los trabajadores de su taller no hubiesen avanzado, sus representantes en las provincias no se hubiesen mantenido en sus puestos. La clave de su ceguera reside quizá en la frase: “preservar la libertad y la propiedad que pueda poseer contra cualquier intento tiránico ...”. Porque esto no es sólo Paine, también es Locke.

Una vez más acude a nuestra mente el término “individualismo pequeño burgués”. Y si hacemos el difícil esfuerzo de desechar algunas de las asociaciones peyorativas del término, veremos que en el caso de Carlile es útil. El modelo que se encuentra en el fondo de su mente es quizá el del menestral, el sombrerero, el bracero, el librero; en Carlile podemos encontrar no sólo las limitaciones de la pequeña burguesía, sino también, en su época de rebeldía, su fuerza. Si Bewick hubiese sido algo más joven, habría leído *el Republican*. Lo que Carlile hacía era adoptar el recelo burgués hacia el poder de la Corona, en defensa de sus derechos políticos y de

⁸⁴ *Republican* (4 de octubre de 1820, 26 de abril de 1822); véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 213-215.

propiedad, y extenderlo al sombrerero de Shoreditch o al fabricante de juguetes de Birmingham y a sus artesanos.

En términos de derechos de prensa y expresión oral, los resultados fueron tan dramáticos como democrático era el tono de Cobbett. Pero en términos de teoría política y económica, la posición era o bien estéril, o errónea. La fuerza de la ideología de Locke reside en el hecho de que los burgueses *eran* hombres con grandes propiedades; la demanda de que finalizase el control o la interferencia del Estado era (para ellos) una demanda liberadora. Pero el sombrerero tenía poca propiedad y los artesanos todavía menos. Pedir una ausencia de regulación por parte del Estado significaba simplemente dar rienda suelta a sus mayores competidores (o “fuerzas del mercado”). Y esto era tan evidente que Carlile, al igual que Cobbett, se vio obligado a hacer una demonología de sinecuristas, *placemen* y devoradores de impuestos. Debemos tener en cuenta que el gran mal que afligía a los menestrales eran los impuestos. El gobierno debía ser el menor posible, y ese poco debía ser barato.

Era cercano al anarquismo, pero sólo en su sentido más negativo y defensivo. Todos los hombres debían ser libres para pensar, escribir, comerciar o llevar una pistola. Los dos primeros eran su preocupación principal, hasta el punto de que la libertad de prensa dejó de ser un medio para convertirse en un fin en sí misma. El panorama de propuestas sociales que se ofrecía en la segunda parte de *Los derechos del hombre* fue la parte de la obra del, maestro que menos le conmovió. Poseía el desprecio del hombre que ha prosperado por su propio esfuerzo hacia los irreflexivos y la impaciencia del autodidacta respecto de aquellos que no aprovechan las oportunidades de progreso personal que se les ofrecen. Cumplió prisión para abrir las puertas de la razón, y si los obreros no se agolpaban para cruzarlas era por su culpa: “Lo sé, la Cervecería tiene un encanto irresistible para la gran mayoría de los obreros manuales.”⁸⁵ Era un hombre de mentalidad elitista.

Su racionalismo, al igual que su teoría política, se componía de negaciones. Sentía placer mostrando absurdidades bíblicas y publicando pasajes obscenos que se podían encontrar en la Biblia. Cuando exponía la lista de virtudes elementales, resultaba ser (como hemos visto) una tibia apología racionalista de las virtudes de un hombre de familia burgués. En su actitud hacia la poesía (o hacia cualquier facultad imaginativa) mostraba una “visión simple” tan estrecha como la de Bentham. Aunque

⁸⁵ *Republican* (23 de agosto de 1822).

publicó de forma clandestina *Cain* y *The Vision of Judgement*, se tomó la molestia de señalar que lo hacía “no porque sintiese admiración alguna por las obras, sino porque veía que mis enemigos las amenazaban”. La media docena de cantos de *Don Juan* que había leído eran “en mi opinión *simples bobadas*, que no tenían nada útil para la humanidad”. (No parece haber notado que todas ellas eran ingeniosas): “No soy poeta, ni admiro la poesía más allá de aquellas cualidades que podría tener en común con la prosa: el poder de instruir a la humanidad con conocimiento útil.”⁸⁶

“En mi opinión...”: esto nos recuerda que la cultura del autodidacta también puede ser filisteo. La democracia del intelecto corría el peligro de convertirse en una especie de Feria de Bartolomé. Allí todo el mundo podía montar su tenderete, las opiniones de cualquiera valían tanto como las de cualquier otro, las más extrañas casetas -con mujeres sin cabeza y pobres osos viejos bailando- podían ofrecer su espectáculo. Los artesanos que vagaban por la feria acudían y pagaban sus peniques; inmediatamente se les animaba a montar su propio puesto para argumentar y debatir antes de que hubiesen pasado aprendizaje alguno del oficio. Los pareceres más sólidos -Hodgskin o Thompson, O'Brien o Bray- que ofrecían su trabajo en el mismo mercado más de una vez debieron de maldecir a los porfiados buhoneros que gritaban a su alrededor.

Sin embargo, cuando se han hecho todas estas críticas -que son muchas y van lejos para explicar la estridencia de la tradición racionalista militante del siglo XIX-, cuando se ha dicho todo esto, hay que afirmar que Carlile creó el mercado. No se trata de una figura literaria. Sus publicaciones constituían un mercado; fue quien publicó a Paine, Volney, Palmer, Holbach y muchos otros. Pero también creó el mercado para el debate oral. En 1830 fundó Rotunda, donde tenían lugar los debates educativos de la clase obrera londinense. Su calendario de actos se publicaba con regularidad en el *Prompter*. El periódico se debería haber llamado, de forma más adecuada, *Promoter*, puesto que, de hecho, Carlile se había convertido en eso [en un promotor]. Era el empresario del libre pensamiento, y nadie tenía más derecho que él a ocupar este puesto. Lanzaba miradas a su alrededor para encontrar personajes destacados que atrajesen a las masas. John Gale Jones, el veterano cirujano jacobino, todavía despertaba interés entre sus seguidores. Pero su mayor éxito fue la promoción del reverendo Robert Taylor, un apóstata anglicano que había sido capellán del rey, y que predicaba -con todos los atuendos canónicos- sermones ateos atacando al “clero

⁸⁶ Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 272.

egoísta y malvado”. Taylor era un hombre serio y erudito, que también cumplió su turno en la cárcel, y que contribuyó en algo al declive de “su Divina Majestad, la *ignorancia* del Siglo Dieciocho”. Pero sus sermones, copiosamente ilustrados de crítica lingüística del texto hebraico, eran algo jocoso y extraño para el público: una mujer sin cabeza. Lo mismo ocurría con otro de los objetos de interés de Rotunda, Zion Ward, un heredero del manto southcottiano que tenía a sus oyentes embelesados con arengas sobre la revelación y la reforma que causaban estupor. A pesar de tales atracciones, Carlile registraba un triste descenso en la asistencia a los debates religiosos semanales (agosto de 1831). En aquel momento, los miércoles por la tarde había un nuevo inquilino en Rotunda, la *National Union of the Working Classes*. Carlile (que estaba una vez más en prisión) se sentía un poco irritado con el hecho de que esta *union* propusiese *organizar* el siguiente asalto en la lucha por la libertad de prensa, los “*unstamped*”. “No tengo nada que ver con asociación alguna -escribió- y no busco... la asistencia de nada por el estilo.” Al igual que otros individualistas, su egoísmo había absorbido la causa, y le ofendía la idea de que otros la pudiesen hacer suya. “Tened cuidado con los Clubs Políticos”, escribió un mes más tarde. Albergaba el rencor más profundo contra los clubs, las sociedades e incluso las *trade unions* y las sociedades de socorro mutuo.

Casi todos los horrores de la primera Revolución francesa provinieron de los clubs políticos. ...Declaro que todas son asociaciones miserables, viles, frívolas y despreciables ceros a la izquierda.

A medida que, semana tras semana, la lucha a favor del proyecto de ley de la reforma se hizo más crítica, Carlile publicaba informaciones acerca de barricadas, granadas de mano y ácidos ardientes: “QUE CADA HOMBRE SE ORGANICE POR SU CUENTA.” Pero la *National Union* siguió reuniéndose en Rotunda, y muchos de sus líderes más importantes -Watson, Hetherington, Lovett, Cleave, Hibbert- eran hombres que se habían nutrido de la tradición de Carlile, que le habían dejado atrás hacía tiempo, aunque se asían todavía firmemente a su primer principio: “La Discusión Libre es la única Constitución necesaria, la única Ley necesaria para la Constitución.”⁸⁷

Veinte años de homilías de Hannah More y el obispo de Llandaff, Wilberforce y la Conferencia Metodista, habían levantado un frente anticlerical entre los radicales. El

⁸⁷ *Republican* (11 de julio de 1823); *Devil's Pulpit* (4 y 18 de marzo de 1831); *Prompter* (30 de agosto, 31 de septiembre, 15 de octubre de 1831); *Radical* (24 de septiembre de 1831); H.O. 40.25.

Gorgon podía escribir con toda naturalidad acerca de “el sumiso y amable Moisés, que condujo fuera de Egipto a los sarnosos y roñosos israelitas”:

No afirmaremos que Moisés fuese un impostor tan grande y tan astuto como Mahoma. No diremos que Aarón, el sumo sacerdote, le era tan necesario a Moisés, como Périgord Talleyrand lo fue una vez para Bonaparte. No diremos que Josué fue un canalla militar tan grande como el viejo Blucher o Suvaroff, y que las crueldades y carnicerías que se cometieron en Canaán fueron diez veces más atroces que cualquiera de las que se cometieron durante los veinticinco años de guerra revolucionaria ...⁸⁸

Y sin embargo, esto es lo que el *Gorgon* pretendía decir. En este punto entra en contacto con la tradición de Carlile; y las dos están relacionadas por sus afinidades también con el utilitarismo. En Carlile ello está implícito: incluso la poesía debe ser *útil* e impartir *conocimiento*. La historia intelectual del *Gorgon* es más emocionante. Era un intento explícito de realizar una confluencia entre el benthamismo y la experiencia de la clase obrera. No se trataba simplemente de un intento de transmitir (como hubiese hecho Place de haberlo controlado) las ideas de los utilitaristas de la clase media a un público obrero. John Wade, el antiguo oficial clasificador de lana que lo editaba (en los años 1818-1819), era un hombre original y de gran aplicación, que no adoptaba sus ideas con los ojos cerrados. El resultado era que el *Gorgon* no parecía tanto aceptar esas ideas como luchar con ellas al plantear la siguiente pregunta: ¿se puede *aplicar* el utilitarismo en el contexto de la experiencia de la clase obrera?

Puesto que la influencia de Place era importante, debemos acercarnos más para entender al hombre. A lo largo de este estudio hemos mantenido una mirada vigilante sobre él puesto que, como archivista e historiador (de la SCL, del radicalismo de Westminster, de la revocación de las *Combination Acts*), sus prejuicios han sido gravemente engañosos. Pasó de ser un oficial pantalonero a ser un tendero y patrono próspero, el confidente más cercano de Bentham y los Mill, y consejero de diputados. Desde principios de la década de 1800 insistió en tender puentes entre los artesanos y la clase media; prestó su apoyo al movimiento de escuelas lancasterianas y al Instituto de Trabajadores Manuales; su preocupación se centró en el artesano juicioso y respetable y en sus esfuerzos de mejora personal. Pero puesto que era tan claramente padre fundador de la tradición fabiana (y Graham Wallas lo tomó de manera acrítica

88. *Gorgon* (24 de abril de 1819). Shelley, al escribir *Prometheus Unbound* en 1818-1819, dio el nombre de “Demogorgon” al oscuro dios revolucionario; nos preguntamos si se produjo alguna asociación de ideas.

como tal) no deberíamos verle simplemente como un “cautivo” de la clase media, ni deberíamos suponer que fuese incapaz de adoptar las posiciones más intransigentes. En cuestiones de libertad de pensamiento y expresión era todavía medio jacobino; había ayudado a publicar la primera edición en Inglaterra de *La edad de la razón*, y a pesar de que llegó a considerar a Carlile como un “fanático”, le prestó mucha ayuda en sus primeras luchas. Hemos visto su furor ante la represión de 1817 y 1819, y con qué gran dedicación trabajó por los derechos de las *trade unions*, aunque su entusiasmo por la causa de los sindicalistas se combinaba curiosamente con la economía política de McCulloch. En términos intelectuales, hacia 1818 era realmente un cautivo de Bentham: más que investigar las doctrinas de Bentham y del Mill maduro, se las *aprendió*, y en sus propias obras apenas les añadió nada excepto los hechos ilustrativos que con tanta laboriosidad había reunido. Pero en términos políticos, era una fuerza por derecho propio; proporcionó a los utilitaristas no sólo un escaño en Westminster, que estaba dentro de sus manejos, sino un punto de contacto con el mundo de los artesanos y las gentes de oficio radicales. El mismo hecho de que un hombre como él pudiese representar ese papel, tanto desde el punto de vista ideológico como político, es un fenómeno nuevo.

La principal contribución de Place al *Gorgon* fue la recogida de material empírico sobre los oficios de Londres (en particular los sastres).⁸⁹ John Wade daba el tono y el acento del periódico. Wade (junto con Place) fue el investigador más importante de entre los radicales. Su *Black Book* es muy superior a cualquier otra investigación radical del mismo tipo. Se nota que le atraían los benthamitas por la solidez de su investigación y su preocupación por los detalles prácticos de la reforma: en la ley, las cárceles, la educación. Desde el principio, el *Gorgon* expresó su irritación ante la retórica que predominaba en el radicalismo popular. Por una parte asestó duros golpes a los argumentos especiosos de la antigüedad constitucional, que se encontraban con mucha frecuencia en el *Black Dwarf*, en el que el comandante Cartwright escribía todavía acerca de las *witenagemots* y perpetuaba la teoría del yugo normando: “Creo sinceramente que no podemos avanzar en la causa de la Reforma si no es excluyendo de la consideración del tema todas las alusiones a un anterior estado de la sociedad ...”. Wade señalaba que, de un modo extraño, los argumentos que se derivaban de los “buenos viejos tiempos” procedían de las bocas de los reformadores de la clase obrera. En gran medida la “*antigua tradición* que con tanta

⁸⁹ No está claro si Wade aceptaba las notas de Place tal y como le llegaban, o si se tomaba libertades editoriales con ellas. Aunque Place colaboró con el *Gorgon*, nunca se encontró con Wade, y consideraba que el periódico “no era en absoluto la publicación que hubiese preferido”. Véase Wallas, *op. cit.*, pp. 204-205.

dificultad se ha reunido” era parte integrante de una legislación gravemente represiva *contra* los trabajadores. ¿Pueden los líderes de los reformadores (preguntaba),

no tener nada que alegar contra el viejo sistema de trapicheo de los *rotten boroughs* más que mohosos pergaminos, black letter* y citas en latín? ¿No hay nada en la situación de nuestras finanzas, en nuestro atrasado sistema monetario, en el número de pobres ...

que se pueda comentar o denunciar? Pero si bien rechazaba la especiosa apelación al precedente, también rechazaba la confianza de Paine en la demanda de “derechos naturales”. Si se argumentaba que todos los hombres tenían un derecho *natural* al voto, ¿cómo, entonces, se podía negar el mismo derecho a las mujeres? Para Wade (como para Cobbett) esto era la *reductio ad absurdum*. Se les negaba el derecho a voto a los locos y a los asilados (al igual que a las mujeres) por razones evidentes de utilidad social; y éstas parecían ser las bases más sólidas sobre las cuales los radicales de la clase obrera (o al menos la mitad masculina de ellos) deberían asentar sus demandas:

La *utilidad general* es el único y último objetivo de la sociedad; y no debemos considerar sagrado o valioso ningún derecho natural o legal que se pueda oponer a ella.⁹⁰

Sobre esta base no era difícil justificar el derecho a voto. Pero aquí empezaba el problema. Wade estaba preocupado, de forma alentadora, por la reforma social y la organización de las *trade unions*. Si el utilitarismo debía extenderse como ideología de la clase obrera, era necesario que tuviese alguna teoría de la estructura social y de la economía política. ¿Cómo se podía determinar lo bueno para la gran mayoría, y podría ocurrir que aquello que era útil para los patronos pudiese ser opresivo para la población obrera? La teoría de la estructura social de Wade era impresionista y poco original, pero al menos ofrecía algo más que la “Vieja Corrupción” de Cobbett o la retórica acerca del “sistema de caciquismo local”. Dividía la sociedad entre las clases parasitarias y las productivas. En el primer grupo estaban: a) las clases altas, incluyendo a los dignatarios de la Iglesia y la ley, y la nobleza; y b) las “clases intermedias”: párrocos legitimistas, comisarios de impuestos, cargos de los departamentos de contribuciones. A éstos los identificaba con la corrupción. En el

* Nombre que a partir de 1600 se dio al tipo de letra que utilizaban los primeros impresores. (*N. de la t.*)

⁹⁰ *Gorgon* (20 de junio, 18 de julio, 22 de agosto de 1818).

segundo grupo se encontraban las “clases productivas”: el término era lo bastante amplio para incluir a los profesionales y a los patronos, pero el acento recaía sobre “aquellos que con sus esfuerzos incrementan los fondos de la comunidad, como son los labradores, los trabajadores manuales, los jornaleros, etc.”. Debajo de este grupo situaba a los inclasificables, como los pobres y los acreedores del Estado:

Las clases laboriosas pueden compararse con el suelo, del cual surge y se desarrolla todo; las otras clases con los árboles, las arvejas, la mala hierba y las hortalizas, que sacan el alimento... de su superficie...

Cuando la humanidad alcanzase un estado de “mayor perfectibilidad”, entonces sólo deberían existir las clases industriales.

Las otras clases se han originado en su mayor parte por causa de nuestros vicios e ignorancia... al no tener ocupación, su nombre y su cargo dejarán de existir en el estado social.⁹¹

En este punto Wade consiguió la ayuda de Place, y el *Gorgon* empezó a ofrecer cada semana material sobre la situación de las clases trabajadoras. No queda claro qué mano tenía mayor influencia. Por una parte, se pone un fuerte acento en el trabajo como la fuente de valor, un acento reforzado quizá por los *Principios de Economía* de Ricardo, publicados el año anterior⁹² “El trabajo es un producto superabundante en este país -escribía el *Gorgon*- y es la principal mercancía que exportamos”:

La materia prima quizá no alcanza, por promedio, ni la décima parte del valor de nuestras cuatro principales manufacturas, a saber, algodón, lino, paño y hierro, las nueve décimas partes restantes las crea el trabajo del tejedor, el hilandero, el tintorero, el herrero, el cuchillero y cincuenta más.... El trabajo de esos hombres constituye el principal artículo de circulación en este país. Nuestros comerciantes han extraído sus riquezas, y el país su gloria, comerciando con la sangre y los huesos de los oficiales y los braceros de Inglaterra...

La exposición es más emotiva que exacta. Nos recuerda que la noción del trabajo como fuente de todo valor se encontraba no sólo en *Rights of Nature* de

⁹¹ *Gorgon* (8 de agosto de 1818) y *The Extraordinary Black Book*, edición de 1831, pp. 217-218. Véase también A. Briggs, “The Language of Class in early nineteenth century Britain”, *Essays in Labour History*, p. 50.

⁹² Se cita a Ricardo en el *Gorgon* (26 de septiembre de 1818).

Thelwall, sino también, en un tono enérgico, en *Address to the Journeymen and Labourers* de Cobbett, de 1816. Tenemos la sensación de que Cobbett, mientras escribía, tenía presente su propia granja y a los jornaleros atareados con el ganado, con el arado, reparando edificios. Wade (o Place) se imaginaban al artesano y al trabajador a domicilio, al clasificador de lana o al sastre, que recibían la materia prima en un estado determinado y, mediante su trabajo y su destreza, procesaban el material. Para la materia prima, una décima parte; para el trabajo y el conocimiento del oficio, el resto.⁹³

Pero el mismo artículo del *Gorgon* empezaba, al propio tiempo, a instruir a los sindicalistas en los tópicos de la economía política. La recompensa por el trabajo se regulaba por la oferta y la demanda. “Un aumento del salario de los oficiales supone una disminución proporcional del beneficio de los patronos”: el fondo salarial. Cuando el precio del trabajo aumenta tiene “tendencia a sacar al capital de esa rama de la industria”. Y (muy a tono con el lenguaje de Place, que actuó como asesor en la revocación del *Statute of Artificers*):

Tanto los patronos como los obreros deberían actuar, en todos los casos, individualmente, no colectivamente. Cuando cualquiera de las dos partes recurre a mecanismos antinaturales o artificiales, provoca resultados antinaturales.

La teoría de las leyes o derechos naturales, a la que Wade cerró la puerta principal, ha sido invitada a entrar por la puerta trasera. Porque en aquel momento es casi imposible pensar en el utilitarismo de la clase media sin pensar también en Malthus y en la economía política ortodoxa: la doctrina de la utilidad sólo se podía interpretar a la luz de las “leyes” de la población y las de la oferta y la demanda. Si el utilitarismo penetraba en la ideología de la clase obrera, la convertiría en cautiva de la clase de los patronos.

Y sin embargo el asunto no se resolvería tan fácilmente. En los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1818, el *Gorgon* publicó análisis detallados de la situación de algunos de los oficios de Londres: sastres, matriceros, ópticos, cajistas. Al mismo tiempo hacía una defensa de los hilanderos de algodón de Manchester, cuya huelga se estaba ganando los más duros ataques en la prensa legitimista y en la

⁹³ *Ibid.* (12 de septiembre de 1818). Para los orígenes de la teoría del valor-trabajo, tocada en este capítulo de forma breve e inexperta, véase G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought, The Forerunners*, 1953; A. Menger, *The Right to the Whole Produce of Labour*, 1898; R. N. Meek, *Studies in the Labour Theory of Value*, 1956.

prensa de nuevo tipo de la clase media radical (en particular *The Times*). La comparación de los índices salariales de los 20 años anteriores, en oficios con organización y oficios desorganizados, llevaba a una conclusión ineludible. Fuese “natural” o “artificial”, la organización *surtía efecto*:

... siempre habíamos pensado que la prosperidad de los patronos y la de los obreros eran simultáneas e inseparables. Pero en realidad no ocurre eso, y no dudamos en decir que la causa del *deterioro* de la situación de los obreros en general, y de los diversos grados de deterioro entre las diferentes clases de oficiales, depende por completo del grado de madurez que predomine entre ellos, lo cual ha sido declarado delito por la ley, a saber, ORGANIZACIÓN. La situación de los obreros no depende en lo más mínimo de la prosperidad o los beneficios de los patronos, sino del poder de *imponer* que tienen los obreros; mejor dicho, de obtener por la fuerza un precio elevado por su trabajo...⁹⁴

Hay pocas posibilidades de que fuera Place quien escribió esto, teniendo en cuenta los argumentos que sabemos utilizó en 1814 y 1824.⁹⁵ Pero si el autor fue Wade, no mantuvo por mucho tiempo esta posición. Con posterioridad adoptó la ideología de los utilitaristas de la clase media, y su conocida *History of the Middle and Working Classes* (1835) posee esa mezcla característica de la política radical y la economía ortodoxa, junto con una laboriosa recopilación de hechos. Sin embargo, es una obra decepcionante por ser del autor del *Black Book* y editor del *Gorgon*.

La historia de Gast es diferente. Junto con Gravener Henson y John Doherty fue uno de los tres líderes importantes de las *trade unions*, que surgieron en esos primeros años. Procedían de industrias con experiencias muy diferentes, y por esta razón la contribución característica de cada uno de ellos fue diferente. Henson ejemplifica la lucha de los trabajadores a domicilio, rozando los márgenes del ludismo, organizando su *union* ilegal, compartiendo su radicalismo político avanzado e intentando, hasta 1824, poner en vigor o promulgar una legislación protectora en su favor. Doherty, de los hilanderos de algodón, fue capaz de dar más relevancia al propio poder de los obreros para mejorar sus condiciones, o para cambiar el sistema por completo, gracias a la fuerza de la organización; hacia 1830 se encontraba en el corazón de los grandes movimientos de los obreros del norte en pro de un

⁹⁴ *Ibid.* (21 de noviembre de 1818).

⁹⁵ Place informó a la Comisión Especial sobre Artesanos y Maquinaria (*First Report*, 1824, p. 46): “ningún otro principio de economía política [está] mejor fundado que el de los salarios: el aumento de salarios debe proceder de los beneficios”.

sindicalismo general, de la reforma de las fábricas, de la organización cooperativa y de la “regeneración nacional”. Gast, que procedía de un oficio cualificado menor pero altamente organizado, estuvo constantemente preocupado por los problemas de organización y solidaridad mutua entre los *oficios* de Londres y a nivel nacional.

Gast era un carpintero de navío, que había realizado su aprendizaje en Bristol (donde había nacido en 1772) y llegó a Londres más o menos en 1790. De los “30 o 40” años que trabajó en el Támesis (dijo en 1825) pasó 28 en un astillero de Deptford, en el que era “capataz” y tenía unos 16 hombres a su cargo: “allí participé en la construcción de por lo menos 20 o 30 buques de guerra ... sin contar los barcos mercantes.” En 1793 los carpinteros de navío se habían organizado en la sociedad de socorro mutuo Santa Elena: “en el río no había ni diez hombres que no formasen parte de ella”. La sociedad fracasó, pero en 1812 hubo una huelga de carpinteros de navío y se formó la sociedad de socorro mutuo Corazones de Roble, en la cual Gast tuvo un papel dirigente. La sociedad tuvo tanto éxito que no sólo prestó la asistencia habitual, por enfermedad, muerte y accidente, también construyó de sus fondos 13 asilos para carpinteros retirados. Cuando, en agosto de 1824, se formó la *Thames Shipwrights Provident Union*, Gast fue su primer secretario. En aquel momento debía tener unos 55 años.⁹⁶

Después de la revocación de las *Combination Acts*, los carpinteros de navío se vieron implicados en una lucha particularmente encarnizada con sus patronos, que dirigían el grupo de presión que influía para que se hiciera una nueva legislación contraria a las *trade unions* en 1825.⁹⁷ De este modo Gast y su *union* cobraron importancia. Pero mucho antes ya se había ganado el respeto de los círculos de las *trade unions* londinenses. Hemos visto que se le asociaba al *Gorgon*, aunque al mismo tiempo se destacaba en los intentos (en Manchester y Londres) de formar el “Hércules Filantrópico”, la primera *union* general de todos los oficios.⁹⁸ Está claro que hacia 1818, Gast era la figura dirigente de más de un comité de los “oficios” de Londres. Además, entre 1819 y 1822 tuvo lugar una interesante traslación en el radicalismo obrero de Londres. En el año anterior, un comité en el que destacaban hombres como el doctor Watson, Gale Jones, Evans y Thistlewood -en su mayoría antiguos jacobinos, profesionales, pequeños patronos y artesanos- había preparado la entrada triunfal de

⁹⁶ *Trades Newspaper* (31 de julio de 1825).

⁹⁷ Véase los Hammond, *The Town Labourer*, pp. 138-140.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 311; Webbs, *History of Trade Unionism*, pp. 85-86; Wallas, *op. cit.*, p. 189; G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*, pp. 81-82.

Hunt en Londres, después de Peterloo. Cuando Hunt salió de la cárcel de Ilchester, a finales de 1822, John Gast le dio la bienvenida a Londres en representación de “El Comité de las Clases útiles”.⁹⁹ A partir de este momento en adelante, el radicalismo obrero de Londres adquiere una nueva lógica: es más fácil ver de qué industrias saca su fuerza. En el comité de Gast podemos distinguir un incipiente “consejo de los oficios”. En 1825, con la revocación de las *Combination Acts* y la amenaza de su reimplantación, los oficios se sintieron bastante fuertes para fundar su propio semanario, *Trades Newspaper*.¹⁰⁰

El *Trades Newspaper*, con su divisa, “Cada uno ayudó a su vecino”, no es importante sólo porque proyecta un torrente de luz sobre la fuerza del sindicalismo que, hasta aquel momento, debemos indagar a través de las sombras de los tribunales y los documentos del Ministerio del Interior. También indica un punto de ruptura completa entre el utilitarismo de la clase media, por una parte, y la “teoría de las *trade unions*” por la otra. El conflicto fue completamente explícito. Fue como si las partes ortodoxas del *Gorgon* hubiesen seguido adelante con Place y Wade, mientras que las demandas no ortodoxas que reivindicaban el valor de la organización se hubiesen convertido en la base de la nueva empresa de Gast. Algunas de las polémicas iban dirigidas específicamente contra Place, y de una forma a la vez desafortunada e injusta; y esto puede ayudarnos a explicar por qué Gast y los oficios de Londres figuran tan poco en el relato del propio Place de estos años. De hecho, la controversia se había iniciado el año anterior en las páginas del *Black Dwarf* de Wooler, que ahora se encontraba en el último año de su vida.¹⁰¹ La había provocado el maridaje entre malthusianismo y economía política, solemnizado en las páginas de James Mill. Dicho escuetamente, declaraban que el problema del desempleo¹⁰² era más un problema

⁹⁹ *Address to the Radical Reformers*, de Hunt, 9 de diciembre de 1822.

¹⁰⁰ El proyecto del periódico lo hicieron “aquellos Representantes de los oficios de la Ciudad y del Campo que se habían reunido en Londres para vigilar el progreso de la última Investigación relativa a las *Combination Laws*”. Los oficios suscribieron 1.000 libras para fundar el periódico, y aparte de los carpinteros de navío, parece que estuvieron directamente implicados en él los aserradores, toneleros, carpinteros, zapateros especializados en calzado de “señora”, calafateadores y tejedores de seda. El periódico fue dirigido por un comité de los oficios.

¹⁰¹ Véase la controversia sobre población, que se inició el 12 de noviembre de 1823 y siguió en sucesivos números.

¹⁰² Se ha divulgado una leyenda acerca de que la palabra “desempleo” se encontraba fuera del marco semántico de las décadas de 1820. Es posible que proceda de una afirmación imprudente por parte de G. M. Young en *Victorian England*, Oxford, 1936, p. 27, según la cual “desempleo estaba fuera del alcance de cualquier idea que dominasen los primeros reformadores victorianos, en gran medida porque no tenían una palabra para denominarlo”; a lo cual se añade la autoridad de una nota a pie de página: “No la he observado con anterioridad a los años sesenta”. De hecho (como ocurre a menudo con las “dataciones” semánticas) la afirmación es incorrecta. (En general, los cucos llegan a estas islas varias semanas antes de que *The Times* lo anuncie.) “Desempleado”, “los desempleados” y (con menor frecuencia) “desempleo”, todas ellas se encuentran en los escritos radicales u owenitas de la década de 1820 y 1830: las inhibiciones de los “Primeros reformadores victorianos” se deberán explicar de alguna otra forma.

natural que artificial, que tenía como causa el “excedente” de población; como tal era insoluble; al ser insoluble, era el determinante fundamental de los índices salariales, puesto que -por mucho que grupos de obreros cualificados pudiesen alcanzar una posición privilegiada mediante la restricción de la entrada en su oficio- la masa de los obreros se encontraría con que las leyes naturales de la oferta y la demanda abaratarían el valor de un servicio que tenía una oferta excesiva.

Hacia tiempo que Cobbett había dado una apasionada y explosiva negativa a esto (“¡Párroco Malthus! ¡Feelosofers escoceses!”). El “Enano Negro” ofrecía argumentos más enérgicos. “La cantidad de empleo es ilimitada”, escribía:

En este gran país fabril, he visto hombres y mujeres sin medias, que proveen de medias a todos los rincones del mundo ... sólo con que todos y cada uno de los habitantes de estas islas fuesen tan bien vestidos como podrían desear, el consumo interior sería diez veces mayor.

“Para mejorar la condición de la raza humana -concluía (en réplica a las objeciones de Place)- no se trata de disminuir su número, sino de agudizar sus intelectos.”¹⁰³

La discusión se retomó en el primer número del *Trades Newspaper*, cuyo primer editor fue el radical avanzado J. C. Robertson, precursor del *London Mechanic's Institute* y compañero de Thomas Hodgskin.¹⁰⁴ El editorial disentía de McCulloch por adoptar una teoría malthusiana y aconsejar a los obreros: “Restringid vuestro número si no queréis sobresaturar la demanda de trabajadores.” “Eso - comentaba el editorial- es conspirar contra la naturaleza, contra la moralidad y contra la felicidad.” Los medios que estaban al alcance para llevar a cabo tal restricción eran o bien la abstinencia del matrimonio o, de otro modo, el uso de anticonceptivos. Ahora Place aprobaba firmemente la posición malthusiana y se había propuesto propagarla entre la clase obrera; pero como no confiaba en la capacidad de ésta para la abstinencia sexual, había participado además en la distribución secreta de folletos que

¹⁰³ *Black Dwarf* (3 y 31 de diciembre de 1823).

¹⁰⁴ Se sugiere que las responsabilidades del editor se limitaban a la preparación del original, y yo supuse - acaso erróneamente- que Gast, presidente del comité de control, escribió los primeros editoriales. Surgen problemas similares en la atribución de la autoría de los artículos del *Poor Man's Guardian* y de la prensa owerita.

proporcionaban información relativa a los medios de control de la natalidad.¹⁰⁵ Place intentaba ahora defender a M'Culloch en las columnas del *Trades Newspaper*.

Si bien Place había participado en una osada acción en favor de la más contumaz de las razones utilitaristas, el *Trades Newspaper* le atacó encarnizadamente basándose en ambas acusaciones. Por una parte, se insinuó que Place estaba asociado a una defensa “nefanda” e inmoral demasiado repugnante para describirla. (Deberíamos recordar que esta respuesta a la anticoncepción la compartían todos los bandos, y no hay razón alguna para pensar que Gast no estuviese sinceramente escandalizado.) Por otra parte, inició una crítica de mucha mayor significación:

Si tenemos que creer a los señores Malthus, M'Culloch, Place y Cía, las clases trabajadoras sólo tienen que estudiar la manera más eficaz de restringir su número, para solucionar por completo todas sus dificultades... Malthus y Cía... reducirían todo el asunto a una cuestión entre los Obreros manuales y sus novias y esposas [más que] una cuestión entre los empleados y sus patronos -entre el Obrero manual y el cultivador de grano y monopolista- entre el contribuyente y el que impone las contribuciones.¹⁰⁶

La observación es completamente clara. Gast había rechazado el modelo de una economía política “natural” y autorregulada, que, si se dejaba funcionar libremente, actuaría en beneficio tanto de los empleados como de sus patronos. Se da por supuesto un antagonismo fundamental en los intereses, y que su regulación o resolución debe ser una cuestión de fuerza. Lo que podría ser beneficioso para el capital, bien podría ser opresivo para el trabajo. Y para la conformación de esta teoría obrera de clase, se dieron importantes refuerzos intelectuales. En 1825 se publicó *Labour Defended Against the Claims of Capital* (bajo el seudónimo “Un Peón”) de Thomas Hodgskin, un teniente de navío retirado con media paga. Gasty Hodgskin habían estado ya asociados al Instituto de Obreros Manuales, en el cual el último había conferenciado sobre economía política. Durante la segunda mitad de 1825 se publicó resumida en el *Trades Newspaper* la mayor parte de *Labour Defended*, y una serie de artículos editoriales le dieron una cálida, pero no acrítica, bienvenida, seleccionando de la obra de Hodgskin, con particular aprobación, los elementos de la teoría del valor trabajo: “la *única* cosa que podemos afirmar que se acumula es la cualificación *del trabajador*”: “Todos los capitalistas de Europa, con todo su capital

¹⁰⁵ Véase F. Place, *Illustrations and Proofs of the Principle of Population*, 1822.

¹⁰⁶ *Trades Newspaper* (17, 24, 31 de julio, 11 de septiembre de 1825). Parece que Place prestó apoyo a un rival del *Trades Newspaper* que no tuvo éxito, el *Artizan's London and Provincial Chronicle* (1825).

circulante, no pueden proporcionar por sí mismos lo necesario para vestir y comer durante una semana ...”¹⁰⁷

La primitiva teoría socialista de Hodgskin se adaptaba particularmente bien a la experiencia de los oficios de Londres; y de hecho se derivaba en gran parte de la experiencia de aquéllos. Frente a las renovadas amenazas de legislación, defendía el sindicalismo con argumentos sólidos y de sentido común: “La organización no es un crimen en sí misma; por el contrario, es el principio gracias al cual las sociedades se mantienen unidas.” Su particular vehemencia se dirigía contra el capitalista en su papel de contratista o intermediario:

Entre el que produce alimentos y el que produce paño, entre el que hace instrumentos y el que los utiliza, se coloca el capitalista, que ni los hace ni los utiliza, y se apropia del producto de ambos. ...Se ha introducido entre ellos de forma gradual y sucesiva, aumentando de volumen a medida que se ha ido nutriendo por los crecientes esfuerzos productivos de aquéllos, y los ha separado tanto, que ninguno de ellos sabe de dónde procede el suministro que cada uno recibe a través del capitalista. Mientras los despoja a ambos, elimina tan completamente a uno de la visión del otro que ambos creen que le deben la subsistencia.

Se consideraba que el capitalista era productivo en su papel técnico de dirección; en este papel también él era un trabajador y debía recibir su recompensa por ello. Pero como intermediario o especulador era simplemente un parásito:

La organización con mayor éxito y más extendida posible con el fin de obtener un aumento de salario no tendría otro efecto nocivo que el de reducir los ingresos de aquellos que viven del beneficio y el interés y que no tienen ningún justo derecho, sino la tradición, a parte alguna del producto nacional.

Hodgskin no ofrecía un *sistema* alternativo (a menos que fuese la supresión de todos los sistemas en un sentido godwiniano) y en cierto sentido eludía la cuestión de los derechos de propiedad. Lo que aprobaba era una presión organizada creciente, con toda la fuerza y los recursos intelectuales y morales de la clase obrera, para confiscar la enorme riqueza del capitalista intruso. Esta guerra entre capital y trabajo, entre la “honesta laboriosidad” y la “disoluta ociosidad”, no finalizaría hasta que los

¹⁰⁷ *Nades Newspaper* (21 y 28 de agosto de 1825 y ss.).

obreros recibiesen todo el producto de su propio trabajo, y “hasta que el *hombre* merezca mayores honores que la tierra que pisa o la máquina que maneja”.

4. El owenismo

La publicación de *Labour Defended*, y su acogida en el *Trades Newspaper*, representa el primer punto de confluencia claro entre los “economistas laboristas” u owenitas y una parte del *movimiento* de la clase obrera.¹⁰⁸ Pero, por supuesto, Owen le había precedido; e incluso en el caso de que Owen, Gray, Pare y Thompson no hubiesen escrito, la obra de Hodgskin conducía forzosamente a plantear la siguiente cuestión adicional: si el capital era en gran parte parásito sobre el trabajo, ¿no podía el trabajo simplemente prescindir de él o sustituirlo por un nuevo sistema? Además, por un curioso giro, a los utilitaristas les era posible desembocar en la misma cuestión: si el único criterio por el cual se podía juzgar un sistema social era la *utilidad*, y puesto que la mayoría de la sociedad eran trabajadores, sin duda ningún respeto por la tradición o por las ideas góticas impediría inventar el *plan* más útil posible por el, cual las masas pudiesen intercambiar y disfrutar sus propios productos. De ahí que el socialismo owenita siempre contuviese dos elementos que jamás fusionó por completo: la filantropía de la Ilustración, que inventaba “sistemas completamente nuevos” según los principios de la utilidad y la generosidad, y la experiencia de aquellos sectores obreros que escogían ideas del modelo owenita y las adaptaban o las desarrollaban para afrontar su contexto particular.

La historia de Robert Owen de New Lanark es bien conocida e incluso legendaria. El modelo de propietario de fábrica paternalista y hombre que ha triunfado con su propio esfuerzo, que puso en cuestión la realeza, los cortesanos y los gobiernos de Europa con sus propuestas filantrópicas; la creciente exasperación en el tono de Owen a medida que recibía el aplauso cortés y la desaprobación práctica; su propaganda dirigida a todas las clases, y su proclamación del milenio, el creciente interés, entre algunos obreros, por sus ideas y sus promesas; el surgimiento y el fracaso de las primeras comunidades experimentales, en particular Orbiston; la partida

¹⁰⁸ En las páginas que siguen no puedo esperar reexaminar el pensamiento de Owen o de los “economistas laboristas”. Mi objetivo es ilustrar, en uno o dos aspectos, de qué forma la teoría afectó a la experiencia de la clase obrera y de qué forma se seleccionaron o cambiaron las nuevas ideas en este proceso; es decir, mi preocupación tiene más que ver con la sociología de esas ideas que con su identidad. Para Hodgskin véase la edición de *Labour Defended* hecha por Cole, 1922, y E. Halévy, *Thomas Hodgskin*, 1951, traducción de A. J. Taylor. Para una discusión lúcida y breve sobre Owen y los economistas laboristas, véase H. L. Beales, *The Early English Socialists*, 1933, caps. 4 y 5; y para un resumen más completo, G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought*, I, *The Forerunners*, y M. Beer *A History of British Socialism*, Parte III.

de Owen hacia Norteamérica para realizar más experimentos relativos a la construcción de nuevas comunidades (1824-1829); el crecimiento del número de seguidores del owenismo durante su ausencia, el enriquecimiento de su teoría gracias a Thompson, Gray y otros, y la adopción de una forma de owenismo por parte de algunos sindicalistas; la iniciativa del doctor King en Brighton con su *Co-operator* (1828-1830) y los experimentos ampliamente extendidos de cooperativas comerciales; la iniciativa de algunos artesanos de Londres, entre los que destacaba Lovett, de fomentar la propaganda, a nivel nacional, de los principios cooperativos (la *British Association for Promoting Cooperative Knowledge*), en los dos años 1829-1830; la marea creciente después del regreso de Owen, cuando se encontró, casi a pesar suyo, a la cabeza de un movimiento que condujo al *Grand National Consolidated Trades Union*.

Es una historia extraordinaria; y sin embargo, en cierto sentido partes de ella *tenían* que ser así. Podemos empezar en el punto de partida; con la tradición paternalista. Y debemos observar que los grandes experimentos de New Lanark se iniciaron para afrontar las mismas dificultades de disciplina laboral y de adaptación de los ingobernables obreros escoceses a las nuevas normas de trabajo industrial que ya hemos encontrado en la discusión acerca del metodismo y el doctor Ure. “En aquel momento las clases más bajas de Escocia ... tenían grandes prejuicios contra los extranjeros ...”, “por lo tanto las personas empleadas en ese obrador tenían fuertes prejuicios contra el nuevo director ...”:

... poseían casi todos los vicios y muy pocas de las virtudes de una comunidad social. El robo y la recepción de bienes robados era su oficio, la ociosidad y la embriaguez su hábito, la falsedad y el engaño su cobertura, las disensiones civiles y religiosas su práctica diaria; sólo se unían en una apasionada y sistemática oposición a sus patronos.

Estos pasajes, sacados de *A New View of Society* (1813), son en gran parte la experiencia común a los nuevos propietarios de fábricas o patronos de las fundiciones de hierro. El problema era adoctrinar a los jóvenes en los “hábitos de atención, presteza y orden”. Hay que decir por completo en favor de Owen que para conseguir estos objetivos no escogió ni los terrores físicos del metodismo ni la disciplina del vigilante y las multas. Pero debemos tener siempre presente que el socialismo tardío de Owen retuvo las señales de su origen. Le dieron el papel de papa bondadoso del socialismo: el señor Owen, el filántropo que consiguió una entrada en la corte y el

salón del consejo de ministros durante los años de la posguerra (hasta que cometió su *faux pas* al rechazar, con amable tolerancia, todas las religiones heredadas cualesquiera que fuesen por considerarlas irracionalismo dañino), se van convirtiendo sin ninguna sensación de crisis en “el benévolo señor Owen”, a quien los obreros se dirigen y que publica escritos dirigidos a las clases trabajadoras. En un sentido era el *non plus ultra* del utilitarismo, proyectando una sociedad como un panopticon* industrial gigantesco en otro sentido, muy admirable y bondadoso, fue un Hanway** industrial que pensaba mucho en los niños, le gustaba verlos felices y pensaba que la cruel explotación a que estaban sometidos era un ultraje. Pero la idea de avance de la clase obrera hacia sus propios objetivos, gracias a la actividad que desplegaba por sí misma, era ajena a Owen, a pesar de que, entre 1829 y 1834, se vio arrastrado precisamente hacia este tipo de movimiento. Lo podemos ver en el tono de todos sus escritos. Su deseo era (dijo en 1817) “remoralizar a las Clases Bajas”. Junto con el término “benévolo”, las palabras que encontramos más a menudo en los primeros escritos owenitas son “previsto para ellos”. La educación debería “inculcar a los jóvenes ideas y hábitos que contribuirán a la felicidad futura de los individuos y del Estado; y esto sólo puede conseguirse enseñándoles a convertirse en seres racionales”: Cuarto: ¿Cuáles pueden ser las mejores disposiciones para que estos hombres y sus familias puedan estar bien y económicamente alojados, alimentados, vestidos, adiestrados, educados, empleados y gobernados?¹⁰⁹

Este tono constituía una barrera casi insuperable entre Owen y los radicales populares, además del movimiento sindical. “En aquel momento, los obreros y las clases trabajadoras eran ajenos para mí y para todos mis puntos de vista e intenciones”, anotó Owen (en su *Autobiography*) acerca de los años de la inmediata posguerra. “Sus democráticos y muy equivocados líderes les enseñaban que yo era su enemigo, y que quería hacerles esclavos en esos pueblos de unidad y cooperación mutua.” Pero en aquellas circunstancias no era muy sorprendente. El filántropo señor Owen se sumergió en su propia visión durante los desesperados años de depresión de la posguerra. Muchos miembros de la *gentry* estaban horrorizados ante la extensión del desempleo y la miseria, aunque también se sentían ansiosas respecto de la disposición insurreccional de los desempleados. Todavía más, los impuestos para asistir a los pobres se habían elevado a seis millones de libras en un momento en que

* Nombre que dio Bentham a un proyecto de prisión de forma circular con las celdas, rededor de un patio central, desde donde los vigilantes podrían ver en todo momento a los reclusos. (*N. de la t.*)

** Jonas Hanway fue un filántropo del siglo XVIII que se preocupó especialmente de la suerte de los niños. (*N. de la t.*)

¹⁰⁹ R. Owen, *A New View of Society and other writings*, edición de Everyman, pp. 74, 260.

la agricultura había decaído en relación con la prosperidad de los años de guerra. Los pobres eran repulsivos, una fuente de vergüenza, una pesada carga para el país y un peligro. Las columnas de las revistas estaban llenas de discusiones acerca de la enmienda de las *Poor Laws*, y todas ellas tenían como objetivo una mayo; economía. El señor Owen (cuyas extensas propiedades en *New Lanark* se convirtieron en un añadido de moda a los viajes elegantes) se presentó entonces con un plan que realmente no podía haber sido mejor. Proponía confinar a los pobres en “Pueblos de Cooperación”, donde -después de recibir un capital inicial sacado de los impuestos- se *mantendrían por sí mismos*, y se volverían “útiles”, “laboriosos”, “racionales”, autodisciplinados y también abstemios. Al arzobispo de Canterbury le gustó la idea, y lord Sidmouth la examinó minuciosamente junto con el señor Owen. “Lord Sidmouth me perdonará -escribió Owen en una de sus cartas públicas sobre la beneficencia para los pobres, que apareció en la prensa de Londres en el verano de 1817- porque sabe que no tengo intención de ofenderle personalmente. Es de todos conocido que su disposición es apacible y amable...” Esto se publicó 15 días antes de la sublevación de Pentridge y del desenmascaramiento de Oliver.

El plan olía a Malthus y a aquellos rigurosos experimentos de magistrados (como los que extrañamente se denominaban “Reformadores de Nottingham”) que estaban ya elaborando el plan de Chadwick de beneficencia económica mediante asilos para pobres. Incluso en el caso de que Owen (como algunos de los radicales estaban deseosos de aceptar) estuviese profunda y seriamente consternado por la miseria del pueblo, su plan sería orientado en esta dirección si el gobierno lo adoptaba. A Cobbett se le había acusado con demasiada facilidad de tener “prejuicios al denunciar los “pueblos de Cooperación” de Owen como “paralelogramos de pobres”. No sólo le sabían a “reconfortante sistema” de protección y caridad que detestaba, sino que probablemente su instinto era certero en cuanto que si las ideas de Owen *hubiesen* sido adoptadas por las autoridades en 1817, probablemente hubiesen dado lugar a una extensión de “empleo productivo” dentro del sistema de asilos. Pero Cobbett sólo estaba expresando la respuesta radical general. Las instituciones que proponía (escribía Sherwin) serían “cárceles”, “una comunidad de vasallos”:

Creo que el objetivo del señor Owen es cubrir la superficie del país de asilos para pobres, erigir una comunidad de esclavos, y en consecuencia hacer que la parte trabajadora de la población quede absolutamente dependiente de los propietarios.¹¹⁰

¹¹⁰ *Political Register de Sherwin* (26 de abril, 9 de agosto, 20 de septiembre de 1817).

Cuando Owen intentó interesar a los dirigentes radicales en sus propuestas, en una populosa reunión celebrada en la Taberna de la *City* de Londres, uno detrás de otro los líderes radicales -Cartwright, Wooler, Alderman, Waithman- se opusieron en términos similares. Cuando Gale Jones sugirió que el plan al menos merecía ser examinado, le hicieron callar a gritos y le acusaron de apostasía.¹¹¹

El debate sólo sirvió para poner de manifiesto la debilidad de ambos bandos. Por una parte, Owen tenía un vacío en su mente donde la mayoría de hombres tienen respuestas políticas. Una parte del *New View* estaba dedicada al príncipe regente, la otra a Wilberforce. Quince años más tarde su documento, *Crisis*, navegaba apaciblemente por las aguas de 1831 y 1832, cargado de informes sobre congresos cooperativos y almacenes comerciales en Slaithwaite, sin darse cuenta de que el país estaba *de hecho* en una situación de crisis revolucionaria. Este vacío, sin embargo, tenía sus aspectos simpáticos: cuando al señor Owen se le ocurrió que la realeza era una institución irracional y que los obispos eran un tributo costoso e innecesario a la ignorancia gótica, no dudó ni un minuto en decírselo a los interesados de aquel momento, con la seguridad de que se darían cuenta de que no pretendía infligir “ninguna ofensa personal” y se liquidarían debidamente ellos mismos sometidos a la persuasión racional. Pero esto apenas era atractivo para los “viejos radicales” de 1817. Los puntos flacos de éstos, por otra parte, consistían en una falta de cualquier tipo de teoría social constructiva, en cuyo lugar se utilizaba una retórica que atribuía todos los males a los impuestos y las sinecuras y según la cual todo se remediaba mediante la reforma.

La respuesta de Hazlitt a la *New View* fue la más compleja, y nos muestra al contusionado jacobino que había en él luchando contra el peso de - Burke: “¿Por qué el señor Owen pone la palabra “Nuevo” en *black-letter* en el encabezamiento del anuncio de su plan de reforma?” “La doctrina de la Generosidad Universal, la creencia en la Omnipotencia de la Verdad, y en la Perfectibilidad de la Naturaleza Humana no son nuevas, sino “Viejas, viejas”, Maestro Robert Owen”:

¿No sabe el señor Owen que el mismo plan, los mismos principios, la misma filosofía de motivos y de acciones ... de virtud y felicidad, fueron muy comunes en el año 1793, fueron divulgados entonces, fueron pregonados a los cuatro vientos, fueron susurrados

¹¹¹ Véase *Independent Whig* (24 de agosto de 1817). Los únicos periódicos radicales que parecen haber prestado una atención favorable a Owen en los años 1817-1819 fueron el *People*, con una corta existencia, y el *Independent Whig* que envió un corresponsal a *New Lanark*.

en secreto, fueron publicados en cuarto y doceavo, en tratados políticos, en obras de teatro, poemas, canciones y romances; sepaseaban por los tribunales, se deslizaban sigilosamente en la iglesia, subían ala tribuna, vaciaban las aulas de las universidades ... que esas “Nuevas Visiones de la Sociedad” penetraron en los corazones de los poetas y en los cerebros de los metafísicos, se apoderaron de los sueños de los muchachos y las mujeres, y trastornaron las cabezas de casi todo el reino; pero que hubo una cabeza de la que jamás se apoderaron y que volvió a poner al revés todas las cabezas del reino de nuevo ...?

Rechazada de este modo (se burlaba Hazlitt) parece que filosofía hubiese sido expulsada del país,

y obligada a refugiarse y situarse cómodamente durante veinte años en las fábricas de New Lanark, con el consentimiento del benemérito propietario, entre la estopa y los husos; desde donde nos da a entender que volverá a la escalera de Whitehall, como una marea viva en tiempo de luna llena, y flotando sobre la sangre que se ha derramado para la restauración de los Borbones, bajo el patrocinio de la nobleza, la *gentry*, el señor Wilberforce y el Príncipe Regente, y todos los gobernados, al igual que los grandes personajes, ¡sin otro principio que la verdad y ningún otro deseo que el bien de la humanidad! No conseguirán engañarnos; somos gatos demasiado viejos para que nos tomen el pelo ...

La perspicacia de Hazlitt es extremadamente aguda. Ya que, en verdad, Owen no fue el primero de los teóricos socialistas modernos (Hodgskin estuvo mucho más cerca de serlo) sino uno de los últimos racionalistas del siglo XVIII; en realidad, era un Godwin, procedente ahora de New Lanark para reclamar la presidencia del comité de directores de la Revolución industrial. Con su nuevo disfraz, de hombre práctico y con mucho éxito, tuvo entrada allí donde los viejos filósofos eran vilipendiados y rechazados. “Un hombre que procede directamente de las orillas del Clyde adquiere una fuerza de proyectil que lo hace irresistible:

Tiene acceso, opinamos, a los que tienen un cargo, a los miembros del parlamento, a los lores y los *gentleman* Viene... para derribar a palos todos sus efectivos, viejos o nuevos, de la iglesia o el estado... y entra tranquilamente en sus cámaras con las credenciales en el bolsillo, y hace que se resignen a la construcción de innumerables Casas de la Industria en lugar de sus actuales sinecuras...

“No deseamos -seguía Hazlitt- que altere su tono.” Pero a continuación profetizaba, con extraordinaria precisión, algunas de las consecuencias, si no lo hacía:

Sus proyectos se toleran tanto, porque son remotos, visionarios e inaplicables. Ni el gran mundo ni el mundo en general se preocupan en absoluto por New Lanark, no les importa si allí los obreros se acuestan borrachos o sobrios, o si las muchachas tienen hijos antes o después de la ceremonia matrimonial. Lanark está lejos, Lanark es insignificante.

A nuestros estadistas no les asusta el sistema de reforma perfecto del que habla y, mientras tanto, su decantamiento contrario a la reforma en el parlamento... les sirve como desviación práctica en su favor. Pero dejad que el bien que el señor Owen afirma que ha hecho en un pueblo pobre corra el peligro de generalizarse... y sus sueños de elevado mecenazgo se desvanecerán.... Dejad simplemente que su "Nueva Visión de la Sociedad" consiga tantos adeptos como la Investigación relativa a la Justicia Política", y veremos cómo cambia la marea. ... Se le señalará como jacobino, como *leveller* como incendiario por toda partes de los tres reinos; sus amigos le evitarán y será objeto de burla para su enemigos... y descubrirá que hacer comprender a la humanidad sus propio: intereses, o hacer que aquellos que les gobiernan se preocupen por el interés de alguien excepto ellos mismos, es una tarea mucho más difícil y arriesgada de lo que se podía imaginar.¹¹²

La cualidad de Owen que sus protectores descubrieron con consternación (y que Hazlitt captó de algún modo) fue la de un absoluto entusiasmo propagandista. Creía, al igual que Carlile, en la multiplicación de la "razón" por medio de su difusión. Gastó su pequeña fortuna enviando por correo sus escritos a hombres influyentes de todo al país; y una fortuna todavía mayor en las comunidades experimentales. Hacia 1819 sus mecenas se habían cansado de él, y él a su vez se dirigía cada vez más particularmente a la clase obrera. Durante largo tiempo había sostenido que los obreros eran criaturas de las circunstancias; deploraba su "grosera ferocidad de carácter" y se tiene la sensación de que (al igual que Shaw) su principal razón para ser socialista era el deseo de que aquéllos fuesen abolidos. Pero en este punto se produce un giro en su pensamiento, que tuvo grandes consecuencias. Si los obreros eran criaturas de las circunstancias, lo mismo ocurría -este pensamiento pudo ocurrírsele mientras paseaba por el parque después de una entrevista poco satisfactoria- con lord Sidmouth y el arzobispo. Este pensamiento lo comunicó en una proclama dirigida a las clases trabajadoras (1819):

¹¹² *Examiner* (4 de agosto de 1816); véase *Works*, VII, pp. 97 y ss.

Desde la infancia, se ... os ha enseñado a despreciar y a odiar a aquellos que se diferencian de vosotros en sus modales, su lenguaje y sus sentimientos.... Estos sentimientos de odio deben alejarse de vosotros antes de que cualquier ser que lleve en el corazón vuestros auténticos intereses pueda poner poder en vuestras manos. ... Entonces os daréis clara cuenta de que no existe ningún fundamento racional para el odio. ... Una infinita multitud de circunstancias, sobre las cuales no tenéis el más mínimo control, os han situado donde estáis. ... Del mismo modo, otros de vuestros semejantes han sido formados por las circunstancias, también incontrolables para ellos, para convertirse en vuestros enemigos y crueles opresores.... Por muy espléndido que pueda parecer su exterior, este estado de la cuestión a menudo les hace sufrir de forma incluso más aguda que vosotros.... Mientras vuestra conducta muestre cualquier deseo de desposeerlos de manera violenta de este poder, estos emolumentos y privilegios, ¿no es evidente que ellos deberán seguir mirándolos con sentimientos de recelo y hostilidad..?

“Los ricos y los pobres, los gobernantes y los gobernados tienen, en realidad, un solo interés”, formar una nueva sociedad cooperativa. Pero los ricos, igual que los pobres, al ser criaturas de las circunstancias, eran incapaces de darse cuenta de sus verdaderos intereses. (La “súbita potente iluminación” gracias a los escritos de Owen corría el peligro de destruir sus “incipientes capacidades de visión”.) Los obreros (o aquellos de entre ellos que hubiesen vislumbrado la luz de la razón) deberían desvincularse de los conflictos de clase. “Esta lucha irracional e inútil debe cesar” y, la *avant garde* (estableciendo comunidades modelo y mediante la propaganda) debería abrir una senda gracias a la cual la población obrera pudiera simplemente *conjurar* los derechos de propiedad y el poder de los ricos.¹¹³

Por muy admirable que fuese Owen como hombre, era un pensador absurdo, y aunque tenía el valor de los excéntricos, era un dirigente político dañino. De los teóricos del owenismo Thompson es más sensato y desafiante, mientras que Gray, Pare, el doctor King y otros tenían un sentido de la realidad más firme. En sus escritos no se percibe el más mínimo sentido de los procesos dialécticos de cambio social, de “práctica revolucionaria”:

La doctrina materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y la educación y de que, por lo tanto, unos hombres transformados son producto de otras circunstancias y de una educación transformada, olvida que precisamente son los hombres quienes transforman las circunstancias y que el educador debe, él mismo, ser

¹¹³ Véase Owen, *op. cit.*, pp. 148-155.

educado. De ahí que esta doctrina llegue necesariamente a dividir la sociedad en dos partes, de las cuales una descuella por encima de la sociedad (por ejemplo, en el caso de Robert Owen)...

Así rezaba la tercera tesis de Marx sobre Ludwig Feuerbach. Si el carácter social (tal como Owen sostenía) era el producto involuntario de “una infinita multiplicidad de circunstancias”, ¿cómo se podía cambiar? Una respuesta recaía en la educación, en la que se puede observar una de las influencias más creativas de la tradición owenita. Pero Owen sabía que hasta que las “circunstancias” cambiasen no podría tener acceso a la instrucción de una generación. La respuesta debía recaer por lo tanto en el cambio súbito de disposición, el salto milenarista. El mismo rigor de su materialismo mecánico y ambientalista significaba que o bien debía desesperar o debía proclamar un milenarismo secular.

El señor Owen, el filántropo, puso sobre sus espaldas el manto de Joanna Southcott. No sólo Hazlitt, sino otros de sus contemporáneos percibieron el tono del *ranter*. Un escritor del *Register* de Sherwin le comparaba con Joanna, que

engañó a miles en aquel momento, diciéndoles que estaba cercano el momento en que Silo iba a venir al mundo; un Príncipe de la Paz bajo cuyo estandarte se iban a unir a todas las naciones de la tierra; diciéndoles que... las espadas se convertirían en arados.¹¹⁴

También Engels y Marx le examinaron, y la divulgación reciente de su descubrimiento en círculos académicos no es original.¹¹⁵ Owen prometía, en 1820, “*hacer que brotara la prosperidad en el país*”, y en sus comunidades ofrecía nada menos que el “paraíso”. Hacia 1820 se formó una sociedad owenita en la metrópoli, y el folleto que anunciaba su periódico, el *Economist*, declaraba: “¡La abundancia se extenderá por el país! ¡Aumentará el conocimiento! ¡Florecerá la virtud! La felicidad será reconocida, asegurada y disfrutada.” Owen utilizaba a menudo analogías sacadas del gran avance de las técnicas productivas durante la Revolución industrial: algunos individuos “olvidan que el hecho de que un hombre pueda realizar, con la ayuda de una pequeña máquina de vapor, el trabajo de 1.000 hombres, constituye una invención moderna”. ¿No podrían avanzar al mismo ritmo el conocimiento y el progreso moral?

¹¹⁴ *Political Register de Sherwin* (20 de septiembre de 1817).

¹¹⁵ Véase, sin embargo, el elogioso tributo de Engels hacia Owen en el *AntiDühring*, 1878; Lawrence & Wishart, 1836, pp. 287-292: “un hombre con una simplicidad de carácter casi sublimemente infantil, y al mismo tiempo nacido para ser líder de los trabajadores”.

Sus seguidores adoptaron la misma metáfora: "... la construcción de una gran máquina social y moral, calculada para producir riqueza, conocimiento y felicidad, con una precisión y rapidez sin precedentes... Un corresponsal del *Economist* observaba que "el tono de júbilo y exultación que impregna vuestros escritos es realmente muy contagioso".

Los miembros de la sociedad de Londres eran conscientes "de que sus procedimientos deben ser comparativamente imperfectos, mientras permanezcan en sus viviendas actuales, distantes... unos de otros". Con un entusiasmo que recuerda el de los primeros moravos, adquirieron algunas casas nuevas en Spa Fields (que ya no era un lugar de reunión), con una escuela y un comedor comunes. Las páginas del *Economist* y otros primitivos periódicos estaban llenas de especulaciones acerca de cómo se podía reunir el capital: si se suponía (extraña suposición) que en la metrópoli había 50.000 familias pertenecientes a las clases trabajadoras, éstas tendrían, si se asociaban, unos ingresos promedio de 50 libras cada una o de 2,5 millones de libras colectivamente. Y cosas por el estilo. Los comunitarios de Orbiston se inscribieron en una "Sociedad de la Revelación Divina". Hacia 1830, cuando Owen, al volver de Norteamérica, se encontró a la cabeza de un movimiento de masas, ese tono mesiánico tenía la fuerza de una religión secular. El primero de mayo de 1833, Owen pronunció una conferencia en el *National Equitable Labour Exchange* "denunciando el Viejo Sistema del Mundo y anunciando el Comienzo del Nuevo". No sólo se desplazarían el móvil del beneficio mediante la cooperación, y los vicios del individualismo mediante las virtudes de la reciprocidad, sino que *todas* las instituciones sociales darían paso a las federaciones de pueblos mixtos agrícolas e industriales:

Desechamos... todas las disposiciones a que han dado lugar los intereses (sectoriales), como son las grandes urbes, las ciudades, los pueblos y las universidades...

En un sistema social racional no puede haber... tribunales de justicia y toda la parafernalia y la locura de la ley...

Hasta entonces el mundo había estado "en una gran oscuridad". Todo el culto ceremonial de un poder desconocido era "mucho peor que inútil". Los matrimonios serían reconocidos como una "unión sólo de tipo afectivo". "El celibato, en ambos sexos, más allá del período designado por la naturaleza, no será ya considerado como una virtud", sino como "un crimen contra la naturaleza". La nueva sociedad ofrecería un equilibrio entre el esfuerzo físico y el intelectual, la diversión y el cultivo de las

capacidades físicas al igual que en Grecia y en Roma. Todos los ciudadanos abandonarían toda ambición, envidia, celos y otros vicios reconocidos: “Por consiguiente, anuncio ahora al mundo el comienzo, en este día, del prometido milenio, fundado en principios racionales y una práctica consecuente.”¹¹⁶

Esta proclamación podría hoy en día alarmar a algunas asociaciones cooperativas de mujeres. También parece, a primera vista, una ideología con pocas probabilidades de ser aceptada por la población trabajadora, cuya experiencia formativa ha sido el tema de este estudio. Y sin embargo, si observamos más de cerca, descubriremos que no fue un delirio psíquico o una “paranoia colectiva” lo que dio lugar a la rápida propagación del owenismo. En primer lugar, el *owenismo* de los últimos años de la década de los veinte hacia adelante era algo muy distinto de las obras y las proclamas de Robert Owen. Sin embargo, la misma imprecisión de sus teorías ofrecía una imagen de un sistema de sociedad alternativo y era lo que las hacía adaptables a distintos grupos de población trabajadora. Los artesanos, tejedores y obreros cualificados seleccionaban aquellas partes de las obras de los owenitas que tenían una relación más estrecha con su propia situación y las modificaban a través de la discusión y la práctica. Si los escritos de Cobbett deben considerarse como una relación con sus lectores, los de Owen deben ser considerados como material ideológico en bruto difundido entre los trabajadores y elaborado por ellos dando lugar a diversos productos.

Los artesanos son el caso más claro. El editor del *Economist* reconoció, en 1821, que pocos de sus lectores se encontraban entre las clases trabajadoras. Pero a partir de una carta circular enviada a la nobleza y a la *gentry*, solicitando protección para sus mercancías, nos hacemos una idea de los primeros miembros de la “Sociedad Económica y Cooperativa” de Londres que establecieron la comunidad de Spa Fields. Se ofrecían para realizar trabajos de talla y sobredorado, botas y zapatos, ferretería (incluyendo parrillas y hornillos), cuchillería, pañería, cosido y confección, ebanistería, venta y encuadernación de libros, dibujos en acuarela y terciopelo y toldos para ventanas con paisajes transparentes. Esto nos sugiere que eran artesanos y artistas que trabajaban por su cuenta, y que eran abundantes en dos de los mayores centros cooperativos: Londres y Birmingham. El espíritu de estos intentos (de los

¹¹⁶ *Economist* (4 de agosto, 20 y 27 de octubre de 1821) *el passim*. Para la proclamación del milenio, he utilizado la descripción añadida a la edición hecha por Bronterre O'Brien de *Buonarrotti's History of Babeuf's Conspiracy of Equals*, 1836, pp. 438-445.

cuales había bastantes, algunos anteriores a Owen) se expresa en una carta enviada al *Economist*:

...si las clases trabajadoras están decididas a emplearse de forma emprendedora, no tienen necesidad de pedir la más mínima ayuda de cualquier otra clase, sino que en ellas mismas tienen... recursos sobrantes.¹¹⁷

Éste no es el tono de Owen. Pero es el tono que hemos encontrado repetidamente al reseguir el radicalismo *político* de los artesanos. El individualismo era sólo una parte de su perspectiva; también eran herederos de largas tradiciones asociativas: las sociedades de socorro mutuo, los clubs de oficios, el templo, los clubs sociales o de lecturas, las sociedades de correspondencia o las *union* políticas. Owen enseñó que el móvil del beneficio era equivocado e innecesario: esto sintonizaba con el sentido de la costumbre y del precio justo del artesano. Owen confirmó la opinión, que también habían sostenido Cobbett, Carlile y Hodgskin, de que el capitalista tenía una función en gran parte parasitaria; “de que el trabajo manual, dirigido de forma apropiada, es la fuente de toda riqueza”; esto sintonizaba con las quejas de los artesanos o pequeños patronos con talleres artesanos contra los contratistas e intermediarios. Owen enseñó que “*la medida natural del trabajo humano*” se debería tomar como “*la medida práctica del valor*”¹¹⁸, y que los productos deberían ser intercambiados según el trabajo incorporado en ellos; esto sintonizaba con la perspectiva del zapatero, el ebanista y el bracero que vivían en el mismo patio de vecinos y en cualquier caso, de vez en cuando, intercambiaban sus servicios.

El germen de la mayor parte de las ideas de Owen se puede ver, por supuesto, en prácticas que son anteriores, o que existen independientemente de sus obras.¹¹⁹ No sólo las sociedades de socorro mutuo extendían, a veces, sus actividades a la construcción de clubs sociales y asilos para ancianos; también existen varios ejemplos de *trade unions* preowenitas que durante las huelgas empleaban a sus propios

¹¹⁷ *Economist* (13 de octubre de 1821, 9 de marzo de 1822). Véase Armytage, *op. cit.*, pp. 92-94, para un breve relato del experimento de Spa Fields.

¹¹⁸ Véase “Report to the County of Lanark” (1820), en Owen, *op. cit.*, especialmente pp. 261-262.

¹¹⁹ Ya en 1796 se había hecho un intento de formar una Sociedad Fraternal Británica, que uniría los recursos de las sociedades de socorro mutuo con formas de organización derivadas de la Sociedad de Correspondencia. Tuvo su origen entre los tejedores de Spitalfields y se proponía pagar subsidios a los viejos y a los desempleados; la sociedad daría empleo a sus miembros que no tuviesen trabajo y pretendía que los productos de los tejedores de seda, los sastres, los zapateros, etc., se intercambiasen unos con otros. Véase Andrew Larcher, *A Remedy for Establishing Universal Peace and Happiness*, Spitalfields, 1795, y *Address to the British Fraternal Society*, 1796.

miembros y vendían el producto.¹²⁰ El artesano iba perdiendo, sólo de forma muy lenta, su situación como trabajador por cuenta propia o como trabajador para varios patronos; y al realizar este o aquel contrato podía reclutar la ayuda de otros artesanos con distintas habilidades. El mercado cubierto, o bazar, con sus centenares de pequeños puestos, era una institución antigua; pero al final de las guerras se abrieron nuevos bazares, que atrajeron la atención de los círculos filantrópicos y owenitas, en donde se alquilaba un tramo de mostrador (por pies de longitud) para una semana, un día e incluso parte de un día. Se buscaba la presencia de todo tipo de mercancías - incluso los artistas podían exponer sus obras.¹²¹ Hacia 1827 se iba a inaugurar un nuevo bazar que actuara como centro de intercambio para los productos realizados por los miembros de los oficios de Londres que no tuviesen empleo: carpinteros, sastres, zapateros y otros que trabajaban con materias compradas con los fondos de las *trade unions*.¹²²

Así pues las *Equitable Labour Exchanges* fundadas en Londres y Birmingham en 1832-1833, con sus vales de trabajo y el intercambio de pequeños productos, no cayeron del cielo gracias a profetas paranoicos. Si hacemos una lista de los productos que se llevaron para intercambiar al Congreso Cooperativo de Liverpool en octubre de 1832, también podremos ver el tipo de gente que acudió. Procedentes de Sheffield, cuchillería y cafeteras; de Leicester, medias y encaje; de Huddersfield, chalecos y manteletas; de Rochdale, franelas. Había pañales de Barnsley, telas de Halifax, zapatos y zuecos de Kendal y estampas de Birkacre. Un orador de la *Equitable Labour Exchange* de Birmingham dijo que la población de aquel distrito “no sabía qué hacer con las grandes cantidades de hierro, latón, acero y lacas japonesas”: ¿por qué no podían intercambiarlas con los algodones del Lancashire y las medias de Leicester? La extensa lista de oficios que propusieron llevar sus mercancías a la lonja de Birmingham incluye (en la “B”) fabricantes de betún, campaneros, fabricantes de escobas, fabricantes de botones y adornos, fabricantes de fuelles, fabricantes de cujas, cesteros. En la “S”^{*} encontramos confeccionadores de sombreros de paja y gorreros, constructores de balanzas, fabricantes de hornillos y parrillas, tejedores de

¹²⁰ Por ejemplo, los Oficiales Fabricantes de Tabaco de Pipa quienes, después de la undécima semana de huelga en el invierno de 1818-1819, empezaron a fabricar directamente en la Maze, Borough: al habernos “procurado una factoría un amigo”. Véase *Gorgon* (6 y 13 de febrero de 1819).

¹²¹ Nightingale, *The Bazaar*, 1816. Se alababa en particular el Nuevo Bazar, en el número 5 de la plaza del Soho, que se había abierto aquel año; también se mencionaba un Bazar Beehive, de Holborn.

¹²² *Cooperative Magazine*, 1827, pp. 230-231, citado en S. Pollard, “Nineteenth-Century Cooperation; from Community Building to Shopkeeping”, *Essays in Labour History*, p. 87.

* Lógicamente, en el original inglés los oficios de la primera parte empiezan por B y los de la segunda parte por S. (*N. de la t.*)

seda, herreros y hojalateros y papeleros. No hay (y difícilmente podía haber) caldereros, trabajadores de los altos hornos o constructores, carpinteros de navío o hilanderos de algodón, mineros o mecánicos.¹²³

La lista incluye no sólo a los patronos con pequeños talleres y a los artesanos, sino también a trabajadores a domicilio. A medida que su situación (la de tejedores y calceteros) se volvía más desesperada, el owenismo era sólo una de las soluciones a las que se agarraron en la década de los treinta. El atractivo de la bolsa de trabajo no fue tan inmediato en las cercanías de Huddersfield o Burnley, por la razón evidente de que en los distritos en que el producto principal era el tejido y donde había cientos de semiempleados o empleados con sueldos de hambre en la producción de los mismos productos, no existía un mercado claro. De ahí que los del norte se viesan impulsados, en el primer momento, a pensar en un plan nacional de cooperación. “Si nuestros amigos de Birmingham se comprometen a vestirse con nuestras telas”, escribió un cooperador de Halifax:

Nosotros nos comprometeremos a cortar nuestro cordero y nuestro budín (cuando podamos comernos alguno) con sus cuchillos y tenedores, y a tomarnos la sopa y las gachas de avena con sus cucharas; y si nuestros hermanos de Londres hacen lo mismo nos pondremos, tan pronto como sea posible, sus pañuelos de seda alrededor del cuello.¹²⁴

El Lancashire y el Yorkshire son los lugares donde encontramos un desarrollo más rápido de una *teoría general* de un “sistema” nuevo, según el cual era posible a nivel nacional un intercambio equitativo, y también encontramos algunos de los apoyos más fuertes y prácticos a los experimentos “utópicos” de construcción de comunidades. *La Association for the Promotion of Cooperative Knowledge* de Manchester y Salford, fundada en 1830, recibió un apoyo inmediato. Los tejedores esperaban encontrar en la cooperación la fuerza necesaria para competir con el telar mecánico. Una de las grandes causas de los males sociales, escribió el *United Trades' Co-operative Journal*, era

la errónea organización de nuestros asuntos domésticos, sociales y comerciales debido a lo cual se ha hecho que la maquinaria compita con Y contra el trabajo humano en lugar de colaborar con él.

¹²³ *Crisis* (30 de junio, 27 de octubre, 8 y 15 de diciembre de 1832).

¹²⁴ Lancashire and Yorkshire Cooperator, N.º 2 (fecha sin identificar).

“Podemos deducir enteramente que todos los sufrimientos que afligen a la sociedad se deben en su mayor parte a la injusta distribución de la riqueza”, escribía el *Lancashire and Yorkshire Co-operator*.¹²⁵ En aquellos distritos, con sus largas tradiciones de sindicalismo y ayuda mutua, la cooperación ofrecía un movimiento en el que podían trabajar juntos racionalistas y cristianos, radicales y gentes políticamente neutrales. El movimiento reunía también las tradiciones de superación personal y esfuerzo educativo, ya que proporcionaba salones de lectura, escuelas y conferenciantes itinerantes. Hacia el año 1832 existían quizá 500 sociedades cooperativas en todo el país, que tenían al menos 20.000 miembros.¹²⁶

Mientras Owen (algo contusionado, a pesar de su optimismo, por los fracasos de Orbiston y Nueva Armonía) esperaba grandes donaciones de capital antes de arriesgarse a emprender nuevos experimentos, los cooperadores de multitud de centros, desde Brighton a Bacup, estaban impacientes por establecerse inmediatamente con sus propios esfuerzos. En el congreso de Liverpool de 1832 las actas reflejan el contraste entre largas arengas evangelizadoras e intervenciones como ésta:

El señor Wilson, delegado de Halifax, afirmó que en mayo de 1829, él y otras ocho personas pusieron un chelín cada una, y... empezaron su negocio en una pequeña habitación de una trastienda. Su número había aumentado; ahora ... tenían reunidas 240 libras y habían empezado a encontrar trabajo para algunos de sus miembros. (*¡Muy bien, bien!*)¹²⁷

Esta yuxtaposición del pequeño almacén y el plan milenarista forma parte de la esencia de la disposición cooperativa entre los años 1829 y 1834. (También la encontramos en la diversidad de quejas particulares y organizaciones que, durante un breve período, mantuvieron el edificio del *Grand National Consolidated Trades Union*.)

En el vecindario de Huddersfield y Halifax, donde tan rápidamente se extendió la cooperación entre los tejedores, había la esperanza de que el almacén pudiese comprar la trama y la urdimbre para el tejedor y luego vender el producto, provocando

¹²⁵ (6 de marzo de 1830; 26 de noviembre de 1831). Véase A. E. Musson, “The Ideology of Early Cooperation in Lancashire and Cheshire”, *Transactions Lanls. & Cheshire Antiq. Soc.*, 1957, LXVII

¹²⁶ S. Pollard, *op. cit.*, p. 86.

¹²⁷ *Crisis* (27 de octubre de 1832).

de este modo un corte en el circuito de los patronos. Los cooperadores podían también acumular el capital para emplear a los miembros en paro, estableciendo una cuota de un penique a la semana. Pero la mayor parte de estos móviles pueden expresarse mejor citando los estatutos de una sociedad que se fundó en 1832 en Ripponden, pueblo tejedor de los Peninos:

Debido a los asombrosos cambios que en el curso de unos años se han producido para las clases trabajadoras... debido a la competencia y al desarrollo de la maquinaria que reemplaza a la mano de obra, junto con otras varias causas, sobre las cuales, todavía, las clases trabajadoras no tienen control; las inteligencias de los pensadores se han perdido en un laberinto de ideas acerca de qué plan se podría adoptar para mejorar, si es posible, sus condiciones...

Con el crecimiento del capital las clases trabajadoras pueden mejorar su situación sólo si se *unen* y arriman el hombro al trabajo; por unirse no entendemos huelgas y manifestaciones por los salarios, sino esforzarse, como hombres de una sola familia, para empezar a trabajar por nuestra cuenta....

El plan de cooperación que aconsejamos al público no es un plan visionario, sino que se está siguiendo en diversas partes del Reino; todos vivimos del producto de la tierra e intercambiamos trabajo por trabajo, que es el objetivo de todas las Sociedades Cooperativas: Nosotros obreros hacemos todo el trabajo y producimos todas las comodidades de la vida; ¿por qué entonces no deberíamos trabajar por nuestra cuenta y esforzarnos para mejorar nuestras condiciones de vida?

Principios Fundamentales

Primero. Que el trabajo es la fuente de toda riqueza; en consecuencia las clases trabajadoras han creado toda la riqueza.

Segundo. Que las -clases trabajadoras, aunque son las productoras de la riqueza, en lugar de ser la más ricas, son las más pobres de la comunidad; por lo tanto, no están recibiendo una justa recompensa por su trabajo.

Entre los objetivos de la sociedad estaban la protección mutua de todos los miembros contra la pobreza y el “logro de la independencia por medio de un capital común”. Los medios para obtener estos objetivos incluían una cuota semanal para un fondo común, el empleo del capital en el comercio, el empleo de sus miembros “según permitan las circunstancias”, y

Finalmente. Viviendo en comunidad unos con otros, según los principios de la cooperación mutua, la unión de los bienes, la igualdad de esfuerzos y de los medios de disfrute.¹²⁸

No se trata simplemente de la traslación de las doctrinas de Owen al contexto de un pueblo de tejedores. Las ideas se han conformado laboriosamente en los términos de la experiencia de los tejedores; los acentos han cambiado; en lugar de la estridencia mesiánica, hay esta simple pregunta: ¿por qué no? Uno de los pequeños periódicos cooperativos se llamaba acertadamente *Common Sense* y ponía el acento en las “Asociaciones Comerciales”:

El objetivo de una Asociación Comercial resumido es el siguiente: abastecer a sus miembros de la mayor parte de los artículos de alimentación de consumo cotidiano, y acumular un fondo con el propósito de arrendar una tierra de cultivo y formar acto seguido una comunidad cooperativa.

Una cantidad semanal procedente de los salarios podía utilizarse para adquisición al por mayor de té, azúcar, pan o harina de avena.¹²⁹ Desde Brighton el *Co-operator* del doctor King era partidario de esto con más venta al por menor.¹³⁰ La idea sintonizaba con otras necesidades: la necesidad de escapar de los “*tommy shops*” o del acaparador; la necesidad de comprar más baratos los alimentos básicos y librarse de la adulteración delictiva que era moneda demasiado corriente: la harina mezclada con “yeso de París, huesos quemados y una sustancia terrosa ... llamada Blanco del Derbyshire”.¹³¹

Pero esta idea también tenía atractivo para los obreros cualificados y organizados de las industrias mayores, cuyo acercamiento al owenismo era más circunspecto. En 1825, el *Trades Newspaper* publicaba algunas notas sobre Orbiston, pero los planes de Owen para las comunidades se consideraban “impracticables debido a que al hombre libre por nacimiento e independiente no podía gustarle que le

¹²⁸ J. H. Priestley, *History of Ripponden Co-operative Society*, Halifax, 1932, cap. 1. No está claro si estas normas datan de 1833 o 1839.

¹²⁹ *Common Sense* (11 de diciembre de 1830).

¹³⁰ Véase S. Pollard, Dr. *William King*, Loughborough Co-operative College Papers, 6, 1959.

¹³¹ *Trades Newspaper* (31 de julio de 1825). Para los molinos de grano cuasicooperativos fundados como consecuencia de la situación cercana al hambre de 1795, véase G. J. Holyoake, *Self Help A Hundred Years Ago*, 1891, cap. 11, y J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, II, pp. 157-160. En algunos manuscritos “Notes and Observations on Cooperative Societies” Lovett señala que había muchas sociedades, en especial grupos de consumidores, durante las guerras, y menciona a los tejedores de Spitalfields Weavers; Add. MSS., 27, 791 ss., 245, 258.

dijesen qué debía comer... y qué debía hacer.¹³² Además, la misma idea de alcanzar una independencia económica, que era atractiva para algunos artesanos con pequeños talleres y algunos trabajadores a domicilio, presentaba un problema para el carpintero de navío o el obrero de la industria a gran escala: ¿qué utilidad tenía para él un Pueblo de Cooperación?

A fines de la década de los veinte, sin embargo, Gast se había declarado en favor del owenismo.¹³³ Más importante fue la adhesión de los hilanderos de algodón de Manchester después de seis meses de huelga en 1829. Doherty fue pionero, en 1830, de la *National Association for the Protection of Labour*, cuyo órgano, el *United Trades Co-operative Journal*, pronto se convirtió en *Voice of the People*. Poco después de esto, otro grupo de obreros cualificados, la *union* de los constructores, cuyos productos posiblemente no podían ser llevados a la *Equitable Labour Exchange*, puso rumbo hacia el que sería el mayor de todos los experimentos de acción cooperativa directa. ¿En qué consistía la diferencia?

Una respuesta podría ser simplemente que hacia fines de la década de los veinte una u otra variante de la teoría cooperativa o de la teoría económica “laborista” se había apoderado de la plana mayor del movimiento de la clase obrera. Cobbett no ofrecía ninguna teoría coherente. El individualismo de Carlile era repelente. Hodgskin, por deducción, apuntaba hacia la teoría socialista madura, pero sus análisis se detenían antes de alcanzar aquel punto, y en cualquier caso era compatible con la teoría cooperativa, como mostró William Thompson. La propaganda racionalista de la década anterior había sido eficaz, pero también había sido estrecha y negativa, y había dado lugar a un ansia de doctrina moral positiva, que el mesianismo de Owen colmó. La imprecisión de pensamiento de Owen permitió que dentro del movimiento coexistiesen diferentes tendencias intelectuales. Y debemos insistir de nuevo en que el owenismo fue más sensato, y más vigoroso, en términos intelectuales, que el pensamiento de su maestro. Para los obreros cualificados, el movimiento que empezó a configurarse en 1830 parecía por fin dar cuerpo a su antigua aspiración: un sindicalismo general de ámbito nacional. Desde la *Philanthropic Hercules* de 1818 hasta el grupo de presión de las *Combination Acts* de 1825, se habían tendido muchas manos para conseguir la unidad de acción. Durante el verano y el otoño de 1825 el *Trades Newspaper* informó sobre cada una de las fases de la huelga de los

¹³² *Ibid.* (14 de agosto de 1825).

¹³³ Véase, por ejemplo, *Crisis* (17 de noviembre de 1832).

cardadores de lana de Bradford y sobre el apoyo que recibía a raudales de todas las zonas del país. Declaraba con énfasis: “Son todos los obreros de Inglaterra contra unos pocos patronos de Bradford.”¹³⁴

Del fracaso de la huelga de los hilanderos de algodón, en 1829, Doherty extrajo otra lección: “Se demostró entonces que ningún oficio por sí solo podía resistir contra los esfuerzos combinados de los patronos de aquel oficio determinado: se intentaba por lo tanto coordinar todos los oficios.”¹³⁵ Uno de los resultados fue la formación de los *Operative Spinners of England, Ireland and Scotland*, cuya primera conferencia, en la isla de Man en diciembre de 1829, puso de manifiesto un impresionante intento de superar las complejidades organizativas de una organización unitaria en tres zonas dispares.¹³⁶ Sobre estas bases, la *National Association for the Protection of Labour* reunió durante un breve período de tiempo a obreros textiles laneros, obreros manuales, alfareros, mineros, constructores y muchos otros oficios;

pero después de haberse extendido unas cien millas alrededor de esta ciudad (Manchester) le sobrevino una fatalidad que casi amenazó su existencia.¹³⁷

La “fatalidad” tuvo su origen en las divisiones y los celos en el seno de los propios obreros hilanderos; divisiones excesivas o prematuras de los fondos de huelga de la asociación; y el intento imprudente, por parte de Doherty, de trasladar la oficina del *Voice of the People* a Londres. Pero a pesar de su fracaso, la asociación nacional aportó nuevos matices a la idea de cooperación; y aunque el movimiento de Manchester entró en una fase de recriminaciones, el movimiento siguió floreciendo en las Potteries y en el Yorkshire.¹³⁸ Quizá Doherty intentó llevar el movimiento hacia adelante de forma demasiado precipitada, pero en la creciente popularidad de las ideas owenitas percibió acertadamente la existencia de un medio para reunir a todos los obreros organizados del país en un movimiento común. Desde aquel momento en

¹³⁴ *Trades Newspapers* (11 de septiembre de 1825).

¹³⁵ Hammonds, *The Town Labourer*, p. 312.

¹³⁶ Report of the Proceedings of a Delegate Meeting of Cotton Spinners &c. Manchester, 1830.

¹³⁷ *Union Pilot and Co-operative Intelligence* (24 de marzo de 1832).

¹³⁸ Véase *Poor Man's Advocate de Doherty* (21 de enero de 1832): “La dirección [de la Asociación] ha pasado a manos de obreros enérgicos e inteligentes del Yorkshire; con quienes creemos que se evitará aquel espíritu de celos y de facción que, en gran medida, neutralizó la mejor influencia de la Asociación en esta zona.”

adelante, la historia del owenismo y del sindicalismo general pueden tomarse como un conjunto.¹³⁹

Las comunidades experimentales fracasaron, aunque una o dos -como la de Ralahine- tuvieron un éxito parcial. Mientras las empresas más ambiciosas, como la de los constructores, se derrumbaban, algunas de las empresas cooperativas menores seguían de hecho avanzando con dificultades. La mayor parte de las sociedades y tiendas de los primeros años de la década de los treinta se hundieron, sólo para volver a reaparecer unos pocos años más tarde, según el modelo de Rochdale. La bolsa de trabajo o bazar, situada en Gray's Inn Road, era una confusión espectacular. Y sin embargo no hay nada que sea inexplicable en el fermento owenita. Hemos visto de qué modo los artesanos, los trabajadores a domicilio y los sindicalistas, todos tenían un lugar dentro de él. Sus elementos milenarios más inestables procedían en gran medida de dos fuentes: los bienhechores y los muy pobres. Por lo que a la primera se refiere, el owenismo (puesto que declaraba no ser una doctrina del conflicto de clase o la expropiación) atrajo en cierta cantidad a *gentlemen* filántropos y a clérigos: godwinianos, cuáqueros, intelectuales rebeldes y chiflados. Algunos de ellos, como el doctor King y, más señaladamente, William Thompson, el terrateniente irlandés y autor de *Inquiry into the Distribution of Wealth* (1824), *Labour Rewarded* (1827), y (junto con Anna Wheeler) *An Appeal of One-Half of the Human Race, Women, against the Pretensions of the Other Half Men, to retain them in Political and thence in Civil and Domestic Slavery* (1825), enriquecieron muchísimo el movimiento. Otros dieron dinero sin el cual no se hubiesen podido llevar a cabo los experimentos. Sin embargo, en la mayoría de las comunidades está la figura de uno o más *gentlemen* chiflados, cuya inexperiencia en la práctica de cualquier colectividad, y cuyo experimentalismo utópico, enfurecían a los artesanos owenitas. Declarar que los hombres debían construir un nuevo sistema social era una cosa, y declarar que los hombres podían hacer cualquier tipo de sistema nuevo que quisiesen era otra. Un artesano socialista, Allen Davenport, que había sido spenceano, nos dejó una descripción un tanto sardónica de la bolsa de trabajo de Londres:

El espíritu del público quedaba completamente electrizado por este movimiento nuevo y extraordinario.... La gran sala de reunión, instalada originariamente en el estilo más elegante... el techo tenía unos magníficos relieves y las partes ornamentales estaban

¹³⁹ Véase especialmente G. D. H. Cole, *Attempts at General Union; Postage, The Builder's Union*, caps. 3 al 5; W. H. Warburton, *History of T. U. Organization in the Potteries*, 1931, caps. 2 al 4. Algunos detalles de la "fatalidad" que persiguió la NAPL se encuentran en D. Caradog Morris, "The History of the Labour Movement in England, 1825-1851", fotocopia de la tesis doctoral, Londres, 1952.

ricamente sobredoradas; y tenía una capacidad suficiente para dos mil individuos. Pero esto, no era suficiente para satisfacer las ideas de belleza del señor Owen. Se construyó una plataforma elevada, en la que se situó un espléndido y majestuoso órgano.... Las noches de fiesta... se iluminaban las avenidas con gran brillantez con... costosas lámparas griegas. Se tocaban diez o doce instrumentos musicales; y las señoras y los caballeros cantaban las tonadas más dulces. ...

Las fiestas se inauguraban con una lectura corta sobre los temas del amor social, la caridad universal y las ventajas de la cooperación. ... A la lectura seguía un concierto, y al concierto un baile. ...

Mientras tanto todas las avenidas de la Bolsa, durante toda la semana, estaban literalmente bloqueadas por las muchedumbres de gentes que se reunían constantemente, algunas atraídas por la novedad de la institución, algunas para ver cómo progresaba...; algunas para hacer depósitos e intercambios.... Pero ¡ay! pronto se descubrió que los hermosos vales de trabajo... no se podían poner de ningún modo en la circulación general, debido a lo cual falló el abastecimiento de provisiones y el resultado de uno de los movimientos más extraordinarios que jamás se había intentado en este o en cualquier otro país fue el completo fracaso. Con todo, los principios en los que se fundamentaba el sistema siguen siendo irreprochables y se deberían mantener en la memoria pública...

El Owen de este relato es el Owen que Peacock ridiculizaba en *Crotchet Castle*. Demasiadas aventuras owenitas se excedían a sí mismas y acababan en esta especie de confusión, despilfarro, buenas intenciones y pésima planificación. Owen era el mayor propagandista del owenismo, pero también era uno de sus peores enemigos. Si la bolsa de trabajo se hubiese dejado en manos de hombres como Lovett, el resultado podría haber sido distinto.¹⁴⁰

El otro aspecto de esa inestabilidad milenaria procedía, de forma más directa, del milenarismo de los pobres. Al igual que en la época de la Revolución francesa, se produce un resurgimiento de los movimientos mesiánicos durante el entusiasmo de la agitación del proyecto de ley de reforma y sus secuelas. Seguían existiendo muchos vástagos del movimiento southcottiano, cuyas sectas tomaban ahora formas

¹⁴⁰ Para Thompson, véase R. Pankhurst, *William Thompson*, 1954. Para descripciones de la Bolsa de Trabajo, véase R. Podmore, *Robert Owen*, 1906, II; G. D. H. Cole, *Life of Robert Owen*, 1930, pp. 260-266, y Lovett, *op. cit.*, II, pp. 43. El relato de Davenport se encuentra en *National Cooperative Leader* (15 de marzo de 1861).

peculiares y pervertidas¹⁴¹ que quizá requieren más atención por parte del psiquiatra que del historiador. Pero deben señalarse tres ejemplos de esta inestabilidad milenaria que se prolonga.

El primero es el enorme séquito que entre los años 1829 y 1836 consiguió un zapatero lisiado, "Zion" Ward, uno de los herederos del manto de Joanna. Ward, que había sido con anterioridad un metodista entusiasta, se había convencido a sí mismo mediante acrobacias alegóricas de que era "Silo", cuyo nacimiento la anciana Joanna había ya anunciado. Poco tiempo después, llegó a creer que era Cristo (y había sido antes Satanás), y que toda la Biblia era una profecía alegórica de su anunciación. (La historia de la vida de Cristo en el Nuevo Testamento era falsa; si el redentor había venido, "¿por qué no se ha redimido el hombre?") Lo que era insólito en la paranoia de Ward (aparte de su solipsismo surrealista) era, en primer lugar, que la reforzaba con argumentos sacados de Carlile y los deístas; y, en segundo lugar, que dirigía su llamada mesiánica hacia la dinámica del radicalismo. Su séquito creció en Southwark, Hackney, Walworth; en Chatham, Nottingham, Birmingham, Derby, Chesterfield y Leeds; muchos de esos lugares habían sido baluartes southcottianos. En Barnsley provocó un estruendoso aplauso cuando lanzó un ataque contra todo el clero "que desde el arzobispo hasta el último son personas perjuras y los Falsos Profetas que la Biblia menciona". Esta fue, cada vez más, la tónica de sus profecías: "¡Descubrid los malos oficios de los curas! ¡Preparad su destrucción!" El rey debe "acabar con los enormes salarios de los obispos y gastar el dinero para el bienestar público". Publicaba un semanario, *The Judgement Seat of Christ*, quizá la única ocasión en que se ha atribuido a Cristo la dirección editorial, semana tras semana, de un periódico popular. Durante el verano de 1831, reunió enormes masas de público en sus conferencias, llenando a menudo las 2.000 plazas de la Rotunda de Carlile:

"N.B. Las obras del Mesías se venden en ... Rotunda, calle Blackfriars. Prédica en Rotunda, los jueves por la tarde a las 7.30 y los domingos por la tarde a las 3." A principios de 1832 le declararon culpable de blasfemia en Derby ("Los Obispos y el Clero son Impostores Religiosos, y como tales están expuestos, por la Ley Inglesa, a Castigos Corporales": ¿no se trata, ciertamente, de un terreno demasiado peligroso para ponerlo a discusión?) y le encarcelaron durante dos años junto con un

¹⁴¹ Véase T. Fielden, *An Exposition of the Fallacies and Absurdities of that Deluded Church generally known as Christian Israelites or "Johannas" ...*, 1850, para detalles de los "misterios" de la iniciación y la disciplina en manos de la hermandad piadosa: "la mujer coge al hombre por sus genitales mientras él está en su posición inclinada ... ella le coge con una mano y le da los azotes con la otra ..."

compañero profeta. A pesar de la enfermedad y de una parálisis parcial, continuó su misión hasta su muerte en 1837.¹⁴²

El segundo ejemplo es el del extraordinario “Sir William Courtenay” (o J. N. Tom) que llegó en 1832 a un Canterbury alarmado, vestido con ropas orientales y acompañado de rumores de que era muy rico, recibió 400 votos fortuitos en la elección general y, después de ser condenado por perjurio, publicó su *Lion*, con los títulos de:

Sir William Courtenay... Rey de Jerusalén, Príncipe de Arabia, Rey de los Gitanos, Defensor de su Rey y su Patria... que ahora se encuentra en la Cárcel de la *City*, Canterbury.

Tom, que era un tratante de vinos que procedía originariamente del West Country de Joanna Southcott, había sido spenceano durante un corto período de tiempo. Su *Lion* denunciaba por igual a todos los infieles y al clero:

La Raíz de todo Mal está en la Iglesia.

¡el Lucro! ¡el Lucro! ¡el Lucro!!!

Dios proteja a la Viuda, al Huérfano y al Desdichado.

Cuando salió de la cárcel y del manicomio, se fue a vivir a las casas de los campesinos de los pueblos cercanos a Canterbury. En mayo de 1838 empezó a rondar por los pueblos montado a caballo y armado con pistolas y una espada, a la cabeza de un grupo de 50 a 100 jornaleros armados con cachiporras. Llevaban una hogaza de pan en el extremo de una vara debajo de una bandera azul y blanca con un león rampante, y se supone que Tom leyó a sus seguidores el siguiente fragmento del capítulo V de Santiago:

Y ahora vosotros los ricos llorad y aullad por las desgracias que os sobrevendrán. ...

Contemplad el salario de los jornaleros que os han segado vuestros campos, salario que retenéis con fraude, pregonado: ...

En particular, las mujeres creían que tenía poderes milagrosos. Más adelante, un jornalero dijo que “amaba a Sir William”: “Les hablaba de tal manera, y siempre leía las Escrituras, que no le miraban como a un hombre cualquiera y hubiesen muerto con alegría por él.” Al igual que Oastler y Stephens en el norte, denunciaba la *New Poor*

¹⁴² G.R. Balleine, *Past Finding Out*, cap. 11; compilados por H. B. Hollingsworth, *Zion's Works*, 1899, I, p. 300; Zion Ward, *A Serious Call: or The Messiah's Address to the People of England*, 1831.

Law como una violación de la ley divina. Finalmente, Courtenay (o Tom) mató a un policía que habían mandado para que le detuviese. Pero los jornaleros no le abandonaron. Más de cincuenta de ellos se retiraron al bosque de Blean, donde esperaron al ejército escondidos en la densa maleza. Tom enseñaba las llagas de los clavos en manos y pies, y anunciaba que si le mataban resucitaría de nuevo: “Es el día del juicio; es el primer día del Milenio; y ese día pondré la corona sobre mi cabeza. ¡Contemplad, uno más fuerte que Sansón está con vosotros!”. Les prometió tierra a sus seguidores, quizá unos 50 acres para cada uno. Cuando los soldados se acercaron, tocó una trompeta y dijo que ésta se oía en Jerusalén donde había 10.000 hombres dispuestos a obedecer sus órdenes. Al fin tuvo lugar la batalla, quizá la más desesperada que se desarrollaba en tierra inglesa desde 1745. Frente a las armas de fuego y las bayonetas, los jornaleros de Kent sólo tenían cachiporras: “Jamás presencié una resolución mayor en mi vida -dijo un testigo-. Jamás en la vida vi hombres más furiosos o enloquecidos cuando nos atacaban.” Un oficial resultó muerto, así como Courtenay y once o doce de sus seguidores. El saldo de muertos fue más elevado que el de Pentridge o Peterloo.¹⁴³

Los hechos del bosque de Blean pertenecen más a los modelos culturales antiguos que a los nuevos. Fue la última revuelta de los campesinos. Es interesante constatar que los bryanitas “*ranting*”, o Cristianos de la Biblia, tenían uno de sus baluartes en Kent; y en un momento en que el mundo psíquico de los hombres estaba repleto de imágenes del fuego del infierno y de la revelación, y su mundo real lleno de pobreza y opresión, lo sorprendente es que este tipo de explosiones no fuesen más frecuentes. El tercer ejemplo, que nos acerca más al owenismo, es el del extraordinario éxito de la propaganda mormona en los distritos industriales de Inglaterra, a finales de la década de 1830 y durante la década de los cuarenta. En pocos años se bautizaron miles de conversos, y miles de estos “Santos del último Día” zarparon desde Liverpool hacia la Ciudad de Sión. Los primeros conversos eran “principalmente obreros fabriles y otros trabajadores manuales... extremadamente pobres, la mayoría de los cuales no tenía siquiera una muda de ropa para ser bautizados”. Muchos de ellos, que habían recibido ayuda para el dinero del pasaje, fueron andando y empujando carros manuales desde los riscos de Bluff hasta la ciudad de Salt Lake.¹⁴⁴

¹⁴³ P. G. Rogers, *Battle in Bossenden Wood*, 1961, pp. 4, 96; *An Account of the Desperate Affray in Blean Wood*, Faversham, 1838; *Essay on the Character of Sir William Courtenay*, Canterbury, 1833; *The Lion* (6 y 27 de abril de 1833); *Globe* (1 de junio, 10 de agosto de 1838).

¹⁴⁴ Véase Armytage, *op. cit.*, parte III, cap. 7, “Liverpool: Gateway to Zion”.

Todos estos ejemplos sirven para subrayar que, para la década de 1830, es prematuro pensar que la población obrera inglesa estaba completamente abierta a la ideología secular. La cultura radical que hemos estudiado era la cultura de trabajadores cualificados, artesanos y algunos trabajadores a domicilio. Por debajo de esa cultura (o coexistiendo con ella) había niveles de respuesta más oscuros, de los cuales sacaban algo de su apoyo los líderes carismáticos como Oastler y O'Connor. (En el movimiento cartista, los hombres como Lovett jamás encontrarían por completo una estrategia y un punto de vista común con los trabajadores "barbudos y con chaqueta de fustán" del norte.) La inestabilidad se encontraba particularmente donde los nuevos modelos racionalistas y los modelos metodistas o baptistas de corte más antiguo se influían unos a otros, o cuando se encontraban en conflicto en el mismo espíritu. Pero, mientras que la disidencia y el metodismo parecen haber ordenado y amasado el carácter de los artesanos del sur, en aquellas partes en que predominaba el modelo metodista durante los años de las guerras parece que las energías emocionales hayan sido almacenadas o reprimidas. Si se hinca una pala en la cultura de la clase obrera del norte en cualquier momento de la década de los treinta parece que la pasión brote del suelo.

De ahí que el owenismo también reuniese algo de esta pasión. Si tenemos en cuenta que Owen y sus conferenciantes profetizaban que "se desencadenaría la prosperidad", era inevitable que reuniesen a su alrededor a los hijos de Israel. Revivió el anhelo comunitario y el lenguaje de la racionalidad se transformó en el de la hermandad. Como en todos los momentos de fermento, también revivió el antinomianismo, con sus equivalentes místicos de las ideas seculares de liberación sexual que se sostenían entre algunos de los comunitarios owenitas: "Si os amáis el uno al otro -les decía Zion Ward a los jóvenes en sus "templos"- juntaos en cualquier momento sin ninguna ley ni ceremonia." (Ward también tenía un proyecto de Colonia Agrícola, "donde quienes deseen abandonar el mundo puedan vivir juntos como una familia".) Además, para los pobres, el owenismo tocaba una de sus aspiraciones más íntimas: el sueño de que, de algún modo, gracias a algún milagro, podrían de nuevo tener *algún derecho sobre la tierra*.

Tenemos la sensación de que, en la década de 1830, muchos ingleses percibían que la estructura del capitalismo industrial sólo estaba parcialmente construida, y que a esta estructura todavía no se le había puesto el tejado. El owenismo sólo fue uno de los impulsos gigantescos, pero efímeros, que captaron el

entusiasmo de las masas, al presentar la visión de una estructura completamente diferente, que se podía construir en cuestión de años o meses, sólo con que el pueblo estuviese suficientemente unido y decidido. Se ha desarrollado un espíritu de organización, escribió Bronterre O'Brien en 1833, cuyo objetivo:

es el más sublime que se pueda imaginar, a saber, establecer un completo dominio, por parte de las clases productivas, sobre los frutos de su propio trabajo ... Las clases trabajadoras proyectan un cambio total de la sociedad, un cambio que supone la subversión completa del "orden del mundo" existente. Aspiran a estar a la cabeza de la sociedad en lugar de estar en la cola; o, mejor dicho, que no debería haber cola ni cabeza.¹⁴⁵

En retrospectiva es fácil considerar que este espíritu es ingenuo o utópico. Pero no hay nada en él que nos autorice a contemplarlo con superioridad académica. Los pobres eran desesperadamente pobres, y las perspectivas de una comunidad en la que no sólo pudiesen mezclar la cultura intelectual con los objetivos de Grecia y Roma, sino también *comer*, eran atractivas. Además, entre el owenismo y los anteriores credos que reunían ímpetus milenarios, había la siguiente diferencia importante: con los owenitas el milenio no iba a llegar, se *haría*, con sus propios esfuerzos.

Y a partir de aquí podemos juntar todas las líneas del owenismo: los artesanos con sus sueños de provocar un cortocircuito en la economía de mercado general; la *gentry* filantrópica, con su deseo de una sociedad racional y planificada; los pobres, con sus sueños de tierra o de Sión; los tejedores, con sus esperanzas de trabajo independiente; y todos ellos con la imagen de una comunidad hermanada y equitativa, en la que la ayuda mutua sustituyese la agresión y la competición. Maurice escribió en 1838:

Cuando los pobres dicen: "nosotros, también, reconoceremos que las circunstancias lo son todo, abandonaremos toda creencia en lo invisible, este mundo será el único hogar en el que moraremos", el lenguaje puede muy bien aterrorizar a todo aquel que escuche... Sin embargo... es el "nosotros queremos"... lo que infunde la apariencia de vitalidad a las secas astillas de la teoría del señor Owen.¹⁴⁶

¹⁴⁵ *Poor Man's Guardian* (19 de octubre de 1833). Véase M. Morris, *From Cobbett to the Chartists*, 1948, p. 87.

¹⁴⁶ F. D. Maurice, *The Kingdom of Christ*, citado en Armytage, *op. cit.*, p. 85.

Este “nosotros queremos” es la prueba de que los obreros se estaban acercando a la madurez, estaban adquiriendo conciencia de sus propios intereses y aspiraciones como clase. No había nada de irracional o de mesiánico en el hecho de que hiciesen una crítica del capitalismo como sistema, o en el de proyectar ideas “utópicas” acerca de un sistema alternativo y más racional. Desde el punto de vista de los obreros, no era Owen el que estaba “loco”, sino un sistema social en el que el vapor y la nueva maquinaria desplazaban y degradaban claramente a los obreros, y en el que los mercados podían estar “saturados” mientras el tejedor descalzo se sentaba al telar y el zapatero estaba en su taller sin una chaqueta que ponerse a la espalda. Esos hombres sabían por experiencia que Owen estaba en su sano juicio cuando decía que:

... la actual organización de la sociedad es la más antisocial, impolítica e irracional que se pueda imaginar; que bajo su influencia se reprimen desde la infancia las cualidades superiores y más valiosas de la naturaleza humana, y que se utilizan los medios más antinaturales para acentuar las tendencias más nocivas... ¹⁴⁷

Lejos de tener un punto de vista encarado hacia el pasado, el owenismo fue la primera de las grandes doctrinas sociales que dominó la imaginación de las masas en este período, y que partía de una aceptación de los poderes productivos ampliados del vapor y la fábrica. Lo que se cuestionaba no era tanto la máquina como el móvil del beneficio; no el tamaño de la empresa industrial sino el control del capital social que había detrás de ella. Los artesanos constructores y los pequeños patronos, que se resentían del control y de la parte del león de los beneficios que se apropiaban los patronos constructores y los contratistas, no creían que la solución residiese en la existencia de multitud de pequeños empresarios.¹⁴⁸ Por el contrario, deseaban que la cooperación de los oficios implicados en la construcción quedase reflejada en el control social cooperativo. Es irónico que un movimiento del que se supone que sacó la mayor parte de su fuerza de los “*petit-bourgeois*” hiciese intentos mucho más serios que ningún otro de nuestra historia en cuanto a iniciar nuevas formas de vida comunitaria. “Todo el fervor y la seriedad de las primeras Sociedades Cooperativas - escribió Holyoake muchos años después- tenía que ver... con la vida comunitaria. Los “Socialistas”... esperaban fundar ciudades industriales libres, independientes y autónomas, en las que la riqueza que se crease fuese repartida de forma equitativa

¹⁴⁷ Owen, *op. cit.*, p. 269.

¹⁴⁸ Véase Postgate, *op. cit.*, pp. 72-73.

entre todos aquellos que la producían con su trabajo.”¹⁴⁹ Quienes ven en el fracaso de esos experimentos sólo una prueba de su locura, quizá confían demasiado en que la “historia” ha demostrado que son un callejón sin salida.

Lo que era irracional en el owenismo (o “utópico” en el habitual sentido peyorativo) era la impaciencia de la propaganda, la fe en la multiplicación de la razón mediante lecturas y tratados, la atención inadecuada a los medios. Y sobre todo estaba la funesta evasiva de Owen respecto de las realidades del poder político, y su intento de pasar por alto la cuestión de los derechos de propiedad. El socialismo cooperativo consistía simplemente en desplazar al capitalismo, sin causar dolor y sin enfrentamiento, mediante el ejemplo, la educación y mediante el desarrollo en su seno desde sus propias poblaciones, talleres y almacenes. El *Economist* estaba ansioso por asegurar a sus lectores que la cooperación no posee ninguna “tendencia *igualadora*”. Su objetivo era “*elevarlo todo*”; su riqueza no sería tomada de los poseedores actuales, sino que sería “*riqueza producida de nuevo*”.¹⁵⁰ “Nosotros ... no venimos como *levellers* -declaraba un clérigo de Warrington-. No venimos a privar a ningún ser humano, hombre o mujer, de cualquiera de sus propiedades.”¹⁵¹ En 1834, en el punto más extremo del movimiento owenita, un “Fuero de los Derechos de la Humanidad” declaraba:

La actual propiedad de todos los individuos, adquirida y poseída según las costumbres y las prácticas de la vieja sociedad, se mantendrá sagrada hasta que... no tenga ya ningún uso o valor de cambio...¹⁵²

Esta era la debilidad que le quitaba valor al owenismo. Incluso el pequeño grupo de filántropos spenceanos, al final de las guerras, podían vislumbrar que el socialismo entrañaba la expropiación de los grandes terratenientes. “Es pueril”, había escrito Spence en su *Restorer of Society to its Natural State* (1800):

... esperar ver alguna vez de nuevo Pequeñas Granjas, o ver alguna vez cualquier cosa que no sea la máxima extorsión y opresión de los pobres, hasta que derrumbéis el actual sistema de Propiedad de la Tierra. Porque ellos han adquirido por completo, ahora más que nunca, el espíritu y el poder de la opresión.... Por lo tanto nada que no sea la Destrucción total del poder de esos Sansones servirá... Nada que no sea el

¹⁴⁹ Véase S. Pollard, *op. cit.*, p. 90.

¹⁵⁰ *Economist* (11 de agosto de 1821).

¹⁵¹ A. E. Musson, *op. cit.*, p. 126.

¹⁵² O'Brien, *op. cit.*, p. 437.

Exterminio completo del actual sistema de propiedad de la Tierra... hará que el Mundo vuelva a estar en una situación en la que merezca la pena vivir en él.

Esto era lo que levantaba la singular furia de los gobernantes británicos, que tuvieron detenido al apacible Thomas Evans, autor de *Christian Policy*, durante un año sin juicio, en el mismo momento en que lord Sidmouth discutía las propuestas del ilustrado señor Owen. En aquel año, uno de los últimos spenceanos, un pintoresco sastre llamado Robert Wedderburn, promovió un pequeño periódico mal impreso *The "Forlorn Hope"*: "El señor Owen... descubrirá que las clases más bajas están casi convencidas de que él es un instrumento de los terratenientes, y los Ministros ..."153 Los spenceanos y los viejos radicales de 1817 demostraron estar equivocados en su estimación de Owen; y la preocupación de Spence y Evans en relación al socialismo agrario era inadecuada para la Inglaterra industrial. Pero los spenceanos estaban, por lo menos, deseosos de plantear los problemas de la propiedad y el poder de clase.

Precisamente porque Owen se negó a afrontar ninguno de los dos problemas, pudo mantenerse completamente indiferente respecto del radicalismo político y conducir al movimiento, con frecuencia, por caminos ilusorios. El movimiento cooperativo siguió teniendo durante años esta coexistencia de filántropos y radicales obreros. Sin embargo, hacia 1832, hombres como Hetherington, O'Brien y James Watson tenían acentos completamente diferentes, y rechazaban el desprecio que Owen tenía hacia todos los medios políticos. El owenismo constituyó siempre para ellos una influencia constructiva. De él habían aprendido a considerar al capitalismo, no como una serie de sucesos discontinuos, sino como un *sistema*. Habían aprendido a proyectar un sistema de solidaridad utópico alternativo. Habían superado la nostalgia de Cobbett por un mundo antiguo y adquirido la confianza de proyectar uno nuevo. Habían comprendido la importancia de la educación y de la fuerza del condicionamiento ambiental. Habían aprendido, de Thompson y Anna Wheeler, a formular nuevas demandas por los derechos de las mujeres. A partir de entonces ninguna cosa de la sociedad capitalista pareció dada e inevitable, producto de la ley "natural". Todo esto se expresa en la última Voluntad y Testamento de Henry Hetherington:

Estas son mis opiniones y mis sentimientos al dejar una existencia que ha sido turbada por las plagas y los placeres de un sistema competitivo, agresivo y egoísta; un sistema que anula las aspiraciones morales y sociales de los seres humanos más nobles

¹⁵³ The "Forlorn Hope", or a Call to the Supine (4 y 11 de octubre de 1817).

mediante el incesante trabajo y las privaciones físicas; por el cual, verdaderamente, todos los hombres aprenden a ser esclavos, hipócritas o criminales. De ahí mi adhesión incondicional a los principios de ese gran y buen hombre: ROBERT OWEN.

5. “Una especie de máquina”

“El mal que han hecho esos hombres [Owen y Hodgskin] en algunos aspectos es incalculable, observaba Francis Place.”¹⁵⁴ El “mal” está escrito a lo largo de los años 1831-1835. Y hasta aquí llegan los límites de este estudio; porque en un sentido la clase obrera no está ya en formación sino que está formada. Atravesar el umbral que separa 1832 de 1833 significa entrar en un mundo en el que la presencia de la clase obrera se percibe en todos los condados de Inglaterra y en la mayoría de los aspectos de la vida.

La nueva conciencia de clase de la clase obrera puede contemplarse desde dos puntos de vista. Por un lado, había la conciencia de identidad de intereses entre trabajadores de las más diversas ocupaciones y niveles de consecución, que se encarnaba en diversas formas institucionales, y que quedó expresada, en una escala sin precedentes, en el sindicalismo general de los años 1830-1834. Esta conciencia y estas instituciones se encontraban sólo en forma fragmentaria en la Inglaterra de 1780.

Por otro lado, existía una conciencia de la identidad de intereses de la clase obrera, o las “clases productivas”, frente a los de otras clases; y dentro de ésta maduraba la aspiración a un *sistema* alternativo. Pero la definición final de esta conciencia de clase fue consecuencia, en gran parte, de la respuesta de la clase media ante la fuerza de la clase obrera. La línea quedó trazada, con extremo cuidado, con las restricciones del derecho a votar de 1832. La característica particular del desarrollo inglés había sido que, donde esperaríamos encontrar un movimiento creciente de la clase media en favor de la reforma, con la clase obrera a la cola, sucedido luego por una agitación independiente de la clase obrera, de hecho nos encontramos con el proceso trastocado. El ejemplo de la Revolución francesa había iniciado tres procesos simultáneos: la aterrorizada respuesta contrarrevolucionaria de la aristocracia terrateniente y comercial; una retirada por parte de la burguesía industrial y una acomodación (en términos favorables) con el *statu quo*; y una rápida radicalización del movimiento popular en favor de la reforma hasta el punto de que los

¹⁵⁴ Add. MSS. 27791 f. 270.

cuadros jacobinos que fueron bastante resistentes para sobrevivir a lo largo de las guerras eran en su mayoría pequeños patronos, artesanos, calceteros y tundidores, además de otros trabajadores. Los 25 años que siguieron a 1795 pueden considerarse como los años de la larga contrarrevolución, y en consecuencia el movimiento radical siguió siendo en su mayor parte de carácter obrero, con un populismo democrático avanzado como teoría. Pero el triunfo de un movimiento como éste difícilmente recibiría la bienvenida de parte de los propietarios de las hilanderías, los dueños de los altos hornos o los industriales. De aquí la ideología particularmente represiva y antiigualitaria de las clases medias inglesas (Godwin dando paso a Bentham, Bentham dejando paso a Malthus, M'Culloch y el doctor Ure, y éstos dando lugar a Baines, Macaulay y Edwin Chadwick). De aquí también el hecho de que la más suave medida de reforma para hacer frente a las irracionalidades manifiestas de la Vieja Corrupción se *aplazasen* en realidad, debido a la resistencia del viejo orden por un lado, a la timidez de los industriales por el otro.

La crisis del proyecto de ley para la reforma de 1832 -o, para ser más precisos, las sucesivas crisis desde principios de 1831 hasta los “días de mayo” en 1832- ilustran esas tesis en casi todos los aspectos. La agitación surgió entre “el pueblo” y acusó rápidamente el consenso de opinión más asombroso en relación a la imperiosa necesidad de la “reforma”. Mirado desde un punto de vista, Inglaterra atravesó, sin ningún género de dudas, una crisis, durante esos doce meses, en la cual la revolución fue posible. La rapidez con que se extendió la agitación indica hasta qué punto estaba presente entre el pueblo la experiencia de todo tipo de agitación constitucional y cuasilegal:

La forma sistemática con que procedía el pueblo, su firme perseverancia, su actividad y destreza sorprendía a los enemigos de la reforma. En las capitales, las ciudades y las parroquias se celebraban reuniones en las que participaban casi todo tipo de personas; también se reunían los mancebos de los menestrales en sus clubs y los obreros sencillos que no tenían clubs de oficios o asociaciones de ningún tipo...

Esto lo escribía Place el otoño de 1830, añadiendo (referente a febrero de 1831): “... sin embargo no había la menor comunicación entre lugares del mismo vecindario; cada parte del pueblo parecía entender qué era lo que se debía hacer ...”¹⁵⁵ “La gran mayoría” de aquellos que asistían a las abultadas manifestaciones se

¹⁵⁵ Add. MSS. 27789. Para un ejemplo de esta facilidad en organización espontánea, véase Prentice, *op. cit.*, pp. 408-410.

quejaba a Grey, el secretario privado del rey en marzo de 1831, “pertenecen a las clases más bajas”. Las enormes manifestaciones, que superaron la cifra de 100.000 personas en Birmingham y Londres en el otoño de 1831 y mayo de 1832, tenían una abrumadora mayoría de artesanos y obreros.¹⁵⁶

“Nosotros no hemos provocado la agitación en torno a la reforma -le escribió Grey con cierto malhumor al rey, en marzo de 1831-. La encontramos en pleno apogeo cuando llegamos al cargo.” Y, si lo miramos desde otro punto de vista, podemos ver por qué, de hecho, era altamente improbable que la revolución se produjese durante esos meses de crisis. La razón la debemos buscar en la misma fuerza del movimiento obrero radical; en la habilidad con que los líderes de la clase media, Brougham, *The Times*, el *Leeds Mercury* utilizaron la amenaza de la fuerza de la clase obrera y negociaron una línea de retirada aceptable para todos excepto para los defensores más acérrimos del *ancien régime*; y en la conciencia por parte de los *whigs* y los menos intransigentes de los *tories* de que, aunque Brougham y Baines sólo les estaban chantajeando, sin embargo si no se alcanzaba un compromiso, los reformadores de la clase media no serían capaces ya de mantener bajo control la agitación que se producía a sus espaldas.

La burguesía industrial deseaba de todo corazón que no se produjese una revolución, porque sabían que el mismo día que empezase una revolución se produciría un proceso de radicalización dramático, en el que los huntitas, los sindicalistas y los líderes owenitas cobrarían un apoyo creciente en casi todos los centros industriales. “Las clases medias y los pequeños patronos utilizan las amenazas de una “revolución”, escribía el *Poor Man's Guardian*. Pero...

una revolución violenta no sólo no está al alcance de los medios de aquellos que amenazan con ella, sino que para ellos es el mayor objeto de alarma; porque saben que una revolución como ésta sólo la pueden realizar los millones de pobres y menospreciados, los cuales, si se excitan hasta tal punto, podrían utilizarla para su propio beneficio, además de para el de aquéllos, que de este modo verían amenazados ... sus queridos derechos de propiedad; podéis estar seguros de que una revolución es lo que más temen ...¹⁵⁷

¹⁵⁶ Véase Jephson, *The Platform*, 11, cap. 15.

¹⁵⁷ 1 de octubre de 1831.

Los reformadores de la clase media luchaban hábilmente en los dos frentes. Por una parte, *The Times* aparecía como el organizador real de la agitación de masas: “Confiamos en que no haya un solo condado, ciudad o pueblo en el Reino Unido que no se reúna y formule peticiones en favor de la reforma...” Incluso instaba al pueblo a cumplir “el solemne deber de constituirse en sociedades políticas por todo el reino”. Daba apoyo -como lo había hecho Edward Baines ante las multitudes que le aclamaban- a medidas de fuerza que conducían directamente a la revolución: asaltar los bancos, negarse a pagar impuestos y armar a los miembros de las *political unions*. Por otra parte, las revueltas de Nottingham, Derby y Bristol en octubre de 1831 subrayaron la función dual de las *political unions* según el modelo de Birmingham:

Estas *Unions* tenían como objetivo la promoción de la causa de la reforma, la protección de la vida y la propiedad frente a los atropellos irregulares pero pormenorizados de la muchedumbre, así como para el mantenimiento de otros grandes intereses frente a las sistemáticas violencias de una oligarquía...¹⁵⁸

Estos incendiarios de la clase media llevaban en sus mochilas un bastón de guardia especial. En algunas ocasiones los *tories* mismos creyeron burlarlos, alentando al movimiento obrero independiente en favor de la reforma a exhibirse de una forma tan alarmante que Brougham y Baines recurrieron a la Vieja Corrupción en busca de protección. Cuando la *National Union of the Working Classes* propuso convocar una manifestación en Londres a favor del sufragio universal y en resistencia al proyecto de ley de reforma *whig*, el propio rey escribió (4 de noviembre de 1831):

Su Majestad no está de ningún modo disgustado de que las medidas contempladas en el mitin en cuestión sean tan violentas, y... desagradables, puesto que confía en que la manifestación de tales intenciones y propósitos puede dar la oportunidad... de reprimir el progreso de las *Political Unions*...¹⁵⁹

Por todo el país, los reformadores de la clase media y los de la clase obrera maniobraban para controlar el movimiento. En los primeros momentos, hasta el verano de 1831, los radicales de la clase media llevaban ventaja. Siete años antes, Wooler había cerrado el *Black Dwarf* con una declaración final tristemente desilusionada. No

¹⁵⁸ *The Times* (1 de diciembre de 1830, 27 de octubre de 1831); véase Jephson, *op. cit.*, I, pp. 69, 107. Durante las revueltas de Bristol, las autoridades se vieron obligadas a recurrir a los líderes de la *political union* de Bristol para restablecer el orden. Véase *Bristol Mercury* (1 de noviembre de 1831); Prentice, *op. cit.*, p. 401.

¹⁵⁹ Citado en Jephson, *op. cit.*, II, p. III. De hecho, la manifestación de la *National Union* fue declarada sediciosa y prohibida. Era un riesgo demasiado grande para correrlo.

había (en 1824) “público vinculado fielmente a la causa de la reforma parlamentaria”. Cuando una vez cientos y miles habían clamado en favor de la reforma, ahora le parecía que sólo habían “clamado por el pan”; los oradores y los periodistas de 1816-1820 sólo habían sido “pompas de la fermentación de la sociedad lanzadas al aire”.¹⁶⁰ Muchos de los líderes de la clase obrera de finales de la década de 1820 compartían su desilusión y aceptaban la postura antipolítica de su maestro, Owen. Hasta el verano de 1830, con la “revuelta” de los braceros rurales y la revolución de julio en Francia, la marea del interés popular no volvió a la agitación política. Y a partir de aquel momento, la resistencia terriblemente terca de los intransigentes (el duque de Wellington, los lores, los obispos), dispuesta a quemar hasta el último cartucho, ante *cualquier* medida de reforma, dictó una estrategia (que aprovecharon al máximo los radicales de la clase media) por la cual la agitación popular se vio conducida a avanzar detrás de Grey y Russell, y a dar apoyo a un proyecto de ley con el cual la mayoría no tenía nada que ganar.

De este modo, la configuración de fuerzas de 1816-1820 (y, por supuesto, de 1791-1794), en la que se identificaba la demanda popular de la reforma con el programa de sufragio universal que defendía el comandante Cartwright, se había roto. “Si alguien piensa que esta reforma dará lugar a ulteriores medidas -declaró Grey en la Cámara en noviembre de 1831- está equivocado; porque no hay otra persona más decididamente contraria a los parlamentos anuales, el sufragio universal y la votación, que yo. Mi objetivo no es favorecer, sino acabar con tales esperanzas y proyectos.” Los viejos radicales vieron bastante clara la situación, y la mayoría de sus portavoces trataron con desprecio el proyecto de ley de los *whigs* hasta los últimos “días de mayo”. “No le importaba -declaró un radical de Macclesfield- que le gobernara un cacique local, un alcahuete o un comerciante de quesos, si se iba a seguir manteniendo el sistema de monopolio y corrupción.”¹⁶¹ Hunt, desde su puesto como diputado por Preston (1830-1832), sostenía las mismas posiciones, sólo que con un lenguaje ligeramente más decoroso. George Edmonds, el ingenioso y valiente maestro de escuela, que había presidido la primera gran manifestación de la posguerra en Birmingham en Newhall Hill (enero de 1817), declaró:

No soy propietario de una casa. Pero si hace falta puedo ser propietario de un mosquete. ¡El nada-más-que-el-Proyecto no reconoce a George Edmonds como

¹⁶⁰ Discurso final, a modo de prólogo del *Black Dwarf*, XII (1824).

¹⁶¹ *Poor Man's Guardian* (10 de diciembre de 1831).

ciudadano! George Edmonds menosprecia al nada-más-que-el-Proyecto, excepto en cuanto se refiere a que es el primero en robar al país.¹⁶²

También era ésta la posición de la élite de los artesanos radicales de Londres, que estaban inscritos en la *National Union of Working Classes and Others*, cuyos debates semanales en Rotunda, durante 1831 y 1832, serían reseñados en el *Poor Man's Guardian* de Hetherington, que sin duda era el mejor semanario obrero que se había publicado (hasta aquel momento) en Gran Bretaña. A los debates asistían el mismo Hetherington (cuando no estaba en prisión), William Lovett, James Watson, John Gast, el brillante y malogrado Julian Hibbert y el viejo William Benbow (anterior compañero de Bamford y de Mitchell), que ahora impulsaba su propuesta de un “Gran Día de Fiesta Nacional”, o un mes de huelga general, en el curso de la cual las clases productivas asumirían el control del gobierno y los recursos de la nación.¹⁶³ Los debates giraban de manera creciente en torno a la definición de clase. William Carpenter, que compartía con Hetherington el honor de haber iniciado la lucha de la prensa “*unstamped*”, tenía una opinión discrepante. Se debía dar apoyo al proyecto de ley *whig* como una “cuña”. Lamentaba que el *Poor Man's Guardian* utilizase los términos “intermediarios” y “clase media” como “términos “intercambiables”, por cuanto las clases medias “no sólo *no* son una clase de personas que tengan intereses distintos a los vuestros. Son la *misma* clase; hablando en términos generales, son *trabajadores u obreros*”¹⁶⁴. La controversia continuó durante toda la crisis. Después de la aprobación del proyecto de ley, el *Poor Man's Guardian* publicó su conclusión:

Los promotores del Proyecto de Reforma no lo pensaron con la perspectiva de subvertir, o incluso remodelar nuestras instituciones aristocráticas, sino de consolidarlas reforzando una subaristocracia procedente de las clases medias.... La única diferencia que existe entre los *whigs* y los *tories* es que los *whigs* concederían lo insustancial para mantener la esencia, mientras que los *tories* no darían siquiera lo insustancial, porque las masas, tontas como son, no se detendrían en lo insustancial sino que seguirían adelante hasta las realidades.¹⁶⁵

¹⁶² G. Edmonds, *The English Revolution*, 1831, p. 5. Edmonds siguió para tomar una parte activa en el movimiento cartista.

¹⁶³ Véase A. J. C. Rüter, “Benbows Grand National Holiday”, *International Review of Social History* (Leiden), I, 1936, pp. 217 y ss.

¹⁶⁴ W Carpenter, *An Address to the Working Classes on the Reform Bill*, octubre de 1831. Véase también la controversia subsiguiente en el *Poor Man's Guardian*.

¹⁶⁵ *Poor Man's Guardian* (25 de octubre de 1832); véase A. Briggs, *The Age of Improvement*, p. 258.

Es problemático afirmar hasta qué punto los militantes owenitas de Rotunda representaban algún grupo masivo de opinión obrera. Empezaron representando sólo a la intelectualidad de los artesanos. Pero cobraron influencia de forma muy rápida; hacia el mes de octubre de 1831 pudieron organizar una manifestación masiva, en la que participaron quizá unas 70.000 personas, muchas de las cuales lucían pañuelos blancos emblemáticos del sufragio universal; es posible que unos 100.000 participasen en sus manifestaciones contra el Ayuno Nacional de marzo de 1832. Place consideraba que los rotundistas (a muchos de los cuales descalificó tachándoles de “infames”) constituían la mayor amenaza para la estrategia de la clase media, y gran parte de su manuscrito de historia de la crisis del Proyecto de Reforma (en el cual los historiadores han depositado demasiada confianza) está dedicado a las manipulaciones poco escrupulosas con las que intentó limitar la influencia de aquélla y desplazarla por la influencia de su rival *National Political Union*. El propio duque de Wellington interpretó la lucha como una contienda entre el poder y Rotunda, que comparó a dos ejércitos “en présence”. Pensar que no podía situar ningún río entre los ejércitos, con los centinelas y puestos de vigía adecuados sobre los puentes, confundía en extremo su espíritu militar. El enemigo estaba instalado en puntos delicados dentro de su propio campo.¹⁶⁶

Sin embargo, el cortejo de octubre de 1831 estaba compuesto principalmente (parece) por “tenderos y artesanos superiores”. Y aunque el número de gente convocada era impresionante, resulta pobre en comparación con las manifestaciones, incluso más numerosas, de Birmingham, que tenía menos población. Parecería que, aunque los artesanos de Londres habían logrado por fin construir una dirección cohesionada y altamente articulada, seguía existiendo un amplio abismo entre ellos y los obreros y trabajadores de los oficios deshonrosos. (Este problema se repetiría una y otra vez en la historia del cartismo londinense.) La situación era caricaturizada en las páginas del folleto difamatorio y alarmista de Edward Gibbon Wakefield. Consideraba a los rotundistas como “desesperados” e idealistas, cuyo peligro residía en el hecho de que podían desencadenar las energías destructivas de las clases delictivas, “los ilotas de la sociedad” que se encontraban apiñados en los vericuetos y las callejuelas de la calle Orchard, Westminster o Whitechapel. Ahí estaban los apolíticos (pero peligrosos)

¹⁶⁶ Véase J. R. M. Butler, *The Passing of the Great Reform Bill*, 1914, pp, 292-293, 350; Add. MSS., 27, 791 f. 51; Memorandum sobre “Measures to be taken to put an End to the Seditious Meetings at the Rotunda”, *Wellington Despatches*, segunda serie, VII, 1878, p. 353.

vendedores ambulantes, pastores, matarifes de ganado, matarifes de caballos, tratantes en carne de perro y cuerpos muertos, caraduras, ladrilleros, deshollinadores, noctámbulos, basureros, etc.

Su actitud hacia los socialistas owenitas de Rotunda era ambigua. Por una parte, eran en su mayor parte “hombres sensatos que se mantenían con su trabajo”, hombres que se distinguían claramente de las clases peligrosas por sus talentos superiores. Por otra parte, muchos de ellos eran “hombres solteros sin ataduras, que vivían aquí y allá en hospedajes, y que podían prender fuego a Londres sin la ansiedad de tener seres queridos indefensos en casa”:

Sus modales son más amables que rudos; pero si le tocas el punto flaco a alguno de ellos -dile simplemente que crees que el estímulo de la competencia es indispensable para la producción de riqueza- y, o bien te abandonará con desprecio, o... te dirá, con los ojos relampagueantes, que te paga el gobierno para decir tonterías. Lo que más les molesta es algo parecido a una componenda, incluso más que la oposición frontal.

Muchos de ellos, decía (con algún aviso de verdad), “están provistos con armas”:

Si tuviera lugar una insurrección del populacho de Londres, les encontraríamos en los puestos más peligrosos, dirigiendo a los ladrones y a la chusma, señalando las medidas más eficaces y muriendo, si les llegase la hora, con gritos de desafío.

“Éstos serán los luchadores de nuestra revolución, en caso de que deba, haber una.”¹⁶⁷

La descripción es exagerada, pero no carece por completo de verdad.¹⁶⁸ Desde el punto de vista de la autoridad (fuese ésta *whig* o *tory*) el peligro residía en una posible conjunción entre los artesanos socialistas y las “clases delictivas”. Pero las masas de trabajadores no cualificados de Londres vivían en un mundo distinto al de los artesanos, un mundo de privaciones extremas, analfabetismo, desmoralización muy extendida y enfermedad, que adquirió tintes dramáticos con la epidemia de cólera del invierno de 1831-1832. Tenemos aquí todos los problemas clásicos, la precaria

¹⁶⁷ E. G. Wakefield, *Householders in Danger from the Populace*, sin fecha (¿octubre de 1831?).

¹⁶⁸ Mientras que Lovett y su círculo creían en la máxima presión sin utilización de la fuerza física (y mantuvieron algunas relaciones con Place), otros, incluyendo a Benbow y Hibbert, se preparaban para una lucha armada.

inseguridad, de una ciudad metropolitana hinchada de inmigrantes en un período de rápido crecimiento de la población.¹⁶⁹

Los trabajadores no cualificados no tenían portavoces ni organizaciones (aparte de las sociedades de socorro mutuo). Era tan probable que siguiesen la dirección de un *gentleman* como la de un artesano. Y sin embargo la severidad de la crisis política que se inició en octubre de 1831 fue suficiente para agrietar la costra de fatalismo, deferencia y necesidad dentro de la cual se hallaban encerradas sus vidas. Las revueltas que durante aquel mes se produjeron en Derby, el saqueo del castillo de Nottingham, los extensos motines de Bristol, todo era indicativo de una perturbación profunda en los fundamentos de la sociedad, que los observadores ansiosamente esperaban que continuase con la sublevación del East End de Londres.

La *political union* de Birmingham era un modelo aceptable, que incluso *The Times* podía elogiar, porque el contexto industrial local favorecía la existencia de un movimiento de masas en favor de la reforma que todavía se mantenía firmemente bajo el control de la clase media. La historia del radicalismo de Birmingham es significativamente diferente de las Midlands del Norte y del norte. En sus industrias en pequeña escala no había base para el ludismo, y el “padre” de las *political unions*, Thomas Attwood, primero destacó públicamente cuando, en 1812, dirigió una agitación contra las *Orders in Council* en la que participaron los patronos y los artesanos unidos. Sin duda alguna en el Black Country entre los años 1817 y 1820, había grupos partidarios de la “fuerza física”, pero -ya fuese debido a la buena suerte o a la sensatez- jamás quedaron al descubierto a causa de un movimiento fracasado como los asuntos de Pentridge y de Grange Moor.¹⁷⁰ Como ha demostrado el profesor Briggs, Thomas Attwood fue capaz de “armonizar y unir” los diversos “materiales del descontento” en 1830, porque la Revolución industrial en Birmingham había “multiplicado el número de unidades productivas más que aumentado la escala de las empresas existentes”. La maquinaria había producido pocos desplazamientos de mano de obra cualificada; los innumerables pequeños talleres eran un signo de que la

¹⁶⁹ Es interesante especular acerca de hasta qué punto las frecuentes afirmaciones de Place relativas a la mejora de la conducta y la moral del populacho de Londres expresaban la verdad, o simplemente el creciente abismo entre los artesanos y los no cualificados, el estrechamiento del círculo de experiencia de Place y el desplazamiento de la pobreza fuera del centro de la *City* hacia el este y el sur. Sobre el problema del crecimiento metropolitano y la desmoralización en su conjunto (y sus fundamentos “biológicos”), véase L. Chevalier, *Classes Laborieuses et Classes Dangereuses á Paris pendant la première moitié du XIX éme siècle*, París, 1958, que sugiere muchas líneas de investigación nuevas sobre las condiciones de Londres.

¹⁷⁰ Es difícil dejar de lado el relato circunstancial de Oliver de los contratos de Birmingham (Narración en H.O. 40.9). Véase también la información en H.O. 40. 3 y 6.

pendiente social era más suave, y el artesano podía todavía alcanzar la posición de pequeño patrono; en los momentos de recesión económica los patronos y los oficiales estaban afectados por igual."¹⁷¹ De ahí que el antagonismo de clase estuviese más amortiguado que en Manchester, Newcastle y Leeds. Durante la crisis del proyecto de reforma, Attwood controló la *union* de Birmingham con "tal muestra de afabilidad - recordaba más adelante O'Brien- que los obreros de Brummagem parecían creer verdaderamente que estarían *virtualmente*, aunque no realmente, representados en el parlamento "reformado". Y, rindiendo un tributo impresionante por parte de un crítico tan severo, O'Brien añadía:

El triunfo (tal y como se produjo) del Proyecto de Reforma se debió declaradamente a este grupo, más que a cualquier otro. Los actos tan bien organizados, la extensión de la organización y las inmensas asambleas de la población en los momentos críticos de su desarrollo, convirtieron aquella medida en algo irresistible.¹⁷²

En centros como Leeds, Manchester y Nottingham, la posición de los reformadores de la clase media era mucho más insegura. En Manchester (como en Londres) coexistían *political unions* rivales, y desde octubre de 1831 en adelante la *union* que promovía el sufragio universal era la que estaba a la cabeza. En Bolton, durante el mismo mes, el rechazo del proyecto de ley por parte de la Cámara de los Lores tuvo como consecuencia una escisión en la *political union*, al organizar la mayor de las secciones (partidaria del sufragio universal) una manifestación, en la que participaron 6.000 personas, que portaban las siguientes pancartas: "¡Abajo los obispos!, ¡Fuera los Pares!"¹⁷³ "Incidentes como éste se repitieron docenas de veces en las Midlands y el norte. "Pasead por cualquier camino o taberna, en la que estén reunidos varios obreros -escribía Doherty en enero de 1832- y escuchad la conversación durante diez minutos... Encontraréis, por lo menos en siete de cada diez casos, que los temas de debate giran en torno a la sorprendente cuestión, *¿qué sería más provechoso atacar, las vidas o la propiedad de los ricos?*"¹⁷⁴

¹⁷¹ Véase el enojado comentario de Cobbett: "Os imagináis que los grandes fabricantes y comerciantes y banqueros están gritando en favor de la REFORMA, porque han sufrido una conversión al amor hacia los *derechos populares*. ¡Bah! ... [Causas financieras] les han hecho aumentar los salarios; pero éstos no pueden pagar a la vez diezmos e impuestos. ... Por lo tanto, son reformadores; por lo tanto tienden sus grandes brazos alrededor de la cintura de la Diosa": *Political Register* (17 de octubre de 1831).

¹⁷² *Destructive* (2 de febrero y 9 de marzo de 1833); A. Briggs, "The Background of the Parliamentary Reform Movement in Three English Cities", *Camb. Hist. Journal*, 1952, p. 293, y *The Age of Improvement*, p. 247.

¹⁷³ W. Brimelow, *Political History of Bolton*, 1882, I, p. III.

¹⁷⁴ *Poor Man's Advocate* (21 de enero de 1832).

Por cierto, en el invierno de 1831-1832, la ridiculización que del proyecto y los procedimientos que le habían acompañado hecha en el *Poor Man's Guardian* adopta un aire algo más académico. Sin duda los rotundistas tenían razón cuando decían que el proyecto de ley era una trampa (y una traición al movimiento radical). Pero la obstinación, poco menos que neolítica, con que la Vieja Corrupción se *resistía* a cualquier reforma condujo a una situación en que la nación avanzó, rápidamente y sin premeditación, hacia el umbral de una revolución. Con retraso, el *Poor Man's Guardian* ajustó su táctica, publicando como suplemento especial resúmenes de la obra del coronel Macerone, *Defensive Instructions for the People* (manual de lucha callejera).¹⁷⁵ Durante los “once días de inquietud y desorden en Inglaterra” que precedieron a la aprobación final del proyecto de ley por parte de la Cámara de los Comunes, en el mes de mayo, Francis Place contuvo la respiración. La tarde del día en que se aprobó, regresó a casa y escribió:

Nos encontrábamos en un momento de rebelión, y si el Duque de Wellington hubiese podido formar gobierno, *the Thing* y el pueblo hubiesen entrado en conflicto.

Se hubiesen levantado “barricadas en las principales ciudades, deteniendo la circulación del papel moneda”; si entonces hubiese empezado una revolución, “hubiese sido responsabilidad de todo el pueblo en mayor medida que cualquier otra que jamás se haya realizado”.¹⁷⁶

En otoño de 1831 y en los “días de mayo” Gran Bretaña estuvo al borde de una revolución que, una vez iniciada, bien podría haber prefigurado (si tenemos en cuenta el avance simultáneo en la teoría del cooperativismo y el sindicalismo), en su rápida radicalización, las revoluciones de 1848 y la Comuna de París. La obra de J. R. M. Butler, *The Passing o f the Great Reform Bill*, nos transmite cierto sentido de la magnitud de la crisis; pero el estudio flaquea debido a la insuficiente conciencia de la claridad de toda la situación, de la cual dan muestra comentarios como el siguiente (acerca de la *National Union of the Working Classes*):

... desagradaba a las gentes sensibles... por su locura arrogante, como cuando la sección de Bethnal Green le pidió al Rey que aboliese la Cámara de los Lores, o la

¹⁷⁵ *Poor Man's Guardian* (11 de abril de 1832).

¹⁷⁶ Add. MSS., 27, 795 ff. 26-27.

sección de Finsbury instó a los Comunes a que confiscasen las haciendas de 199 pares.....¹⁷⁷

Hace falta alguna afirmación menos complacida. El hecho de que la revolución no tuviese lugar se debió, en parte, al profundo constitucionalismo de aquella parte de la tradición radical¹⁷⁸ cuyo portavoz era Cobbett (que instaba a la aceptación de media hogaza);* y en parte a la habilidad de los radicales de la clase media para ofrecer exactamente el compromiso que no debilitase, sino que reforzase tanto al Estado como a los derechos de propiedad frente a la amenaza de la clase obrera.

Los líderes *whig* consideraban que su papel era descubrir los medios para “vincular masas a la propiedad y el buen orden”. “Es de la mayor importancia -decía Grey- asociar las clases medias con las más altas de la sociedad en su amor y apoyo a las instituciones y el gobierno del país.¹⁷⁹ El extremo cuidado con el que se trazó esta línea se muestra en un estudio emprendido por Baines en 1831, para descubrir “el número y la respetabilidad de los cabezas de familia de 10 libras** de Leeds”. Los resultados se los comunicó a lord John Russell en una carta que debería considerarse como uno de los documentos clásicos de la crisis del proyecto de ley de reforma. Los encuestadores sefológicos pioneros de Baines

respondieron unánimemente que la ley de 10 libras no iba a significar que se admitiera a votar ni a una sola persona a la que no se le hubiese podido conceder tal derecho con prudencia y sin riesgo alguno: que les sorprendió descubrir cuán pocos iban a ser, comparativamente, los autorizados a votar.

En respuesta a la pregunta de Russell acerca de la proporción que suponían los cabezas de familia de 10 libras con relación al resto de la población, los encuestadores informaron:

¹⁷⁷ Butler, *op. cit.*, p. 303.

¹⁷⁸ Véase el comentario de Gladstone: “Le hablé pomposamente a un obrero ...sobre el texto acordado, le dije ...que la reforma era la revolución, “porque, mire las revoluciones de los países extranjeros” refiriéndome por supuesto a Francia y Bélgica. El hombre me miró gravemente y dijo...“Malditos sean todos los países extranjeros, ¿qué tiene que ver la vieja Inglaterra con los países extranjeros?”; no es esta la única vez que recibo una lección importante de procedencia humilde.” J. Morley, *Life of Gladstone*, I, 1908, p. 54.

* Del refrán inglés: “*half a loaf is better than no bread*”. Es mejor reducir las demandas de uno, que arriesgarlo todo. (N. de la t.)

¹⁷⁹ Véase A. Briggs, “The Language of “Class” in Early Nineteenth-Century England”, *op. cit.*, p. 56.

** La reforma de 1832 daba el derecho al voto, en las ciudades, a cualquier cabeza de familia (varón y de más de veintiún años) que poseyese o tuviese arrendados locales con valor en renta de un mínimo de 10 libras esterlinas al año. (N. de la t.)

... en las zonas que ocupan principalmente las clases trabajadoras, ni un cabeza de familia de cada diez tendría derecho a voto. En las calles donde principalmente hay tiendas, casi todos los cabezas de familia tenían voto. ...En la ciudad de Holbeck, que tiene 11.000 habitantes mayoritariamente de las clases trabajadoras, pero que tiene varias fábricas, tintorerías, tabernas y casas respetables, sólo hay 150 votantes. ...De 140 cabezas de familia, que trabajan en la fábrica de los señores Marshall & Co, sólo dos tendrán derecho a voto. ...Entre los 160 o 170 cabezas de familia de la fábrica de los señores O. Willan e Hijos, de Holbeck, ni uno tiene derecho a voto. De unos 100 cabezas de familia que trabajan para los señores Taylor & Wordsworth, constructores de máquinas -la clase más alta de los trabajadores manuales-, sólo uno tiene derecho a voto. Parecía que con el proyecto de ley sólo uno de cada cinco de las clases trabajadoras tendría derecho a votar.

Incluso estas estimaciones parece que fueron excesivas. Los informes hechos para el gobierno en mayo de 1832 mostraban que en Leeds (con una población de 124.000 habitantes) 355 “obreros” serían admitidos en el derecho a votar, de los cuales 143 “son oficinistas, almacenistas, vigilantes, etc.”. Los 212 restantes tenían una posición privilegiada, ganando entre 30s. y 40s. a la semana.¹⁸⁰

Estos informes, sin duda, dieron confianza al gabinete, que había estado pensando elevar la restricción en el derecho a votar, de 10 libras a 15 libras. “La gran mayoría de la población -escribió Place- estaba segura de que o bien los proyectos de ley de reforma se aprobaban en el Parlamento, o en caso de que los rechazasen, deberían obtener, mediante la fuerza física, mucho más de lo que aquéllos contenían...”¹⁸¹ Lo que pendía sobre la cabeza de *tories* y *whigs* en 1832 era ese “mucho más”; y eso fue lo que permitió que se llegase a un acuerdo entre la riqueza de la tierra y la industrial, entre el privilegio y el dinero, que ha sido una configuración perdurable de la sociedad inglesa. En los estandartes de Baines y Cobden no estaba escrito *égalité* y *liberté* (y mucho menos *fraternité*) sino “Comercio Libre” y “Reducción de Gastos”. La retórica de Brougham era la de la propiedad, seguridad, interés. “Si bien es cierto que existe una muchedumbre”, dijo Brougham en el discurso que pronunció durante la segunda lectura del proyecto de ley de reforma,

también lo es que existe el pueblo. Hablo ahora de las clases medias -de aquellos cientos de miles de personas respetables- que son el orden más numeroso y, con

¹⁸⁰ Baines, *Life of Edward Baines*, pp. 157-159.

¹⁸¹ Add. MSS., 27790.

mucho, el orden más rico de la comunidad, porque si se pusieran a subasta todos los castillos, feudos, cotos y derechos de caza, con todos los extensos acres de sus Señorías, y se vendiesen en un plazo de cincuenta años, el precio subiría tanto que pasaría mucho más que las vastas y sólidas riquezas de aquellas clases medias, que son además las genuinas depositarias del sentimiento inglés sensato, racional, inteligente y honesto. ...Os suplico que no provoquéis a este pueblo amante de la paz, pero también resuelto. ...Como amigo vuestro, como amigo de mi clase, como amigo de mi país, como fiel servidor de mi soberano, os aconsejo que colaboréis con vuestros máximos esfuerzos para preservar la paz y para defender y perpetuar la Constitución...¹⁸²

Las demandas de los radicales de la clase media, despojadas de toda retórica, fueron expresadas por Baines, cuando se había aprobado el proyecto de ley:

Hay que recoger los frutos de la Reforma. Hay que abolir los grandes monopolios comerciales y agrícolas. Hay que reformar la iglesia. ...

Hay que abrir las corporaciones cerradas. Hay que reforzar el ahorro y la economía. Hay que romper los grilletes del Esclavo.¹⁸³

Las demandas del radicalismo obrero estaban formuladas de manera menos clara. A partir del manifiesto del *Republican* de Hetherington, podemos citar un mínimo programa político:

Extirpación de la Aristocracia Desalmada. Establecimiento de una República, a saber: Democracia con Representantes escogidos mediante Sufragio Universal. Extinción de los cargos, títulos y distinciones hereditarios. Abolición de la... ley de primogenitura;... Administración de justicia rápida y barata. Abolición de las *Games Laws*. Revocación de los diabólicos impuestos sobre los periódicos... Emancipación de nuestros conciudadanos los judíos. Introducción de las *Poor Laws* en Irlanda. Abolición de la Pena de Muerte por delitos contra la propiedad. Apropiación de los Ingresos de los “padres en Dios”, de los Obispos, destinados a la manutención de los pobres. Abolición de los Diezmos. Que cada secta pague a sus curas o ministros. La “Deuda Nacional” no es la deuda de la Nación. Librar a los Soldados de la Maquinaria del Despotismo. Establecimiento de una Guardia Nacional.¹⁸⁴

¹⁸² Véase J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 284-285.

¹⁸³ Baines, *op. cit.*, p. 167.

¹⁸⁴ Citado por A. L. Morton y G. Tate, *The British Labour Movement* (1956), p. 59 y erróneamente atribuido al *Poor Man's Guardian*, 3 de marzo de 1831.

Éste es el viejo programa del jacobismo que poco había evolucionado desde la década de 1790. (El primer principio de una declaración de la *National Union*, redactada por Lovett y James Watson, en noviembre de 1831, era: “Que toda propiedad (adquirida de forma honesta) sea sagrada e inviolable”).¹⁸⁵ Pero alrededor de aquel “mucho más” se acumulaban otras demandas, según los principales problemas de los diversos distritos e industrias. En el Lancashire, Doherty y sus seguidores sostenían que “el sufragio universal no significa otra cosa que el poder que se confiere a cada hombre para evitar que otros devoren su trabajo”.¹⁸⁶ Los owenitas, los reformadores de las fábricas y los revolucionarios partidarios de la “fuerza física”, como el irrefrenable William Benbow, presionaban todavía para obtener demandas adicionales. Pero, tal y como ocurrieron las cosas, se logró que los términos de la lucha se mantuviesen dentro de los límites que Baines y Brougham deseaban. Se trató (como había previsto Shelley en 1822) de una lucha entre la “sangre y el oro”; y el resultado fue que la sangre pactó con el oro para dejar fuera las demandas de *égalité*. Porque durante los años que transcurrieron entre la Revolución francesa y el proyecto de ley de reforma se había formado una “consciencia de clase” de la clase media más conservadora, más recelosa de las grandes causas idealistas (a menos, quizá, que fuesen las de otras naciones), más rigurosamente egoístas que en cualquier otra nación industrializada. A partir de este momento, en la Inglaterra victoriana, la clase media radical y los intelectuales idealistas se vieron obligados a tomar partido entre las “dos naciones”. Y hay que decir en su honor que hubo muchos individuos que prefirieron que se les conociera como cartistas o republicanos a ser conocidos como guardias especiales. Pero esos hombres -Wakley, Frost de Newport, Duncombe, Oastler, Ernest Jones, John Fielden, W. P. Roberts y siguiendo hasta Ruskin y William Morris- siempre fueron individuos desafectos o “voces” intelectuales. No representan en ningún aspecto la ideología de la clase media.

Lo que había hecho Edward Baines, en su correspondencia con Rusell, era ofrecer una definición de clase casi con una exactitud aritmética. En 1832 las restricciones del derecho a voto trazaban la línea de la consciencia social con la tosquedad de un lápiz indeleble. Además durante estos años apareció un teórico de talla para definir el conflicto de la clase obrera. Parece como algo casi inevitable que fuese un intelectual irlandés el que uniese en sí mismo el aborrecimiento de los *whigs* ingleses junto con la experiencia del ultraradicalismo y el socialismo owenita inglés.

¹⁸⁵ Véase Lovett, *op. cit.*, I, p. 74.

¹⁸⁶ A. Briggs, *op. cit.*, p. 66.

James “Bronterre” O'Brien (1805-1864), hijo de un comerciante de vinos irlandés y licenciado distinguido por el Trinity College de Dublín, llegó a Londres en 1829 “para estudiar Derecho y la Reforma Radical”:

Mis amigos me mandaron a estudiar jurisprudencia; la reforma radical la aprendí yo por mi cuenta... Aunque en jurisprudencia no he progresado en absoluto, he realizado inmensos progresos en cuanto a la reforma radical. Tanto es así, que si mañana mismo se instituye una plaza de profesor de la reforma radical en el King's College (cosa no muy probable por el momento), creo que me presentaría como candidato... Siento como si cada gota de sangre que corre por mis venas fuese sangre radical...¹⁸⁷

Después de editar el *Midlands Representative* durante la crisis del proyecto de ley de reforma, se trasladó a Londres y asumió la dirección del *Poor Man's Guardian*.

“Nuestra previsión es -escribió acerca del proyecto de reforma- que su efecto será separar de las clases trabajadoras una gran porción de los niveles medios, que *antes* estaban más inclinados a actuar con el pueblo que con la aristocracia que las excluía.”¹⁸⁸ Y en la introducción de la historia de Buonarotti sobre la Conspiración de los Iguales, establecía un paralelo: “Los girondinos extenderían el derecho a votar hasta los pequeños intermediarios (igual que hicieron los *whigs* ingleses con el proyecto de reforma) para mantener sometidas con mayor eficacia a las clases trabajadoras.” “De todos los gobiernos, el de la clase media es el más opresor y despiadado.”¹⁸⁹

Éste era un tema al que volvía con frecuencia. Su ira se renovaba con cada nueva acción de la administración *whig*: el proyecto de ley de coerción de los irlandeses, el rechazo del proyecto de ley de las 10 horas, el ataque a las *trade unions*, la ley de enmienda a las *Poor Laws*. “Antes de la aprobación del Proyecto de Reforma”, escribió en 1836:

se suponía que las clases medias tenían alguna comunidad de sentimiento con los obreros. Esta ilusión se ha esfumado. Apenas sobrevivió al Proyecto de Ley de Coerción de los Irlandeses, y se desvaneció por completo con la puesta en vigor de la

¹⁸⁷ *Bronterre's National Reformer* (7 de enero de 1837). De hecho, O'Brien obtuvo el título de abogado en Dublín.

¹⁸⁸ *Destructive* (9 de marzo de 1833).

¹⁸⁹ O'Brien, *op. cit.*, pp. XV, XX. Relativo a O'Brien, véase G. D. H. Cole, *Chartist Portraits*, 1941, cap. 9; T. Rothstein, *From Chartism to Labourism*, 1929, pp. 93-123; Beer, *op. cit.*, 11, pp. 17-22.

Starvation Law. Ningún trabajador esperará justicia, virtud o compasión de manos de una legislatura de especuladores.¹⁹⁰

Siendo él mismo un refugiado de la clase media, experimentaba un placer especial al escribir sobre su propia clase en unos términos que imitaban el chismorreo de salón que hacía aquella acerca de la clase de los empleados: “Los objetivos y los hábitos [de las clases medias] son básicamente degradantes. Su vida es necesariamente una vida de argucias viles y especulación ...”:

Estas dos clases no han tenido nunca, ni tendrán, ninguna comunidad de intereses. El interés del trabajador es trabajar poco y obtener a cambio lo máximo posible. El interés del intermediario es obtener tanto trabajo como pueda del trabajador, y darle a cambio lo menos que pueda. Así pues sus intereses respectivos son tan directamente opuestos el uno al otro como dos toros enfrentados.

Y con una genialidad considerable intentó entretener la tradición del ultraradicalismo con la del owenismo, en un socialismo revolucionario cuyos objetivos eran la revolución política, la expropiación de las clases acaudaladas y la creación de una red de comunidades owenitas:

Debemos conseguir lo que Southey llama “una revolución de revoluciones”; una como la que Robespierre y St. Just proyectaron en Francia a principios de 1794; es decir, una subversión completa de las instituciones que distribuyen la riqueza. ...Propiedad, propiedad, ésta es la cuestión a la que debemos prestar atención. Sin un cambio en la institución de la propiedad, no se puede dar ninguna mejora.

Una revolución como ésta (esperaba) tendría lugar sin violencia, como consecuencia inmediata de la consecución del sufragio universal: “De las leyes de la minoría han surgido las desigualdades que existen; las leyes de la mayoría serán destruidas.”¹⁹¹

Desde luego, hoy en día, los historiadores no aceptarían la asimilación excesivamente tosca que hace O'Brien de la administración posterior a la reforma de

¹⁹⁰ *Twopenny Despatch* (10 de septiembre de 1836).

¹⁹¹ *Destructive* (9 de marzo, 24 de agosto de 1833); *People's Conservative; and Trade's Union Gazette* (14 de diciembre de 1833).

los intereses de la “clase media”.¹⁹² (La Vieja Corrupción tenía más vitalidad que la que esto suponía, como se iba a demostrar en la prolongada lucha por la revocación de las *Corn Laws*.) Ni tampoco es adecuado seleccionar a este teórico (que por origen pertenecía, él mismo, a la clase media) como expresión de la nueva conciencia de la clase obrera. Pero al mismo tiempo, O'Brien estaba muy lejos de ser un excéntrico situado en los márgenes del movimiento. Como editor del *Poor Man's Guardian* y otros periódicos dominaba un público obrero amplio y creciente; más adelante se ganaría el título de “Maestro” del cartismo. Sus escritos son un hilo central a lo largo de las numerosas agitaciones de los primeros años de la década de 1830, al proporcionar un nexo de unión entre las viejas demandas democráticas, las agitaciones sociales (contra la *New Poor Law* y por la reforma de la fábrica), los experimentos comunitarios *owenitas* y las luchas sindicales de las *trade unions*. O'Brien fue, al igual que Cobbett y Wooler durante los años de la posguerra, una auténtica voz de su tiempo.

Para la mayoría de los trabajadores, por supuesto, la desilusión respecto del proyecto de reforma se dio de formas menos teóricas. La prueba del budín se iba a hacer comiéndolo. Y podemos ver cómo lo comieron a nivel de microcosmos, en unos pocos de los incidentes de una de las luchas que se produjeron en la elección general subsiguiente, en Leeds. Baines, que había utilizado ya su influencia al poner a Brougham como diputado del Yorkshire, presentó en interés de los *whig* a Marshall, uno de los mayores empresarios de Leeds, y a Macaulay (o “señor Mackholly”, como anotó en su diario uno de los tenderos que se hallaban a la cola de los *whig*). Macaulay era uno de los ideólogos más satisfechos de la implantación del proyecto de reforma, que traducía en nuevas palabras la doctrina *tory* de la “representación virtual”: “Las clases altas y medias son las representantes naturales de la especie humana. Su interés puede ser opuesto, en algunas cosas, al de sus mismos contemporáneos, pero es idéntico al de innumerables generaciones que vendrán después.” “La desigualdad con que se reparte la riqueza se pone en evidencia ante todo el mundo”, se lamentaba, mientras que “las razones que prueban de manera irrefutable que esta desigualdad es necesaria para el bienestar de todas las clases no son tan evidentes.” El señor Marshall no estaba a su altura como teórico; pero si podemos creer lo que decía una publicación electoral radical, era de la opinión de que 12s. a la semana era un buen salario para un trabajador con familia y consideraba que las clases trabajadoras podían mejorar su situación emigrando, y: “En la fábrica del señor

¹⁹² El mismo O'Brien llegó a lamentar la vehemencia de su desprecio hacia toda la “clase media”, cuando en la década de 1840 se presentó la oportunidad de hacer una alianza entre los cartistas y algunos elementos de la clase media; véase Beer, *op. cit.*, 11, p. 126.

Marshall, desnudaron a un niño de 9 años, le ataron a una columna de hierro y le golpearon sin piedad con una correa, hasta que perdió el conocimiento.”¹⁹³

Por otra parte, el candidato *tory* era Sadler, principal portavoz parlamentario del movimiento en favor de las 10 horas. Oastler, junto con los *Short-Time Committees*, había lanzado hacía dos años su apasionada campaña contra el trabajo de los niños. El extraordinario “Peregrinaje a York” había tenido lugar el mes de abril anterior; y la agitación en favor de las 10 horas (al igual que la agitación *owenita*) continuó sin pausa durante los meses de crisis del proyecto de reforma. En una lucha como ésta se podía contar con que Oastler era partidario de Sadler frente a Baines, que había realizado una circunspecta defensa de los propietarios de las fábricas en el *Leeds Mercury*. También se podía contar con que Cobbett haría lo mismo. Ciertamente, hizo unas referencias a Baines, que nos hacen recordar la holgura de las leyes de libelo de aquella época:

Este gran PEDANTE MENTIROSO de Brougham ... que siempre se ha cuidado de tener, por lo menos, un diputado para hacer más daño a la libertad que cualquier otro de los cincuenta miembros de la Cámara de los Comunes; ese inflado, codicioso y pedante sin principios, que ha sido el engatusador del Yorkshire durante veinte años...¹⁹⁴

Por lo tanto, era inevitable una alianza *tory-radical* en apoyo a Sadler. También fue inevitable que la mayor parte del voto “*tenderócrata*” inconformista fuera “al señor Marshall Nuestro Ciudadano y al señor Mackholly el Escocés” (como escribió nuestro diarista):

...por lo que se refiere a Sadler, nunca ha hecho ningún bien ni lo hará jamás... porque siempre ha inventado algo que tendía a ofender a los habitantes de la Ciudad de Leeds... fue el principal promotor de la *Improvement Act* que ha costado muchos miles a los Habitantes y la carga ha recaído principalmente sobre los Tenderos y lo que yo denomino la Clase Media de la Población... es cierto que forma parte de nuestra magistratura, pero esto no lo hace mejor...¹⁹⁵

¹⁹³ J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 262-265; *Cracker* (8 de diciembre de 1832).

¹⁹⁴ *Political Register* (24 de noviembre de 1832). Cobbett estaba recordando al anterior diputado del condado del Yorkshire, Wilberforce.

* En el original inglés “shopocrat”, palabra compuesta en base al término *shopman* que significa tendero en inglés. (N. de la t.)

¹⁹⁵ MS Letterbook of Ayrey (Leeds Reference Library).

Los radicales de la clase obrera de Leeds mantuvieron su prensa independiente y su organización. Los trabajadores de Leeds (declararon) que “se han reunido en las buenas y en las malas situaciones;... que han estado a punto en todo momento”, habían sido ahora traicionados por los hombres que, durante los días de mayo, se habían dirigido a sus grandes asambleas y les habían prometido o la reforma o las barricadas:

Los señores Marshall y Macaulay pueden... ser muy amigos de las Reformas de todos los tipos y tamaños, tanto en la iglesia como en el estado; pueden estar también en favor de la abolición de todos los monopolios excepto el suyo propio, de los propietarios de las fábricas y los *placemen*; pero los obreros de Leeds recuerdan que apoyarles significa hacer todo lo posible por poner el poder legislativo en manos de sus enemigos.

Además, los radicales declararon que los viejos métodos de soborno e influencia electoral utilizados por los intereses aristocráticos estaban encontrando ahora nuevas formas perniciosas al servicio del interés industrial. Aunque los obreros no tenían derecho a votar, se hacían grandes esfuerzos para compensar los efectos de las manifestaciones del movimiento de las 10 horas en favor de Sadler, obligando a los obreros de las fábricas a declararse en favor de Marshall y Macaulay en las *hustings*:

Podríamos nombrar más de una docena de fábricas, en las que todos los trabajadores han recibido órdenes positivas de presentarse el Lunes en el Patio y levantar sus manos en favor de los candidatos Naranjas ...so pena de quedar inmediatamente sin empleo. ...Todos tienen sus puestos asignados en el patio, donde van a estar encerrados como rebaños de ovejas, rodeados por todas partes de vigilantes, empleados y otros subalternos, con el fin de hacer que se cumpla el mandato del despacho.

Lo que ocurrió en realidad es que el escenario de las *hustings* acabó en un motín, en el que Oastler y los partidarios de las 10 horas “tocaron maitines en las gordas cabezas de los fugitivos naranjas”. Cuando Sadler resultó derrotado en el sondeo, se quemaron las efigies de Marshall y Macaulay en el mismo centro de la ciudad en donde los legitimistas habían quemado a Paine en 1792.¹⁹⁶

¹⁹⁶ *Cracker* (8, 10, 21 de diciembre de 1832). Véase también A. Briggs, “The background of the Parliamentary Reform Movement in Three English Cities”, *op. cit.*, pp. 311-314; E. Baines, *Life*, pp. 164-167; C. Driver, *Torv Radical*, pp. 197-202.

La elección de Leeds, de 1832, tuvo una trascendencia superior a la local. Había centrado la atención de todos los partidarios de la reforma de las fábricas de todo el país, obteniendo declaraciones en favor de Sadler de miles de firmantes residentes en las ciudades del norte. Se da inequívocamente el nuevo tono posterior a 1832. En todos los distritos fabriles un centenar de experiencias confirmaron la nueva consciencia de clase que tan cuidadosamente había definido el proyecto con sus mismas disposiciones. Fue la Cámara de los Comunes “reformada” la que aprobó la deportación de los jornaleros de Dorchester en 1834 (“un golpe que iba dirigido a todo el cuerpo de obreros unidos”),¹⁹⁷ y la que lanzó, con “el documento” y el cierre patronal, la lucha para romper las *trade unions*, cuya intensidad y cuyo significado (tanto en términos políticos como económicos) todavía se ha comprendido poco. Las *trade unions* del Yorkshire hicieron público su propio manifiesto en contra del de los patronos:

Los patronos no sólo han proferido el grito de guerra, sino también el de abordaje; guerra contra la libertad, guerra contra la opinión, guerra contra la justicia, y guerra sin nada que la justifique...

“Los mismos hombres -declaró un sindicalista de Leeds- que mimaron las *political unions*, mientras podían estar subordinadas a sus propios fines, están ahora intentando aplastar las *trades unions*”:

No fue sino el otro día cuando fueron dirigidos los obreros en masa al mitin del West Riding, que tenía lugar en Wakefield, con el propósito de conseguir el Proyecto de Reforma. En aquel momento, los mismos individuos que ahora estaban intentando acabar con las *trades unions*, apretaban filas para imponer por la fuerza de los números una reforma política que por otra parte estaba seguro no se hubiese conseguido arrancar de otro modo de la aristocracia de este país. La reforma que de este modo se había obtenido le parecía el medio más definitivo de reforzar las manos de la corrupción y la opresión.¹⁹⁸

La línea que conduce desde 1832 al cartismo no es un péndulo fortuito que alterna agitaciones “políticas” y “económicas”, sino una progresión directa en la que movimientos simultáneos y relacionados convergen hacia un solo punto. Este punto

¹⁹⁷ Discurso de William Rider, tejedor de paño de Leeds y posteriormente destacado líder cartista, Leeds Times (12 de abril de 1834).

¹⁹⁸ Leeds Times (12, 17, 24 de mayo de 1834).

era el derecho al voto. En cierto sentido el movimiento cartista se inició, no en 1838 con la promulgación de los “Seis Puntos”, sino en el momento en que el proyecto de reforma recibió la aprobación real. Muchas de las *political unions* provinciales no se disolvieron, sino que inmediatamente empezaron a hacer agitación contra el derecho al voto “tenderócrata”. En enero de 1833 el *Working Man's Friend* pudo anunciar que la fortaleza de los radicales de la clase media había sido tomada por asalto:

... a pesar de toda la oposición y los embustes de una MONARQUÍA DE BUFONES COMERCIANTES, el pueblo de esta región, valiente pero hasta entonces engañado, formó *la Midland Union of the Working Classes*.¹⁹⁹

La ideología característica del radicalismo de Birmingham, que unía a los patronos y los trabajadores en oposición a la aristocracia, los bancos, la deuda nacional y el “sistema monetario”, estaba empezando a disgregarse. Durante un tiempo, el mismo Attwood se dejó llevar por la nueva corriente, en parte debido a la fidelidad hacia los regimientos a quienes con anterioridad había hecho grandes promesas. Una vez más, se reunió en Newhall Hill (en mayo de 1833) una enorme manifestación, de la que se dijo que asistieron 180.000 personas, y en la que se expresó:

... un sentimiento de odio común hacia los partidos por parte de quienes, habiendo contribuido de forma fundamental a que accedieran al poder, se reunían ahora para expresar su repugnancia hacia... la perfidia que habían mostrado.

La concurrencia estuvo acrecentada por mineros del carbón de Walsall, metalúrgicos de Wolverhampton, trabajadores a domicilio de Dudley. Había empezado el proceso de radicalización que iba a convertir a Birmingham en una metrópolis cartista.²⁰⁰

Pero el contenido de esta renovada agitación era tal, que el voto en sí mismo implicaba “mucho más”, y éste era el motivo por el cual tenía que ser denegado. (El Birmingham de 1833 no era el de 1831: ahora era el domicilio de una *Equitable Labour Exchange*, era el cuartel general de la *Builders' Union* socialista, albergaba la oficina editorial del *Pioneer*.) Para los trabajadores de ésta y de la siguiente década, el voto era un símbolo cuya importancia nos es difícil de apreciar, al estar nuestros ojos

¹⁹⁹ Working Man's Friends and Political Magazine (5 de enero de 1833).

²⁰⁰ Report of the Proceedings of the Great Public Meeting &c, 20 de mayo de 1833.

enturbiados por más de un siglo de niebla de “política parlamentaria bipartidista”. Implicaba primero, *égalité*: igualdad de ciudadanía, dignidad personal, valía. “En lugar de ladrillos, mortero y suciedad, el HOMBRE debería estar representado”, escribió un folletista lamentando la suerte del “miserable llamado inglés "libre por nacimiento", excluido del derecho más valioso que el hombre puede disfrutar en una sociedad política.”²⁰¹ “Que no nos vean más, a nosotros los que pertenecemos a los millones de trabajadores”, escribía George Edmonds:

en los espectáculos para niños, en las funciones de un penique del Señor Alcalde ni en las espectaculares Coronaciones; no asistáis como cómplices a esas bufonadas nacionales. Dejad que los ridículos actores tengan la diversión para ellos solos.

“Como los fieros irlandeses de la antigüedad, los millones de británicos han estado durante demasiado tiempo excluidos, de forma descarada, de los gobiernos sociales”

Expreso ahora los pensamientos de los millones de compatriotas no representados, de los Fieros Ingleses, los esclavos libres por nacimiento del siglo XIX.²⁰²

Pero en el contexto de los años owenitas y cartistas, la demanda del voto suponía también demandas adicionales: una nueva forma de extender el *control social* de la población obrera sobre sus condiciones de vida y de trabajo. En el primer momento, y de forma inevitable, la exclusión de la clase obrera provocó un rechazo de todas las formas de acción política por parte de la clase obrera. Owen había preparado el terreno para ello, con su indiferencia hacia el radicalismo político. Durante el desplazamiento general hacia el sindicalismo, posterior a 1832, esta propensión antipolítica no era quietista sino batalladora, militante e incluso revolucionaria. Examinar la riqueza del pensamiento político de estos años nos obligaría a adentrarnos en la historia del sindicalismo general -y, por supuesto, en los primeros años del cartismo- más de lo que pretendemos. Son años en los que Benbow buscó adeptos para su idea de la “Gran Fiesta Nacional” en los distritos industriales; en los que el obrero impresor John Francis Bray desarrolló las ideas de Hodgskin, en conferencias a los artesanos de Leeds, que luego se publicaron bajo el título *Labour's Wrongs and Labour's Remedies*; en donde surgieron y desaparecieron la *Builder's Union* y el *Grand National Consolidated Trades Union*; y en donde Doherty y Fielden

²⁰¹ “I. H. B. L.”, *Ought Every Man to Vote?*, 1832.

²⁰² G. Edmonds, *The English Revolution*, 1831, pp. 5, 8.

fundaron la “Sociedad para la Regeneración Nacional” con su recurso a la huelga general en favor de la jornada laboral de ocho horas. Los comunitarios owenitas fueron fértiles en ideas y experimentos que prefiguraron avances en el cuidado de los hijos, la relación entre los sexos, la educación, la vivienda y la política social. Estas ideas no se discutieron sólo entre una intelectualidad reducida; durante un tiempo obreros de la construcción, alfareros, tejedores y artesanos estuvieron deseosos de arriesgar su sustento para poner a prueba algunos experimentos. La múltiple variedad de periódicos, muchos de los cuales hacían severas demandas a sus lectores, se dirigían a un auténtico público obrero. En las hilanderías de seda del valle del Colden, aislado en los Peninos entre el Yorkshire y el Lancashire, se leían los periódicos owenitas.

Se pueden mencionar sólo dos temas de los que surgieron una y otra vez durante aquellos años. El primero es el del internacionalismo. Éste era, a buen seguro, parte de la vieja herencia jacobina; herencia que los radicales jamás habían olvidado. Cuando Oliver viajó con el tundidor de Leeds, James Mann, y otro revolucionario, hacia la cita de Thornhill Lees (en 1817) se enteró, por la conversación de aquéllos, de que “las recientes noticias del Brasil parecían animarles con mayores esperanzas que nunca”.²⁰³ Cobbett siempre pudo encontrar tiempo para añadir noticias de última hora en sus periódicos:

Sólo tengo espacio para deciros que el pueblo de BÉLGICA, el *pueblo común*, ha derrotado a los ejércitos holandeses, que marchaban contra ellos para obligarles a pagar enormes impuestos. Éstas son noticias excelentes.²⁰⁴

La Revolución francesa de 1830 tuvo un profundo impacto sobre el pueblo, electrizando no sólo a los radicales de Londres sino también a los reformadores de los pueblos industriales lejanos. La prensa obrera siguió ansiosamente la lucha por la independencia polaca; mientras que Julian Hibbert se llevó, de la Rotunda, un voto de simpatía hacia los tejedores de Lyon en su malograda insurrección, que los igualaba a los tejedores de Spitalfields. En el movimiento owenita esta tradición política se extendió para abarcar solidaridades sociales y de clase. En 1833 un “Manifiesto de las Clases Productivas de Gran Bretaña e Irlanda” se dirigía a “los Gobiernos y los Pueblos de los Continentes de Europa y Norte y Sur América”, y empezaba: “Hombres de la Gran familia de la Humanidad...” Hacia fines del mismo año, la cuestión de

²⁰³ Narración de Oliver, H.O. 40. 9.

²⁰⁴ *Two-Penny Trash* (1 de octubre de 1830).

alguna alianza común entre los sindicalistas de Inglaterra, Francia y Alemania ya se había empezado a discutir.²⁰⁵

El otro tema era el del sindicalismo industrial. Cuando Marx no tenía todavía 20 años, la batalla por la opinión de los sindicalistas ingleses, entre la economía política capitalista y la socialista, había sido (por lo menos temporalmente) ganada. Los ganadores eran Hodgskin, Thompson, James Morrison y O'Brien; los perdedores, James Mill y Place. “¿Qué es el capital?”, preguntaba un escritor en el *Pioneer*. “¡Es trabajo retenido! -exclama M'Culloch-¿De quién y de qué se ha retenido? Del vestido y el alimento de los pobres.”²⁰⁶ De ahí que los obreros que habían sido “excluidos, de forma descarada, de los gobiernos sociales” desarrollasen, paso por paso, una teoría del sindicalismo, o de “Masonería Invertida”.²⁰⁷ “Las trades unidos no sólo harán huelga por menos trabajo y más salarios”, escribió “Un Miembro de la *Builder's Union*”:

sino que ABOLIRÁN por último los SALARIOS, se convertirán en sus propios patronos y trabajarán los unos para los otros; el capital y el trabajo no estarán separados por más tiempo, sino indisolublemente unidos en manos de los obreros y las obreras.

Las *unions* mismas podrían resolver el problema del poder político; se podría formar un “Parlamento” de las clases industriales, directamente delegado desde los talleres y las fábricas:

Las Logias envían delegados desde el nivel local al del distrito, y desde el distrito a las Asambleas Nacionales. Ahí están, en uno solo, el Sufragio Universal, la Elección Anual y ninguna Restricción basada en la Propiedad.²⁰⁸

Se desarrolló la idea (en el *Pioneer*) de una Cámara de los Oficios:

que ocupase el lugar de la actual Cámara de los Comunes, y dirigiese los asuntos comerciales del país, según los intereses de los oficios que componen las asociaciones de la industria. Ésta es la escala ascendente por la cual llegamos al sufragio universal. Empezará en nuestras logias, se extenderá a nuestra *union* en general, abarcará la dirección del oficio y por fin englobará todo el poder político.²⁰⁹

²⁰⁵ Véase, por ejemplo, *Destructive* (7 de diciembre de 1833).

²⁰⁶ *Pioneer* (13 de octubre de 1833).

²⁰⁷ *Man* (13 de octubre de 1833).

²⁰⁸ *Man* (22 de diciembre de 1833).

²⁰⁹ *Pioneer* (31 de mayo de 1834).

Esta visión se perdió casi tan pronto como se había creado, en las terribles derrotas de 1834 y 1835. Y, cuando recobraron el aliento, los obreros volvieron al voto como la clave más práctica hacia el poder político. Se había perdido algo, pero el cartismo nunca olvidó del todo su preocupación por el control social, para la consecución del cual el voto se consideraba un medio. Estos años revelan la superación de la característica perspectiva del artesano, con su deseo de conseguir un sustento independiente “con el sudor de su frente”, y la aparición de una nueva perspectiva, más reconciliada con los nuevos medios de producción, pero buscando ejercer el poder colectivo de la clase para humanizar el entorno: mediante esta comunidad o aquella sociedad cooperativa, mediante ese control del ciego funcionamiento de la economía de mercado, este decreto, aquella medida de ayuda a los pobres. Es implícito, si no siempre de forma explícita, en su perspectiva estaba el peligroso principio: la producción debe ser, no para el beneficio, sino para el uso.

Esta consciencia colectiva de sí mismos fue, por supuesto, la gran adquisición espiritual de la Revolución industrial, frente a la cual debemos situar el desbaratamiento de una forma de vida más antigua y en muchos aspectos mucho más comprensible desde el punto de vista humano. Quizá esta clase obrera británica de 1832 fuese una formación única. El lento y progresivo aumento de la acumulación de capital había significado que los preliminares de la Revolución industrial se extendiesen durante cientos de años en el pasado. Desde los tiempos de los Tudor esta cultura artesana se había vuelto más compleja con cada fase de cambio técnico y social. Delaney, Dekker y Nashe; Winstanley y Lilburne; Bunyan y Defoe: todos se habían dirigido alguna vez a ella. Enriquecida por las experiencias del siglo XVII, sosteniendo a lo largo del siglo XVIII las tradiciones intelectuales y libertarias que hemos descrito, formando sus propias tradiciones de solidaridad en las sociedades de socorro mutuo y los clubs de oficio, estos hombres no pasaron, en una sola generación, del campesinado a la nueva ciudad industrial. Sufrieron la experiencia de la Revolución industrial como ingleses, libres por nacimiento, articulados. Los que fueron enviados a la cárcel podían conocer mejor la Biblia que los que estaban en el tribunal, y los que fueron deportados a Tasmania podían pedir a sus familiares que les mandasen el *Register* de Cobbett.

Ésta fue, quizá, la cultura popular más eminente que Inglaterra ha conocido. Contenía la masiva diversidad de los oficios, los que trabajaban el metal, la madera, los tejidos y la cerámica, sin cuyos “misterios” heredados y magnífica habilidad con

herramientas primitivas las invenciones de la Revolución industrial no hubiesen ido más allá de la mesa de dibujo. De esta cultura de los artesanos y los autodidactas surgieron multitud de inventores, organizadores, periodistas y teóricos políticos de una calidad impresionante. Es bastante fácil decir que esa cultura miraba hacia el pasado o era conservadora. Y bastante cierto: una dirección de las grandes agitaciones de los artesanos y los trabajadores a domicilio, que siguió durante 50 años, era la de *resistir* el proceso de convertirse en proletariado. Cuando percibieron que esta causa estaba perdida, sin embargo, tendieron la mano de nuevo, en los años treinta y cuarenta, e intentaron alcanzar nuevas y sólo imaginadas formas de control social. Durante todo este tiempo estuvieron como clase, reprimidos y segregados en sus propias comunidades. Pero lo que la contrarrevolución intentó reprimir creció con mayor determinación todavía en las instituciones cuasilegales de la clandestinidad. Siempre que se relajaba la presión de los gobernantes, surgían trabajadores desde los pequeños obradores o las aldehuelas de tejedores y afirmaban nuevas demandas. Se les decía que no tenían derechos, pero sabían que habían nacido libres. La *yeomanry* atropelló su mitin, y el derecho a realizar mítines públicos se ganó. Los folletistas eran encarcelados, y desde las cárceles editaban folletos. Se encarcelaba a los sindicalistas, y se les acompañaba a la prisión con procesiones, bandas de música y pancartas.

Al ser segregadas de esta forma, sus instituciones adquirieron una resistencia y una capacidad de adaptación peculiares. También la clase adquirió una resonancia particular en la vida inglesa: todo, desde sus escuelas a sus tiendas, desde sus templos a sus diversiones, se convirtió en un campo de batalla de clase. Las señales de eso permanecen, pero los intrusos no siempre las comprenden. Si en nuestra vida social queda poco de la tradición de la *égalité*, todavía queda menos deferencia en la consciencia de clase del obrero. “Somos huérfanos, y bastardos de la sociedad”, escribió James Morrison en 1834.²¹⁰ El tono no es de resignación, sino de orgullo.

Durante estos años, una y otra vez, los obreros lo expresaron de este modo: “quieren convertirnos en herramientas”, “aperos” o “máquinas”. A un testigo que declaraba ante el comité que investigaba acerca de los tejedores manuales (1835) se le pidió que diese la opinión de sus compañeros acerca del proyecto de reforma:

²¹⁰ *Pioneer* (22 de marzo de 1834); véase A. Briggs, “The Language of “class” in Early Nine-teenth-Century England”, *op. cit.*, p. 68.

P. ¿Están más satisfechas las clases trabajadoras con las instituciones del país desde que ha tenido lugar el cambio?

R. No creo que lo estén. Opinan que el Proyecto de Reforma es una medida calculada para unir en el Gobierno a las clases medias y altas, y dejarles a ellos en manos del Gobierno como una especie de máquina para trabajar a gusto del Gobierno.

Hombres como éste se enfrentaban con el utilitarismo en sus vidas diarias e intentaban rechazarlo, no de forma ciega, sino con inteligencia y pasión moral. Luchaban, no contra la máquina, sino contra las reacciones de explotación y opresión intrínsecas al capitalismo industrial. En esos mismos años, la gran crítica romántica del utilitarismo seguía su curso paralelo, pero completamente separado. Después de William Blake, ningún espíritu se sintió a sus anchas en las dos culturas a la vez, ni tuvo la genialidad de actuar de intérprete entre las dos tradiciones. Fue el confuso señor Owen quien ofreció descubrir el “nuevo mundo moral”, mientras Wordsworth y Coleridge se habían retirado tras sus murallas de desencanto. De ahí que esos años parezcan desplegar, no un reto revolucionario, sino un movimiento de resistencia en el que tanto los románticos como los artesanos radicales se oponían a la anunciación del Hombre Codicioso. En el fracaso para alcanzar un punto de unión entre las dos tradiciones se perdió algo. No podemos estar seguros de cuánto se perdió, porque nos hallamos entre los perdedores.

Sin embargo, no debemos considerar a los obreros sólo como las miríadas de la eternidad perdidas. Ellos también nutrieron, durante 50 años, y con un valor incomparable, el Árbol de la Libertad. Podemos darles las gracias por esos años de cultura heroica.